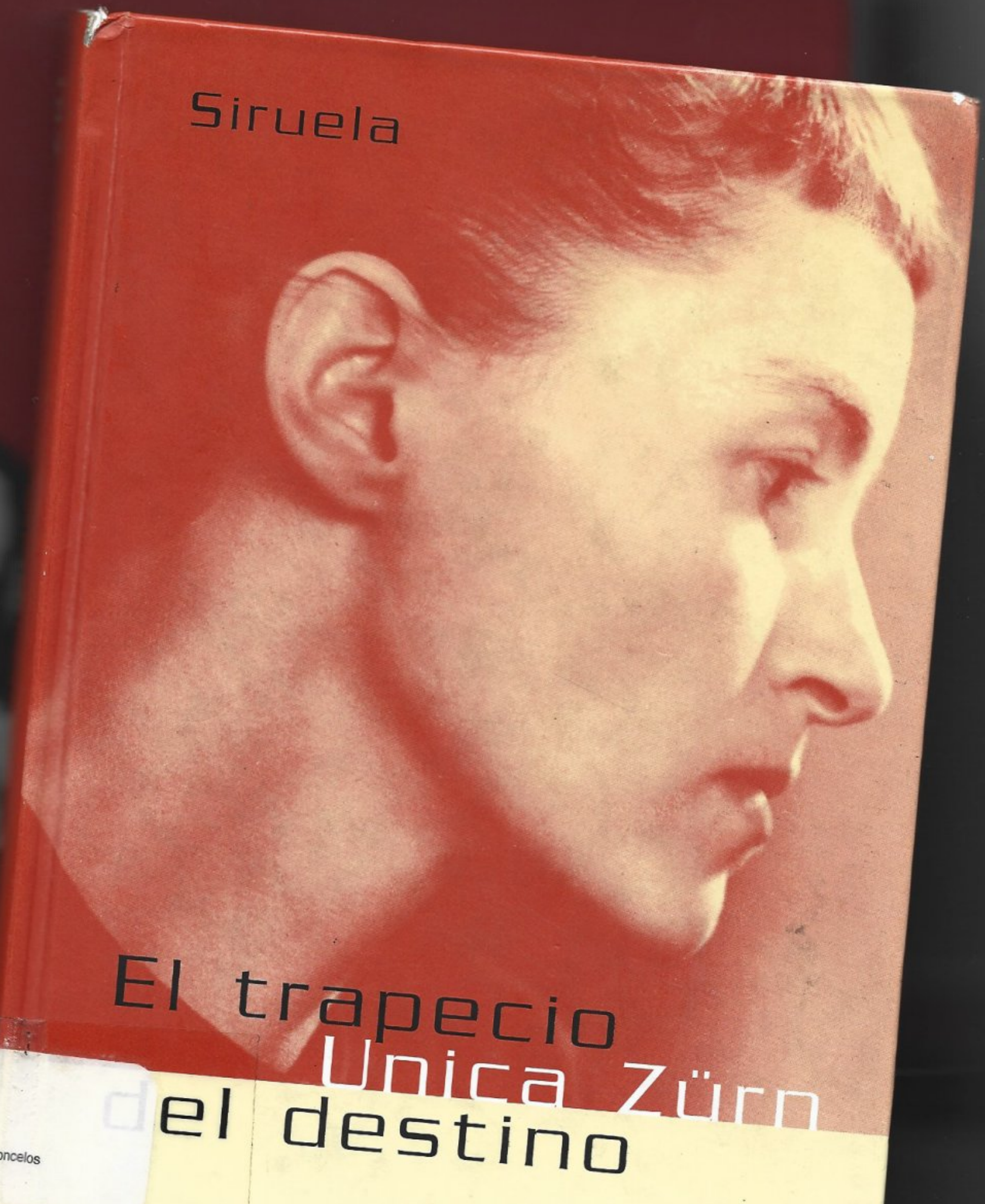
Siruela

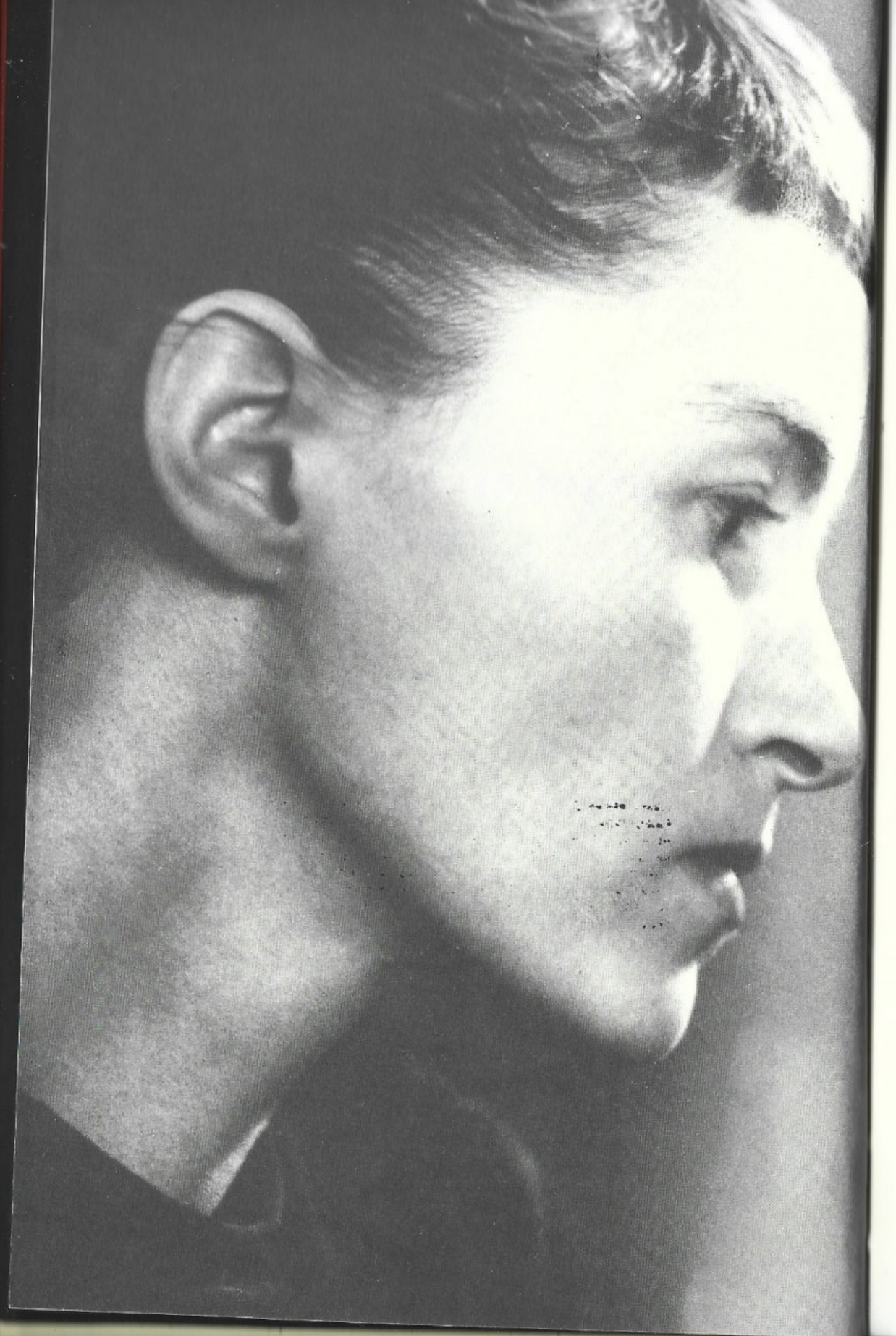


El trapecio del destino

Unica Zürn

y otros cuentos

LIBROS DEL TIEMPO



UNICA ZÜRN

EL TRAPECIO DEL DESTINO
y otros cuentos

Selección y prólogo de Cecilia Dreymüller

Traducción de Ana María de la Fuente

LIBRO PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE INFRINJA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS SANCIONES PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMÁS APLICABLES DEL CODIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN MATERIA COMÚN; Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA FEDERAL.

Ediciones Siruela

PREMIO NACIONAL A LA MEJOR
LABOR EDITORIAL CULTURAL 2003

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

En cubierta: Unica Zürn, © Brinkmann & Bose
Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Copyright de los cuentos: *Camille erzählt/ Das Mädchen auf dem Balken/ Ein freier Mann/ Das Leben war sehr schön/ Die Verzauberung/ «Ihr Mann tanzt mit der Schlange!»/ Garagans Hochzeit/ Kapitän Freiheit hatte recht/ Sibby Patzke, welche eine Hexe ist/ Ich bin Pendel/ Im Pechsee stand ein schwarzer Fisch/ Das Fräulein auf der Schicksals-Schaukel/ Als Jakob Äpfel holte/ Liebeserklärung an ein Zimmer/ Der Wolf ist tot/ Es war ein merkwürdiger Tag/ Der Gast im Geheimzimmer/ Letzte Tauschstelle/ Der Mann kam mit dem Mond/ Schwärmerei/ Gina und der Silberfisch/ Am anderen Ufer.../ Ein netter Nachmittag/ Frau Boas reiste in Geschäften/ Ihr erstes Erlebnis/ Ein Sonntagmorgen/ Léonel spielt Schicksal/ Sie hat mich geschafft/ Traum im September/ In der Nacht - als die Diebe kamen/ Romanze in der Rue Mouffetard/ Das Gewitter im Walde/ Die Hochzeit im Walde/ Zwei Herren auf der Jagd im Nebel/ Kleines Mädchen im Frühling/ Begegnung am Zaun/ Laß fahren dahin* (en: Unica Zürn, *Obra completa* en 8 vols., vol. 2 © Verlag Brinkmann & Bose, Berlín 1989); *Pagniolles Werbung/ Begegnung im Wald/ Die wunderbaren Erlebnisse eines Großkaufmanns* (en: Unica Zürn, *Obra completa* en 8 vols., vol. 3 © Verlag Brinkmann & Bose, Berlín 1991)
© Del prólogo, Cecilia Dreymüller
© De la traducción, Ana María de la Fuente
© Ediciones Siruela, S. A., 2004
Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02
Fax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

Índice

Prólogo
Cecilia Dreymüller 9

EL TRAPECIO DEL DESTINO

Cuenta Camille 19
La muchacha que se paseaba por la viga 23
Un hombre libre 27
Qué hermosa era la vida 31
El encantamiento 35
¡Su marido baila con la serpiente! 39
La boda de Garagan 45
El Capitán Libertad tenía razón 49
Sibby Patzke es una hechicera 55
Soy botones 61
En el lago Negro había un pez negro 65
El trapecio del destino 71
Cuando Jakob fue a por manzanas 75
Declaración de amor a una habitación 79

El lobo ha muerto 81
Un día memorable 85
El huésped de la cámara secreta 91
Último puesto de cambio 95
El hombre vino con la luna 99
La admiradora 103
Gina y el Pez de Plata 105
En la otra orilla... 109
Una buena tarde 113
La señora Boas hacía viajes de negocios 117
Primera experiencia 121
Una mañana de domingo 125
Léonel, árbitro de la suerte 129
Me ha hecho polvo 133
Sueño de septiembre 137
La noche en que entraron los ladrones 139
Idilio en la rue Mouffetard 143
Tormenta en el bosque 147
Una boda en el bosque 151
Dos caballeros van de caza un día de niebla 155
Una niña en primavera 159
Encuentro en la valla 163
Deja que se vaya 167
La táctica de Pagniolle 169
Encuentro en el bosque 175
Las fabulosas experiencias de un gran comerciante 177

Prólogo

Según una teoría apócrifa, la definición más precisa de una obra literaria, tanto de sus logros como de sus defectos, se halla en sus propias páginas; sólo hay que encontrar el párrafo donde la escondió su creador. En la obra de Unica Zürn (Berlín, 1916-París, 1970), este principio se cumple a la perfección, ya que su procedimiento literario consiste en estar alerta a las frases ocultas dentro de un enunciado y armarlas en torno a un mundo de referencias codificadas. Y no cabe duda de que en las historias que escribió para periódicos, de las que aquí se han seleccionado las más cautivadoras, se encuentra más de una definición idónea. He aquí una, entresacada de la escena circense de «Gina y el Pez de Plata»: «y, a pesar de que todo aquello parecía tan disparatado, era tan bonito que tenías la sensación de estar soñando un cuento».

El cuento de hadas, efectivamente, es el patrón por el que están cortadas muchas de estas breves piezas que seducen por su ligereza y gracia juveniles, por su espíritu soñador –que salta sin esfuerzo la frontera entre realidad y fantasía–, y por una irrefrenable propensión al misterio. Otras fueron apadrinadas por el relato de aventuras, la estampa costumbrista y la sátira social. Sus protagonistas, niñas o adolescentes, vagabundos y damas de mundo, pícaros y bohemios, viven en el presente extrañas andanzas de otras épocas y latitudes. Y, a pesar de su cor-

te convencional, poseen el encanto de lo ingenuo y de la imaginación romántica, sin excluir el dolor y la tristeza. Lo que después será una elaboración de experiencias traumáticas y enajenamientos psíquicos, se percibe ya en estas páginas, donde se exponen motivos retomados en las ficciones autobiográficas *Primavera sombría* o *El hombre jazmín.*

Pero por fácil que resulte encasillar las primeras tentativas literarias de Unica Zürn, la fascinante obra posterior no se deja asociar a nada, ni mucho menos a las corrientes de la literatura alemana de posguerra. Inédita en gran parte mientras vivía la autora, su obra se originó completamente desvinculada de lo que entonces proyectaban los escritores alemanes de su generación: Arno Schmidt, Max Frisch, Heinrich Böll o Paul Celan. Aun así se afianzó, sin titubeos ni ensayos previos, una voz turbadoramente subjetiva y original, que en su enclave intelectual parisino creaba unas prosas perfectamente diseñadas y estructuradas en toda su diversidad. El diario, las instrucciones de juego, la carta; con tipos de texto así empezó a experimentar Unica Zürn, después de desahogar su afición por el poema anagrama. El resultado fue una de las escrituras más rompedoras y genuinamente femeninas de la literatura del siglo XX.

Para la canalización de su gran potencial artístico fue decisiva su relación con Hans Bellmer (1895-1975), el escultor surrealista alemán que en el exilio francés había desarrollado una teoría y un arte del fetiche sexual, culminado en las famosas *poupées* de genitales femeninos. Su encuentro en 1953, según confesó la autora, marcó el inicio de una existencia en el filo de la navaja y abocada hacia la fatalidad, que en sus mejores momentos resultaba estimulante y productiva, en los peores obsesiva y autodestructiva, pero en todo caso desencadenó las sucesivas crisis esquizofrénicas que la llevarían al suicidio en 1970.

Inmediatamente después de conocer a su pigmalión, Unica Zürn abandonó Berlín y se instaló en París, donde empezó, inducida por Bellmer, a dedicarse al dibujo en tinta china y a la

escritura de anagramas, poemas surgidos de la variación de las letras de una frase. «Los anagramas son palabras y frases que se forman intercambiando letras de una palabra o una frase. Sólo pueden utilizarse las letras dadas, y no se debe recurrir a otras.» Para la aprendiza, que pronto llegaría a superar a su maestro en este arte, más que una simple gracia combinatoria, que un juego de salón, se trataba de descifrar un inagotable rompecabezas simbolista, cuyo reto principal era la referencia personal. A partir de un *spot* publicitario, un versículo de la *Biblia* o una ecuación aritmética, buscaba nuevos significados que acogía como oráculos. El anagrama se daba por bueno si lograba sorprender a su creadora.

Más de cien poemas de una gran belleza y fuerza se generaron de esta manera. Con una decena de ellos, acompañados por diez dibujos afiligranados y oníricos, bajo el título *Hexentexte* (Textos de hechicera) se dio a conocer Unica Zürn en 1954 en una galería berlinesa. En esta época, la ocupación anagramática había adquirido una importancia casi exclusiva en su vida, como reconoce en *El hombre jazmín*: «Diversión inagotable para ella, la búsqueda de una frase en otra frase. La concentración y el silencio que exige esta ocupación le permiten sustraerse por completo a su entorno –incluso, olvidar la realidad–, que es lo que ella desea». Si las oraciones de las que nace el anagrama representan el mundo ordenado y lógico, los nuevos significados que Zürn buscaba en ellas ofrecían otras dimensiones de la realidad, el mundo alucinante detrás del mundo cotidiano.

A la exposición de Berlín seguirían otras cuatro individuales en París; en 1959 participó en la Exposición surréaliste internationale, ya introducida por Bellmer en el círculo de Man Ray (quien le dedicó un magnífico retrato), Max Ernst, Jean Arp y Henri Michaux (en quien creía reconocer al hombre jazmín de sus sueños de infancia). Aunque quiso mantenerse en la sombra, pronto fue integrada en el grupo. El trato con estos venerados maestros supuso para la artista un importante estímulo. Leyó a fondo sus escritos teóricos y le impresionó espe-

cialmente la poesía del inconsciente de Michaux. Ahí encontraba ese espacio intermedio entre sueño y pensamiento asociativo que desarrollaría su obra.

Unica Zürn se tomó al pie de la letra la exigencia de Michaux de avanzar con la escritura en el terreno del inconsciente. Sus propios experimentos en prosa surgieron tras el primer brote esquizofrénico que desembocó en un largo y penoso tratamiento clínico. Con un esfuerzo casi sobrenatural, logró convertir la enfermedad, que la acompañó en toda su trayectoria creativa, en cuerpo de investigación y creación literaria. *El hombre jazmín,* su breve obra principal, *Primavera sombría,* la única publicación de prosa en vida, *El blanco con el punto rojo* o *La casa de las enfermedades,* recogen con escalofriante objetividad los distintos estados de un padecimiento que le proporcionó experiencias alucinantes con las que trascender la realidad. «Si alguien le hubiera dicho que habría que volverse loca para tener estas alucinaciones, en especial la última, no habría tenido inconveniente en enloquecer. Sigue siendo lo más asombroso que ha vivido nunca», leemos en *El hombre jazmín.*

También los surrealistas trataban de reproducir estos estados, pero los provocaban artificialmente. Unica Zürn no consentía separar sus experiencias personales y las condiciones habituales de la creación artística. Cada alejamiento del mundo racional, cada estancia clínica, se convertía en expedición de autodescubrimiento, viaje de exploración del continente oscuro que hablaba a través del cuerpo: «Está acostada, pensando, cuando, de pronto, el interior de su cuerpo empieza a responder con toda claridad a las preguntas que se hace a sí misma».

Posiblemente Unica Zürn se habría confesado afín al «romanticismo negro», a la literatura anticlásica, en un sentido amplio, que cuestiona la diferencia entre realidad y ficción y se pasea por la zona limítrofe entre racionalidad y locura. Como los escritos de Novalis o de Jean Paul, desarrolla una clara predilección por lo sobrenatural y lo oculto, la paradoja y los contrasentidos. Incorporar a la creación los apuntes de su mal, re-

conocer en el trastorno mental la oportunidad de librar a la obra de arte de los mecanismos de control racional y moral, le confiere, sin duda, un lugar singular. En este carácter inclasificable estriba, por un lado, el desconcierto de los funcionarios literarios, que la ignoraron y excluyeron de la historia de la literatura hasta hace pocos años, y por otro la fascinación de sus lectores: ni simple protocolo patológico ni creación surrealista. La autora logra mantener la distancia necesaria con su vida para transformar sus experiencias en arte, al menos durante las temporadas en que no se agudiza la patología y tiene que ser ingresada.

Como sucedió con otras autoras de su generación, hubo que esperar a los años ochenta, cuando las investigadoras feministas alemanas la rescataron del olvido, para que se editaran sus obras completas. Unica Zürn hasta entonces sólo era conocida en Francia, donde sus textos autobiográficos causaron furor en un selecto grupo de intelectuales. Michel Leiris reseñó con entusiasmo *El hombre jazmín*; entre los aficionados al arte vanguardista su nombre evocaba a la musa y modelo de las tétricas fotos de acordonamientos de Hans Bellmer; en el diccionario del surrealismo de José Pierre se menciona su *Primavera sombría.*

Antes de adquirir esta exigua fama como artista surrealista en Francia, la actividad literaria de Unica Zürn se limitaba a escribir pequeñas historias para diversos periódicos berlineses. Entre 1949 y 1955 publicó un centenar de textos breves que le sirvieron de medio de subsistencia después del divorcio en el que perdió a sus hijos; probablemente algunas de las historias estaban pensadas para ser leídas a los niños, a quienes veía sólo de vez en cuando. En cualquier caso, muchas evocan el mundo de la infancia: la felicidad de una familia que pasa el domingo en la cama («Una mañana de domingo»), el amor tímido entre dos niños («Sibby Patzke es una hechicera») o las aventuras de Betty y Tom, la pareja de adolescentes que vive en una primitiva cabaña del bosque, en la serie de aventuras que arranca con «En el lago Negro había un pez negro». Una po-

sible poética de estas felices fugas infantiles se halla en un texto de esta serie, «Un día memorable», donde una misteriosa y elegante dama visita a Betty y Tom y dice al despedirse: «¿No les parece que nuestros pensamientos, los que son sólo nuestros y no conoce nadie más, son mucho más reales que cualquier realidad? Son mucho más preciosos que nuestros actos. –parecía muy triste al decir esto, como si sus palabras fueran expresión de una felicidad añorada».

Las *Historias de periódico,* como se llamaron estos breves cuentos en la edición alemana, recogidas aquí con el título *El trapecio del destino y otros cuentos,* sobre todo transmiten el placer de narrar, la maravilla de inventar nuevas realidades, de invertir la lógica de lo conocido para entrar en una esfera encantada. De ello dan cuenta títulos como «Cuenta Camille», «El huésped de la cámara secreta», «Las fabulosas experiencias de un gran comerciante» y, por supuesto, «El encantamiento». Esta historia fantástica de una costurera que se despierta en el sofá del taller transformada en maniquí, es un buen ejemplo de la ambigüedad con que se presenta lo maravilloso. La escritora traslada la experiencia traumática, la vejación, el sufrimiento, al plano de los encantamientos. En el caso de la señorita Milli, tras su transformación kafkiana en muñeco de sastre que llora con los otros maniquíes su mutilación, se esconde una violación. Lo que al principio parece una variación prosaica de *Cascanueces,* se torna en historia de horror, cuyo espanto, sin embargo, está amortiguado y hasta ridiculizado por las formulaciones indirectas y ceremoniosas de los muñecos que no cuentan a la afligida señorita las atrocidades que contemplaron cuando ella estaba inconsciente. Hablar abiertamente de los traumas sexuales (de la infancia) era todavía tabú en esta fase de la obra de Zürn, que tiene el mérito de haber roto con él en el mismo período en que los escritores del 68 predicaban la libertad sexual.

Curiosamente, ninguna de estas historias deja entrever la época en que están escritas: la sórdida, harapienta posguerra berlinesa, aún más mísera, a causa del bloqueo, que en el resto de la Alemania destruida. Muchas se ubican en un mundo alocado, pero intacto, la época de los años veinte, protagonizadas por seres extraordinarios, dentro de un excéntrico y a menudo acomodado ambiente. Hay algunas excepciones de este alejamiento de la realidad contemporánea: las historias ubicadas en París. Y, en «Soy botones», Unica Zürn elabora observaciones de su empleo en la UFA durante los años treinta; con un mesurado verismo social ilustra la desprotegida existencia de un chico de quince años en los tiempos de la crisis económica.

Es evidente que la realidad contemporánea no le interesaba a Unica Zürn para su escritura. No era una cronista de su entorno, sino una soñadora de mundos, y a este ámbito incorpora la elaboración de los recuerdos. Se detectan en *El trapecio del destino y otros cuentos* muchos elementos biográficos. De hecho, se pueden leer como un mosaico de su autobiografía, cuyas teselas muestran a la niña de siete años en el jardín de la mansión paterna del barrio residencial berlinés Grunewald («Encuentro en la valla»), a la adolescente que recibe su primer beso con intención pedagógica («Primera experiencia») o a la ya madura y desencantada enamorada que recuerda con cierta ironía la escena melodramática de una de las múltiples despedidas de su pareja («Deja que se vaya»).

Los años de París se han filtrado en algunas de las historias más costumbristas. La estrechez económica en la que vivía la pareja Zürn-Bellmer, se refleja en «Idilio en la rue Mouffetard», calle en la que se encontraba el apartamento que compartían El Barón Negro y Minú. El amanerado tono romántico no engaña –«Él y ella despiertan, callan y se pierden en el brillo de sus ojos»– sobre las consecuencias fatales de la miseria bohemia: «Sus voces no eran más que un ronco gemido. "No puede uno quedarse echado hasta morir de hambre", dijo El Barón Negro con voz ronca». Afortunadamente, el milagro llega a tiempo y salva a los artistas del hambre.

Si bien aún no revelan el inquietante universo alógico de los anagramas, ni la mano magistral de la exploradora de las

heridas de infancia, estas historias no son inocentes. Todavía disimulan la dimensión trágica de la escritura, aunque ya se deja entrever. Según Ruth Henry, amiga parisina y traductora al francés, Unica Zürn no escribió ninguna frase que antes no hubiera vivido. A pesar de sus inverosímiles finales felices, *El trapecio del destino y otros cuentos* corrobora esta afirmación. Más adelante, el fatídico entrelazamiento de vida y literatura sería total, y la escritura ciertamente no cumpliría ninguna función terapéutica.

Se presentan aquí 40 de los 129 minirrelatos publicados por Unica Zürn a principios de los años cincuenta, aproximadamente la mitad del cuerpo textual, cuyo conjunto es muy desigual. No todas sus tentativas literarias tienen el mismo interés. Empezó a publicar cuando existía una gran demanda de historietas edificantes para añadir a las páginas de entretenimiento de los escuálidos periódicos. Concebidos y estructurados según las exigencias del medio, muchos de los primeros textos de Unica Zürn se rigen por pautas trilladas, su léxico está plagado de tópicos y revelan la estrechez de miras propia de la posguerra. A esto se suma su convencionalismo, su moraleja, que refleja fielmente el espíritu de la conservadora y mojigata era de Adenauer. Se ha prescindido de esos textos. En la selección se ha buscado un equilibrio entre la excelencia literaria y aquellos textos que mejor expresan su atormentada biografía. En todos se exhibe la asombrosa capacidad de Unica Zürn para desplegar, en un espacio muy reducido, su inagotable imaginación y el vigor y la luminosidad de su escritura.

Cecilia Dreymüller

EL TRAPECIO DEL DESTINO
y otros cuentos

Cuenta Camille

Al caer la tarde, Camille solía tomarse unos vasos de tinto, y todo el que a esa hora se encontrara en el Coucou se sentaba a la mesa redonda del rincón, a escucharle contar su historia del día.

Durante todo el día, Camille no decía ni una palabra, pero entre las cinco y las seis de la tarde siempre tenía algo que contar.

–Un día, a esa mesa larga de ahí delante se había sentado una mujer –así empezó Camille su relato de hoy–. No era la primera vez que venía y, por su manera de mirar de soslayo, comprendí que no abrigaba buenas intenciones. ¡Además, tenía barba de chivo! Podéis creerme, no era lo que se dice un regalo para la vista, con aquellos pelos grises en su barbilla de bruja y aquellos ojos negros y bizcos.

Los jóvenes sentados a la mesa adelantaron el cuerpo. Seguro que Camille iba a decir de aquella vieja algo escalofriante.

–Ella solía pedir tres ginebras y se las echaba al gaznate una tras otra, casi sin respirar –prosiguió Camille. Hizo una pausa y se atusó el blanco bigote.

»Un día –agregó en voz baja y grave–, vi que entre los pliegues de la falda escondía un cuchillo. Ahí estaba, sentada en ese banco: una mujer que te mira por el rabillo del ojo y se pasea con un cuchillo.

»Esta vez, por precaución, no le envié a mi hija Lisette con la ginebra sino que se la llevé yo.

»Aquí no se puede entrar con cuchillos –le dije cortésmente, dejando en la mesa, con un golpe seco, la bandeja con los tres vasos.

»Jajají, jajú –graznó ella con una especie de aullido que me hizo estremecer hasta el tuétano, enseñando unos dientes amarillos de fiera salvaje, y me lanzó una cuchillada al pecho izquierdo.

»Yo, que no soy manco, porque en este oficio tienes que aprender a habértelas con gentuza de la peor calaña, la golpeo debajo del brazo y el cuchillo vuela por el aire y, con un ruido sordo, se clava en el retrato del pobre tío-abuelo Pierre, que está detrás del mostrador. Aún podéis ver claramente el corte.

Los jóvenes se volvieron y todos distinguieron con nitidez la marca del cuchillo en el retrato.

–Entonces sonó un zumbido suave, como el ronroneo de un gato –prosiguió Camille–, y el retrato del tío Pierre, que ya veis que no tiene marco sino que está clavado a la pared, giró sobre sí mismo dejando el dorso al descubierto.

»Y allí, detrás del retrato, veo un sobre blanco. Me subo al mostrador, arranco el sobre y miro al rincón. La vieja ha desaparecido. No importa: ahora lo que interesaba era el sobre. Así que lo abro... ¿Y sabéis qué encontré dentro?

–Dinero –gritó el mozo del molino.

–¡Un montón de dinero! –gritaron los otros.

Camille rechazó la idea con ademán de fatiga.

–¡Nada! –dijo tristemente–. Dentro no había nada, lo que se dice nada.

Ellos lo miraban sin pestañear.

–¿Y entonces? –preguntó uno, intrigado.

–¿Qué «y entonces»? –dijo Camille, ofendido–. Pues entonces nada: si en el sobre hubiera habido dinero, esta historia sería una de tantas. Esta vez el cuadro no hizo «ruuun» sino «clic», y se puso otra vez de cara. Y desde entonces no ha vuelto a moverse. La vieja aún me debe las tres ginebras.

–Pero algo tenía que haber entre la vieja, el cuchillo y el retrato que da vueltas –insistió uno de los jóvenes, hoscamente. No le había gustado la historia.

–Lo de la vieja es cierto –dijo Camille bostezando–. Lo del cuchillo, el retrato y el sobre me lo he inventado, bobos –y aquí calló, porque ya eran las seis.

–Pero el corte... –insistió Jacques, irritado. Se sentía defraudado.

–El corte –masculló Camille–. Vamos a ver, ¿qué corte?

Todas las miradas fueron al retrato del tío Pierre. No había ni rastro de corte.

–Imaginación –dijo Camille, filosófico, y todos escucharon con profundo respeto, porque nunca se había oído hablar a Camille después de las seis.

La muchacha que se paseaba por la viga

La silueta de los almacenes de la orilla del río se diluía en la niebla. El agua estaba quieta y negra. Había silencio. Su hombro tropezó con una pared. El hombre se paró y palpó los ladrillos con las dos manos. Aún estaba inmóvil cuando, de pronto, oyó un suave cántico. Sonaba como una música de arpa en la brisa. Venía del otro lado de la pared.

A tientas, buscó una entrada. Encendió un fósforo.

Al resplandor de la llama vacilante, vio una puerta grande, como de granero, que a los pocos segundos desapareció en la oscuridad. De un empujón, la abrió y sintió la vaharada de un aire viciado.

Encendió otro fósforo. La gran nave estaba vacía. Ahora se oía claramente el canto, que venía de arriba. La voz se ondulaba sobre su cabeza. Él levantó la minúscula llama y vio una figura blanca, de pie sobre una ancha viga que discurría por la parte alta del almacén.

El fósforo se apagó.

–¿Quién está ahí? –su voz sonó hueca en la gran nave.

Buscó un trozo de madera, con el que darse más luz. Ahora tenía una pequeña antorcha que sostenía en alto.

Una muchacha caminaba por la viga, despacio, con paso solemne. Llevaba un camisón blanco y miraba al vacío con los ojos muy abiertos. Tenía los brazos extendidos hacia adelante

y palpaba el madero con los pies descalzos. Él la miraba como a una aparición. De los labios de la muchacha salía aquel canto fino, trémulo, irreal.

Instintivamente, él unió su voz a la de ella, siguiendo la melodía, en un tono más grave y potente, mientras caminaba lentamente junto a la pared, con su antorcha en la mano, en busca de una escala o de algún medio para llegar hasta la muchacha y que bajara de allí. Confiaba en despertarla con su canto. A llamarla no se atrevía.

Al llegar al extremo del madero, ella dio media vuelta con un movimiento grácil y ondulante y volvió sobre sus pasos. El hombre, tanteando en derredor, cantaba sin dejar de mirarla, pensando: «Esto no es verdad. Estoy soñando».

En la pared del fondo se agrandaba la sombra de la muchacha. Mucho más abajo se recortaba la sombra de él, con anchos hombros.

El hombre no encontraba nada en aquel almacén vacío. «No puedo dejarla sola», pensaba. De pronto, lo asaltó la extraña idea de que tendría que quedarse para siempre en aquella nave grande y fría a cuidar de la muchacha, a vigilar que no le pasara nada. Se oyó un ligero chirrido. En la pared, en un extremo de la viga se abrió una puerta estrecha que él no había visto hasta entonces.

En la puerta apareció un anciano, en camisón, que lo miró asustado.

El anciano se llevó el índice a los labios y señaló a la muchacha. El hombre que estaba abajo no se movió.

Cuando la muchacha llegó hasta él, el anciano hizo con los labios unos suaves chasquidos que sonaron como el trino de pajaritos soñolientos. Con cautela, tomó la mano de la muchacha y, rápidamente, la rodeó con los brazos, la levantó y la atrajo hacia la puerta.

–Pronto se despertarán los pájaros –murmuró besándola cariñosamente–. Mi niña querrá ver los pájaros cuando se despierten.

La muchacha despertó. Y entonces se echó a reír, con una

risa suave y vacilante, una risa que sonaba a llanto, y rodeó el cuello del anciano con los brazos. Antes de cerrar la puerta, él meneó la cabeza con gesto triste y elocuente. Un mechón de pelo blanco le cayó en la cara.

El hombre del almacén salió a la calle, como en un sueño. Aún tenía la tea en la mano. Cerró la gran puerta y se quedó parado frente al almacén.

Se le acercó un policía.

–¿Qué está haciendo aquí?

Se lo preguntaba como si sospechara que era un pirómano. El hombre dejó caer la tea a la tierra húmeda y la pisó. No contestó. Dio la vuelta al almacén y vio que contigua a él había una casa de vecinos. En una ventana del cuarto piso se veía un poco de luz.

El hombre trató de entrar en la casa. El policía lo había seguido.

–¿Usted vive aquí?

–No –respondió él.

–Váyase a casa, hombre –dijo el policía. Ahora tenía la voz más amable. Seguramente, lo tomaba por un chiflado. Porque un borracho no era; por lo menos esto le había enseñado la experiencia al policía.

Un hombre libre

La primera vez que lo vi, tenía un gran laúd sobre las rodillas, un instrumento robusto y pesado –con dos «cuellos»–, y cantaba coplas. Con una espléndida voz de barítono y mucha gracia. Después tuve ocasión de hablar con él, y así conocí a un vagabundo auténtico.

–En toda mi vida sólo he trabajado en lo que me gustaba –declaró, satisfecho–, y sin embargo aún estoy vivo –¡vaya si lo estaba! Era la estampa de la vitalidad, con su pelo entrecano, su cara bronceada y sus ojos azules y alegres, rodeados de una multitud de arruguitas de la risa–. Seis casas he construido, con éstas –y mostraba sus manos fuertes–, y las seis las he regalado. No puedo quedarme mucho tiempo en el mismo sitio, necesito moverme. Ahora estoy haciendo otra casa, en una pequeño solar de las afueras de la ciudad. Con un amigo que es padre de familia. Algún tiempo tendré que quedarme, claro, hasta que esté todo listo, las ventanas, las puertas, los canalones. Pero, después, adiós...

«Soy vagabundo», decía a todo el que le preguntaba cuál era su oficio. Se le veía de muchas maneras: unos lo tomaban por pintor, otros por músico, otros por poeta. «Yo me gano el dinero en las granjas, sí, créanme. Voy a las granjas... a cantar.»

Entonces recordé que ya le había oído antes. Un día de otoño, triste y lluvioso, oí cantar abajo, en el patio. Era una voz

que invitaba al optimismo, evocando en el feo corral un bello paisaje de prados y montañas inundados de sol. Cuando me asomé a la ventana, me sorprendió ver a un hombre tan jovial, que había trocado el lamento melancólico y sentimental de los cantores ambulantes por un alegre gracejo. Fue recompensado por una abundante lluvia de monedas. Él se inclinó graciosamente y levantó las manos hacia las ventanas, como el actor que agradece el favor de su público.

Cuando le hablé de mi recuerdo, me respondió que debía de estar equivocado. No por lo que se refería a su actuación sino en lo tocante a la recompensa. Él nunca había recaudado en las afueras de una ciudad tanto dinero como yo había visto caer de las ventanas. Y dijo que, en la zona de Berlín, sólo había dos lugares a los que valía la pena ir a cantar por las granjas: Wedding y Gesundbrunner. Allí la gente hasta se acercaba a pedirle canciones extra.

Él paseaba la mirada por el local, observando, complacido, cómo los grupitos que hasta entonces mantenían sus propias conversaciones callaban y, a un mismo tiempo, volvían la mirada hacia él, como si esperasen que se pusiera a contarles episodios de su vida. Y entonces él empezó el relato de una bonita aventura:

–Esto sucedió cuando queríamos peregrinar a Jerusalén como cruzados. El plan era de mi amigo, que se había encargado de conseguir los papeles necesarios para el viaje. Habíamos tocado y cantado durante semanas, y el dinero que habíamos reunido nos lo gastamos regiamente en dos billetes para Budapest. No alcanzaba para más. Desde allí seguimos viaje a pie por Hungría. ¿Habéis estado en Hungría? Si no, no podéis haceros idea de la cantidad de caballos que pastan en aquella tierra. Demasiados, demasiados caballos para los húngaros. Nosotros no comprendíamos para qué querían los húngaros tantos caballos. Tomamos prestados dos. Dos animalitos pequeños, desgreñados y briosos. No protestaron, los caballos.

»En un mercado, entre vendedores de pimientos y tratantes de maíz, cantamos estupendamente, montados a caballo. Con

el dinero recogido compramos a un ropavejero dos hábitos de peregrino. Cuando aquel buen hombre se enteró de nuestro piadoso empeño, nos regaló dos viejos sombreros de jesuita. A partir de aquel día, dejamos de afeitarnos y empezamos a llamarnos Gregorius y Laurentius. Con un retal de tela de un color violeta chillón cortamos dos grandes cruces que cosimos a los hábitos. Muchos días cabalgamos por aquellas tierras, bajo el cielo alto y cálido de principios de verano, y la respetuosa curiosidad que en todas partes se nos mostraba nos transformó en hombres venerables y fervorosos. Llegamos a Turquía, donde fuimos objeto de consideración y respeto aún mayores. Siempre encontrábamos albergue en los monasterios. No era fácil entenderse, pero nos defendíamos con mis nociones de francés.

»Por lo demás, pese a que los monjes de los monasterios turcos no entendían nuestra lengua ni nosotros la suya, teníamos un bonito medio para comunicarnos, que eran nuestras coplas. Por respeto al sagrado recinto en el que nos hallábamos y para hacer honor a nuestro piadoso aspecto, las cantábamos a ritmo lento, prolongando las notas con una cantilena quejumbrosa y dando a las canciones un aire como de letanía que invitaba a nuestros oyentes al recogimiento. Nosotros cantábamos a los prados y al edelweiss, a las mozas de ojos castaños y al buen vino, y los monjes percibían en nuestras voces cánticos de alabanza a los cielos. Las despedidas eran muy cordiales, con abundancia de besos y provisiones para el camino.

»Un día, Gregorius me dijo: «Laurentius, no sé qué le pasa a mi caballito, pero se ha puesto muy gordo». Nos apeamos y miramos el caballito por todos lados. Sí que tenía un buen bombo en la barriguita. De pronto, Gregorius palideció: «Es una futura mamá». Gregorius quería mucho a los animales, y ésta fue la razón por la que en nuestra peregrinación no llegáramos a Jerusalén. «Es preciso que tenga a su hijo en su tierra –declaró tajantemente mi compañero–. Espero que lo comprendas, hermano Laurentius.» Abrazó al animal por el cuello y le pidió perdón por haberle causado tantas fatigas.

»Nuestro regreso a Hungría duró más que todo lo que llevábamos de viaje, porque Gregorius hizo a pie casi todo el camino. Pero al fin llegamos a los pastos en los que habíamos tomado prestados los caballitos. En realidad, nadie notó su falta, y nadie notó su vuelta. Gregorius dio un beso en la frente a su Anna, como la llamaba él, y le dijo que deseaba que tuviera un bebé sano y hermoso. Sí, y entonces volvimos a cantar, pero las gentes de los pueblos nos reconocían y les sorprendía que regresáramos de Jerusalén tan pronto, y a muchos les parecíamos hombres corrientes que habían querido reírse de ellos, abusando de su buena fe. No tuvimos más remedio que volver a vestirnos de paisano a toda prisa. Y es que hay personas que no comprenden el humor, aunque no son muchas, podéis creerme, y apuesto a que yo os hago reír a todos, hasta a los más tristes..., ¿eh?

Y entonces, para terminar, cantó una canción de un hombre muy alegre que había bebido mucho vino nuevo. No sólo tocaba muy bien el laúd sino que era un gran cómico que nos hacía llorar de risa. Pero quizá también ustedes le oigan cantar un día en el patio de la granja. Enseguida lo reconocerán.

Qué hermosa era la vida

El señor Musenius llevaba muriéndose todo el invierno.

–Hijo mío –solía decir–, no te rías de mí, pero sé muy bien que moriré pronto y, después de todo, no tiene nada de particular, ¿verdad? –paseábamos por los estrechos senderos que rodeaban la rosaleda, la nieve cubría la desnudez del jardín y Musenius me hablaba de su muerte. Tosía ligeramente y se sonreía de mi preocupación.

–Yo nunca me atrevería a reírme de usted, señor Musenius. Es sólo que no puedo imaginar que vaya a morirse. Estaríamos perdidos sin usted. Y piense en qué sería del jardín, de la casa, sin usted. Es inconcebible. Los manzanos, sin usted; las rosas, si usted faltara.

–Las rosas, sí, desde luego... –asintió Musenius–, aunque sería lo único. Pero entremos, quiero regalarle una cosa muy bonita.

Se adelantó hacia la casa, silenciosa bajo su carga de nieve. De la chimenea salía humo que ascendía al aire quieto del anochecer. Dentro el ambiente era cálido y acogedor y Musenius dejó de toser. Mi amigo era alto, robusto, ancho de hombros, con cabeza de león, expresión firme y melena blanca.

–Esto es un regalo para usted –dijo, entregándome una tabaquera de barro–. Dentro tiene un pequeño depósito que se llena de agua y, debajo, se pone el tabaco, que así se mantiene

fresco, suave y aromático. No hay mejor tabaco. Y todo lo hace esta vieja tabaquera –entonces Musenius dio media vuelta y se alejó, y por el gesto de la espalda noté que estaba cansado y que ahora deseaba quedarse solo.

Musenius siguió saliendo al jardín todos los días. Llegó marzo. Mi amigo andaba siempre de un lado al otro, con un cestito en el que llevaba hilos, cordeles y podadoras. Una tarde lo encontré subido a una escalera. Estaba recortando las puntas secas de las ramas del manzano.

–Señor Musenius –le dije–, no debería usted subirse a la escalera.

–¿Por qué no? –me preguntó secamente.

–Porque puede caerse –yo sostuve la escalera que se estremecía y crujía bajo su peso.

–Puedo caerme –dijo Musenius y, con la cabeza entre las ramas, levantó la mirada al cielo–. No le entiendo –exclamó entonces–. ¿Puede imaginar muerte más hermosa? ¿Dónde mejor que aquí, entre los árboles?

Aquella noche me acosté temprano. Aún se recortaba sobre las nubes la negra silueta de los viejos árboles y trinaban pájaros cuando empezó a oírse un murmullo grave y un poco trémulo que fue creciendo hasta quebrarse en una monótona melodía. El canto llenó por completo mi habitación. Fuera, junto a la ventana, estaba Musenius, cantando una de sus tristes baladas de Bohemia. Cuando terminó, le di las gracias y le pregunté qué canción era aquélla.

–Una canción de amor de mi tierra, que canté por primera vez hace sesenta años; pero ella no me quiso –rió–. Dios mío, qué hermosa era la vida, cuántas tonterías, qué candor, qué gozo... –murmuró algo más que no entendí. Se había sentado en el banco que estaba delante de la ventana.

–Ahora debería acostarse –dije. Había tanto silencio frente a la ventana que creí que se había dormido.

–Ah, vamos, quiere decir que puedo pillar un resfriado y morirme; pero imagine: un juglar que muere cantando, ¿no le conmueve? –entró en casa tosiendo y riendo. Abril lo pasó Musenius escribiendo cartas. Tenía siete hermanas ancianas y cada una recibió una jovial carta de despedida.

Una mañana de primeros de mayo, Musenius se quedó en la cama. Nosotros, preocupados, entrábamos a preguntarle cómo se encontraba, y nos respondía que hacía años que no se encontraba tan bien.

–Haced muchos pasteles y café bien cargado, y traedme un par de manzanas invernizas y vino de grosella, y venid todos, porque vamos a celebrar una fiestecita, ¿qué os parece?

Musenius, con su mejor camisón, estaba sentado en la cama, rodeado por todos los de la casa, familiares y huéspedes, y contaba anécdotas de juventud derrochando buen humor. Sólo una vez se puso serio aquel último día, y fue al pensar en las rosas. Entonces meneó la cabeza con gesto de duda.

–Aunque me parece que aún es temprano, me gustaría que fuerais a ver cómo están. Ven, hijita, toma esto –dijo a la nieta, dándole la podadora–. Córtame una rosa, pero date prisa.

Se quedó esperando, apoyado en los codos, y todos callamos al verlo tan anhelante. La pequeña, quizá por atolondramiento, no trajo sólo una rosa sino toda la mata del rosal. Nosotros lo miramos con temor.

–Bien hecho. Así tendré algo a lo que asirme –hundió la cabeza en la almohada y, después de mirarnos uno a uno, risueño y ya soñoliento, se puso el rosal en la cara, como escondiéndose de nuestras miradas. Aspiró una vez, profundamente, como si las rosas ya hubieran florecido, y el aliento huyó entre sus labios, en silencio.

El encantamiento

La primera luz del amanecer entraba en el taller de sastrería por las ventanas sin cortinas. Los maniquíes parecían negros bultos sin forma.

La señorita Milli se sorprendió al encontrarse echada en el sofá, sin el vestido. Al ir a extender la mano hacia la prenda, se asustó: no tenía brazos.

Cuando la señorita Milli se miró los hombros y vio luego las negras siluetas de los maniquíes, sintió un hondo desconsuelo: estaba como ellos.

Lentamente, a medida que crecía la luz, iban perfilándose las siluetas de los maniquíes. Pecho abombado, espalda erguida, caderas firmes y bien torneadas descansando sobre el pie.

–Ya se ha dado cuenta –susurró el maniquí más grande, al que se probaban los fracs y las americanas.

–Mira, está asustada –dijo otro.

–No te desesperes –la animó un tercero.

–No te aflijas. ¡Nosotros estamos contigo!

La señorita Milli escuchaba las voces tenues y amigas que sonaban en el taller y que salían de los maniquíes.

Tenía frío. Le temblaban los hombros. Se quedó echada en el sofá, muy quieta, mirándose.

–Lo sentimos mucho –dijo el maniquí grande–. Menos mal que le ha dejado la cabeza.

La señorita Milli callaba; todo le parecía borroso, confuso.

–Ahora que usted se parece a nosotros –empezó el maniquí grande, con voz aún más dulce y compasiva–, a pesar de que aún conserva la cabeza, ¿permite que le expliquemos lo ocurrido?

La voz esperaba.

Entonces, en el interior de un maniquí empezó a sonar el leve tarareo de una tierna alborada. El cantor se balanceaba suavemente, y la dulce y lenta melodía sonaba como un suspiro.

¿Así que todos aquellos maniquíes, inmóviles y oscuros, que la señorita Milli conocía desde hacía años, tenían vida? ¿Estaban vivos, y ella no lo había notado hasta ahora, cuando compartía su suerte? La señorita Milli se levantó, fue a la ventana y miró afuera. Sin volverse, preguntó:

–¿Ha sido el oficial?

–Ah, ya se acuerda –dijo el maniquí grande–. Sí; ha sido él, el canalla más bestial que hemos visto en nuestra vida, ese gordo pelirrojo.

–¿Qué me ha hecho? –a la señorita Milli le temblaba un poco la voz.

–Ayer, el maestro sastre le dijo que se quedara a trabajar hasta más tarde –le recordaron los maniquíes.

Ella asintió.

–Sí. Tenía que coser la cola del vestido azul de madame Soré.

–Ya se habían ido todos –prosiguió el maniquí grande–. Usted estaba sola, cosiendo. Cantaba una canción para distraerse. Entonces el oficial volvió.

–Fue uno de los más viles atropellos que hemos presenciado –terció en la conversación otro maniquí–. Se le acercó por detrás, la agarró por los brazos, la lanzó a ese sofá y...

–¿Y...? –preguntó la señorita Milli.

–¡Usted se defendió! Lo arañó bien. Y me parece que hasta le mordió en una oreja. Usted peleó, señorita Milli, peleó como una heroína, pero...

–¿Pero? –jadeó la señorita Milli.

–Él es muy fuerte, ¿comprende?, no había esperanza, nosotros nos volvimos hacia la pared, temblando de vergüenza, por no poder hacer nada.

–Pero mis brazos... –sollozó la señorita Milli con súbita desesperación–. ¿Qué ha sido de mis brazos?

–Él no consiguió nada, señorita Milli –dijo el maniquí grande con suavidad–. Usted conservó la cabeza, él luchaba y al fin dijo...

–¿Qué dijo? ¿Qué dijo, por Dios?

–Dijo –prosiguió el maniquí con voz dolorida–, dijo: «¡Pues serás como uno de éstos!». Y nos señalaba a nosotros. «¡Sin brazos, sin piernas y sin... cara!»

La señorita Milli se volvió lentamente.

–Sin... cara –susurró.

El maniquí grande, turbado, frotó el suelo con su pata de madera.

–Sí –murmuró–. Él...

–¿Qué? ¡Habla, por lo que más quieras!

Del cuerpo de los maniquíes salía un llanto suave que partía el corazón.

–Nos da usted mucha pena –decían entre suspiros.

–Le ha borrado la cara –murmuró el maniquí masculino–. Ya no tiene cara.

Lentamente, la señorita Milli se apartó de la ventana y fue hacia los maniquíes. La piel sonrosada de la mujer hacía un bello contraste con aquellos cuerpos negros. Al fin dijo:

–¿Entonces soy una de vosotros?

–Es un gran honor –dijo el maniquí masculino y, con movimientos rígidos, trató de hacer una reverencia.

–Siempre será la más hermosa. Aún tiene su pelo, su pelo suave de mujer. Y el contorno de su cara es bello y armonioso. Ah, señorita Milli, es usted el maniquí más bonito que hemos visto en toda nuestra vida.

Las mejillas de la señorita Milli se ahuecaron en una sonrisa.

–Me quedaré entre vosotros.

–¡Oh, qué alegría, señorita Milli! –exclamaron los maniquíes–. Haremos todo lo que podamos para que sea feliz.

¡Su marido baila con la serpiente!

El dueño del hotel Dünenhof era un hombre sencillo. Tenía una cara tosca de pómulos acusados y mandíbula cuadrada y firme. Se preocupaba mucho por sus huéspedes y siempre tenía alguno al que dedicaba especiales atenciones. Este año era la señora Solm. La veía muy sola.

–¿Por qué no viene su esposo? –le preguntó–. Dijo que volvería en quince días y ya han pasado tres semanas –hablaba en tono de reproche.

–Volverá pronto. Tiene trabajo.

El hotelero la siguió con la mirada. Ella iba hacia la playa, sola, siempre sola. Cuando llegó el señor Solm, venía acompañado de una señora. Se llamaba señora Lindenburg, y todas las noches se sentaba a la mesa de los Solm y bebía mucho aguardiente de la isla.

Pero la señora Solm parecía contenta, estaba siempre pegadita a su marido, escuchando todo lo que él decía. El dueño del hotel veía lo amable que era con la señora Lindenburg, a pesar de que saltaba a la vista lo mucho que a aquella mujer le gustaba el señor Solm.

A veces, el dueño del hotel se sentaba con ellos a su mesa. Solm le era simpático y un día también Storm, el pintor, se unió al grupo. Entonces los tres hombres se olvidaron de las mujeres y se pusieron a hablar entre ellos. Mientras conversa-

ban, se ponían la mano en el hombro o en el brazo unos a otros para subrayar sus argumentos, si alguno se resistía a creer lo que el otro le contaba. Bebían, fumaban y charlaban. No había nada en el mundo que no hubieran podido vencer los tres juntos. La señora Lindenburg miraba al señor Solm.

La señora Solm miraba a la señora Lindenburg. «Parece una gata grande –pensó–. Va a saltar sobre él de un momento a otro.»

–¿Está muy enamorada de él? –preguntó.

La Lindberg le clavó su mirada verde y dura.

–Sí.

–Pues ¿por qué no baila con él?

–No quiere bailar –dijo la Lindenburg tristemente.

–Pídaselo –instó la señora Solm, con insidia.

La señora Lindenburg irguió la espalda.

–Will –dijo–, me gustaría bailar con usted.

Sobresaltado y confuso, el señor Solm echó la silla hacia atrás con brusquedad y se levantó. Dando el brazo a la señora Lindenburg, fue hacia la sala de baile con paso no muy firme. El dueño del hotel soltó una carcajada. La conversación se había interrumpido, y él se puso en pie y se alejó.

Storm se acercó a la señora Solm en el diván.

–Bueno –dijo pasándose la mano por la frente–, ¿qué estamos tramando? Es muy apuesto tu marido, tiene perfil de camafeo. Si te descuidas, puede hacerte mucho daño. ¿Te has fijado en cómo lo mira la Lindenburg?

La señora Solm se echó a reír.

–Dejemos que se divierta –dijo despreocupadamente.

–¿Qué clase de personas sois? –gruñó Storm–. No puedes quedarte ahí tan tranquila, mientras él baila con esa mujer.

–Déjalo –dijo la señora Solm, pero Storm ya se alejaba en dirección a la sala.

–¿Permite? –preguntó una voz junto a su oído. Ella tuvo un sobresalto y notó un aliento húmedo en la cara.

–Esas sillas están ocupadas –dijo secamente.

Sin inmutarse ante su evidente desagrado, una masa de hombre sudoroso se sentó a la mesa y, con la mayor familiaridad, empezó a desabrocharse los botones de arriba de la camisa.

–Con permiso. Freisinger.

Johanna Solm movió la cabeza de arriba abajo con frialdad. Y entonces sintió con horror la carnosa mano del hombre en el brazo. Dos ojos de perro inyectados en sangre la miraban.

–¿Por qué está tan triste? No se puede soportar verla así. He estado observándola toda la noche –Freisinger hizo una seña al camarero y pidió una botella de aguardiente–. El claro es más digestivo. Pero, antes de beber juntos, comamos juntos –sacó del bolsillo unos bocadillos de anguila frita–. Es lo mejor para el aguardiente –se quedó mirando cómo Johanna comía.

–Usted me desconcierta –dijo ella.

–No es para tanto, ni mucho menos. Yo no soy más que un espectador de la función. Su marido baila con la serpiente. Tendría que ver cómo se le enrosca. No va a poder soltarse fácilmente. Ande, coma, beba, esto reconforta el espíritu.

–Él está aquí para distraerse –dijo Johanna, sin saber por qué.

–¡Para distraerse! –exclamó el gordo–. No pierda usted el buen humor.

Johanna lo miraba atónita.

–Bueno, bueno –dijo Freisinger–. No me mire de ese modo. Yo soy como soy. Oiga, señora, quien tiene unos ojos como los suyos, ojos de genio de las profundidades, diría yo, sabe más que todos nosotros juntos. Pero no esté triste. ¡Salud! El claro es el mejor, se mezcla bien con el agua y no hace daño, al contrario. Te da alas.

Storm volvió a la mesa.

–Se han ido. Los he buscado por todas partes.

Johanna se impacientó.

–No quiero hablar de eso. Él puede hacer lo que le apetezca.

–¡Mujeres modernas! –se indignó Storm–. Mujeres sofisticadas de gran ciudad... ¿Qué os habéis propuesto? ¿Qué hacéis de nosotros, con vuestra generosidad? ¿Adónde nos arrastráis? Nosotros somos buena gente, pero vosotras no nos queréis así,

no. Vosotras buscáis la emoción de nuestras transgresiones, no sois bondadosas como nuestras madres, que protegían a nuestros padres. Vosotras, las supermujeres, nos lo consentís todo. Y las que más sufrís sois vosotras, pero es lo moderno.

–Me estás estropeando la noche –dijo Johanna, que, hasta aquel momento, había ocultado su inseguridad bajo una aparente indiferencia–. ¿No querrías cambiar de mesa?

–Ni pensarlo –resopló el pintor, sentándose a su lado. Se hizo el silencio. Al fin, Johanna dijo algo que meditaba desde hacía tiempo.

–Si el otro merece la pena, estamos alerta. Lo vigilamos de cerca y lo retenemos. Si no... –se encogió de hombros.

Los dos hombres la miraban fijamente.

–¿Es eso? –Storm meneó la cabeza–. Y uno, en las nubes. Por más que creas conocer a tu mujer, ella puede estar viviendo su vida y haberse desentendido de ti, porque «no mereces la pena».

–Es usted una mujer singular –dijo Freisinger.

–No soy nada extraordinario –dijo ella.

–¡Ohoo! –hicieron los hombres.

–Me da la impresión de que ustedes se creen mis padres –dijo la mujer ásperamente.

–¡Sí! –gritó Storm ábrazándola con ímpetu. Johanna sintió retumbar en el oído su voz de bajo que decía–: Somos tus padres adoptivos y caballerescos. ¡Nosotros te protegemos! Si alguien te hace daño, no dejaremos títere con cabeza. ¿Verdad, Freisinger?

–Sí –respondió el coloso, y su rostro resplandecía de bondad. Sus ojos, sagaces y vigilantes, estaban fijos en Johanna.

El dueño del hotel se acercó a la mesa. Estuvo un rato detrás de ellos, mirando a Johanna.

–¿Por qué está ahí? –le preguntó ella.

–Porque aquí es donde debo estar –respondió él.

–Ahora mismo deseaba que viniera –dijo ella en una voz tan baja que sólo él pudo oírla–. Por lo visto, para que suceda algo basta con desearlo.

–Sí –dijo el dueño del hotel–. Usted tiene ese poder. Desde el primer día, le he leído el pensamiento. ¿Dónde está su marido?

–No lo sé.

–Ya –él le ofreció un cigarrillo–. La deja sola muy fácilmente –dijo y se inclinó hacia ella–. ¿Es que aún no sabe quién es usted?

Ella se levantó y fue hacia él.

–Desde que llegó, leo sus pensamientos, pero ahora ya no me inquietan; no podemos rehuirnos...

Ella se estremeció.

–No se asuste, no pienso hacer nada malo, pero usted sabe que esto es serio. Lo sabe, ¿verdad?

El dueño del hotel desvió la mirada, adelantó un hombro, se separó de la pared y se alejó andando despacio.

Al cabo de unas horas, el señor Solm volvió a la mesa.

–Estaba en la playa –dijo.

–Qué bien –respondió la señora Solm, alisándole el revuelto pelo–. ¿Y la señora Lindenburg?

–Se ha ido a su pensión –dijo el señor Solm–. Estoy muy cansado; subamos, si te parece.

Se despidieron de Freisinger y Storm.

El dueño del hotel estaba en el bar y saludó con su más afable sonrisa a la pareja que pasaba.

La boda de Garagan

Garagan se despertó de un sueño profundo. Le parecía que una voz lo llamaba y, como obedeciendo a una orden secreta, apartó el edredón y, a la primera luz de la mañana, corrió al armario, sacó su mejor traje, que sólo llevaba los días de fiesta, se puso camisa y cuello, se situó frente al espejo y, con todo esmero, se hizo el nudo de su corbata negra.

Cuando, algún tiempo después, Garagan me contó este episodio, dijo que aquella mañana en todo momento había actuado con plena conciencia de lo que hacía. Aseguró que, también cuando cruzó la calle y se encaminó al extenso parque de la ciudad, estaba bien despierto. Le parecía que una fuerza magnética lo atraía. Cuando llegó, el albor crepuscular se había trocado en una luz pálida. Garagan evitó el sendero y, andando sobre la hierba húmeda, fue hacia el claro, y allí se sentó en el tronco de un árbol. Pero en este punto su recuerdo se oscurecía. Al rememorar lo sucedido, tenía la impresión de haberse dormido y de que lo había despertado la misma voz que oyera en su habitación.

Delante de él había un hombre bajo y fornido. También vestía de negro y llevaba una chistera enfundada en una especie de bolsa con un faldón que le protegía la nuca. El desconocido dio su nombre, pero en voz muy baja, ahogada por el grito agudo de una becada.

–Sígame, por favor –dijo el hombre–. Su adversario acaba de llegar.

Garagan se puso en pie y siguió al hombre bajo hasta el centro del claro. A cierta distancia, vio a dos individuos, uno de ellos tocado con una chistera idéntica a la de su guía y el otro vestido con traje oscuro, al igual que él.

En el primer momento, tuvo la impresión de que aquel «adversario» se le parecía no sólo en la indumentaria sino también en el aspecto físico: la misma figura alta y delgada, y el mismo cabello gris, peinado hacia atrás. Al forzar la mirada, empero, Garagan descubrió que el desconocido tenía una fisonomía repulsiva que inmediatamente le inspiró violenta aversión. Cuando el hombre bajo, volviéndose hacia Garagan, murmuró algo que sonaba vagamente a «avenencia», Garagan pronunció de inmediato un rotundo «No». Él mismo se asustó del áspero tono de su voz. Entonces vio cómo el hombre bajo iba hacia los que estaban enfrente, dejando un rastro oscuro en la hierba húmeda de rocío y, mientras seguía con la mirada la robusta espalda que se alejaba, sintió la tentación de sonreír.

Pero fue un impulso momentáneo, que se desvaneció tan pronto como Garagan vio venir hacia él al hombre bajo, que había medido la distancia. Cuando estuvo a dos pasos de él, dijo a media voz:

–Póngase aquí, por favor.

Una vez situado en su posición, Garagan volvió a mirar la aborrecible cara de su adversario por encima del hombro de su padrino y, cuando éste le puso el arma en la mano, sintió de nuevo la llamarada del odio. De pronto, una fuerte detonación estremeció el aire y la bala pasó silbando junto a la cabeza de Garagan.

–Dispare –dijo el hombre bajo, a su lado.

Garagan levantó el arma y, a pesar del odio que sentía, apuntó a los pies de su adversario. Se quedó sorprendido al ver que el otro no caía.

–Vámonos –dijo el hombre bajo, que lo tomó del brazo y lo

llevó al camino. Allí había dos carruajes, con los cocheros en el pescante, rígidos como muñecos. El hombre bajo abrió la portezuela, introdujo a Garagan en el coche con gran precaución, subió a su vez y se sentó frente a él. En el carruaje se respiraba un extraño perfume. Garagan debió de quedarse dormido una vez más. No se despertó hasta que el coche se detuvo, con una sacudida. El hombre bajo saltó a tierra y le ayudó a apearse.

Subieron una ancha escalera de piedra. En lo alto, se abrió una puerta y apareció un hombre de pelo blanco que abrazó a Garagan.

–Bienvenido, hijo. Ha salvado nuestro honor.

Entonces Garagan vio acercarse a una joven, sintió que unos brazos lo rodeaban y oyó una dulce voz que le decía al oído:

–Hace tiempo que te espero.

–Ahora querréis retiraros –dijo el caballero del pelo blanco, estrechando la mano de Garagan.

Mientras la mujer lo llevaba por una escalera arriba, Garagan oía crujir su falda, y observó que vestía un traje de novia de seda blanca. Él miraba su perfil y vio que era hermosa, tan hermosa que sintió miedo. Entraron en una habitación grande, adornada con flores e iluminada por velas. Impulsado por un irresistible amor hacia aquella mujer, él fue a abrazarla y besarla cuando, de pronto, vio frente a sí a su «adversario», como surgido del suelo. No tenía herida alguna. Garagan soltó a la mujer y se abalanzó sobre él gritando:

–¿Es que nunca voy a poder acabar contigo?

Los dos hombres luchaban con ferocidad. Entre los golpes sordos de la pelea sonaban los gritos agudos de la mujer que pedía socorro con desesperación. Garagan descargó un fuerte puñetazo en la repulsiva faz del otro, en quien, de pronto, con pavorosa claridad, se reconoció a sí mismo. Pero, en lugar de caer, el otro se mantenía de pie frente a él, mirándolo con una sonrisa sardónica, más firme y sólido que nunca.

Fue tal el horror que sintió entonces Garagan que corrió a la ventana y saltó.

–¿A qué altura estaba la ventana? –pregunté cuando Garagan, que había estado hablando hasta entonces, enmudeció.

–No lo sé. Caí sobre unos arbustos que amortiguaron el golpe.

De pronto, Garagan me miraba con cara de odio.

–¡Usted! –gritó–. ¡Usted es tan detestable como él! ¡Lo... odio...! –y se fue corriendo, dejando la puerta abierta.

Cuando, al cabo de varios días, conté el caso al doctor M. y le pedí que se ocupara de Garagan, al que todos apreciábamos, el neurólogo me respondió:

–Él mismo vino a verme. Es un caso típico de sobreexcitación nerviosa. De todos modos, le dije que yo estaba entre los invitados de la boda y había visto claramente que él era mucho más fuerte que el otro y que lo había vencido en la pelea. Luego lo sometí a hipnosis y le sugerí la idea de su triunfo. Ahora, finalmente, se lo ha creído y está tranquilo. Hasta aquí, como le digo, el caso no tiene nada de particular. No obstante, lo curioso es que, aquella noche, en la finca de la familia G. se celebró realmente la boda de la hija menor. Y la muchacha coincide con la descripción que Garagan me hizo de «su esposa».

»Pero Garagan no salió de su casa aquella noche; me consta porque lo hice comprobar. O sea que todo fue un sueño. Ahora bien, yo me pregunto: ¿qué ocurriría si un día Garagan viera realmente a esa mujer? Lo cual no tendría nada de extraño, ya que los dos vienen a la ciudad con frecuencia. Quizá entonces hubiera un duelo de verdad.

–Pues, por si acaso, debería usted sugerir a nuestro amigo alguna otra idea; por ejemplo, la de que la mujer es una arpía repugnante. ¿Para qué, si no, es usted psicólogo?

El Capitán Libertad tenía razón

Era una casa estrecha que más parecía una torre de maniobra de una estación de ferrocarril que una vivienda. Estaba de cara al mar.

–Yo diría que aquí no puede vivir nadie –comenté, impresionado por lo solitario del lugar. François, que me había llevado allí, no dijo nada. Tiró del cordón de una campanilla que colgaba al lado del portón de la valla. Sonó un repique bucólico. Tardaron en abrirnos. Al observar la parte frontal de la casa, descubrí con sorpresa que toda la fachada era una enorme ventana.

El hombre que venía hacia nosotros por el sendero daba una impresión de fragilidad y cansancio. Observé el gran respeto con que lo saludaba François. Parecía conocerlo bien y me chocó que lo llamara «Capitán».

–No tropiecen –dijo el hombre, que nos precedía, señalando la parte baja del marco de la puerta. Se entraba directamente a la habitación por la gran ventana. Era la única de la casa y llegaba hasta el puntiagudo tejado, sostenido por vigas dispuestas en ángulo recto. En el centro de aquella sala inundada de una luz meridiana, había una construcción en forma de torre, hecha de vidrio y hierro. Era como una atalaya levantada sobre un islote misterioso.

–¿Desea ver algo? –me preguntó el hombre. Hablaba bajo, con timidez, como el que no está habituado a tener compañía.

Yo no sabía qué contestar. François no me había prevenido. De todos modos, asentí y entré en la torre detrás de él y subí por la escalera que conducía hasta la redonda cúpula. François nos siguió. En la cúpula, toda de vidrio, había un banco de hierro, en el que nos sentamos. El Capitán se instaló en el centro. Ante nosotros, al alcance de la mano, había un cuadro de mando, con pulsadores, palancas e interruptores.

–¿Qué desea ver? –volvió a preguntar el hombre. Su forma de preguntar era la de un mago que pudiera satisfacer cualquier deseo.

–Puedes pedir lo que quieras –dijo François–. Sea lo que sea, lo conseguirás.

El hombre tenía la cabeza inclinada y esperaba pacientemente mi respuesta.

–Tómese tiempo –dijo, cerrando los ojos. Parecía deseoso de hacernos olvidar su presencia. Yo, que seguía sintiéndome incapaz de «desear algo», levanté la mirada a la ventana y contemplé abstraído la vasta extensión de agua, cielo y playa. Ni un barco, ni una roca, ni un ser humano. El agua ribeteada de espuma acariciaba los guijarros con acompasado vaivén. Visto desde lo alto de la torre, aquel insistente movimiento me produjo vértigo. Se me iba la cabeza y me así al banco con las dos manos. Me oí a mí mismo decir algo.

–Me gustaría que viniese un barco que se me llevara de aquí.

Entonces sonó, muy lejana, la voz del hombre que estaba a mi lado:

–Todos desean lo mismo.

Vi que sus dedos movían una palanca del cuadro de maniobra. Un cortinaje azul oscuro se cerró sin ruido en torno a la cúpula, en la que se hizo la noche. En el cuadro brillaba una débil luz blanca.

–¡Capitán! ¿Adónde vas? –gritó una voz y, en el mismo instante, empezó a oírse un canto lento y quejumbroso que salía de muchas gargantas. Entonces sonó la voz del Capitán, como si gritara desde el mar:

–¡En marcha... a bogar, a nadar, a volar, lejos de aquí, por el agua y por el aire! Sin echar el ancla, sin detenernos. Hace tiempo que perdimos el ancla y también las amarras, y el cuaderno de bitácora no nos marca punto de destino.

Entonces empezaron a vibrar con sorda pulsación las planchas de hierro en las que apoyábamos los pies. Se oyó la aceleración de una potente turbina. En la noche de nuestra torre sonó el alarido de una sirena que se extinguió en el murmullo del agua surcada por el barco que nos transportaba.

Con voz monocorde de narrador de epopeyas, el Capitán dijo:

–Pocas islas encontraremos y en ninguna nos detendremos, porque su aparente paz es engañosa; no son una tierra verdadera sino sólo una ilusión. Surgen aquí y allá, desaparecen y luego vuelven a atraernos. Nuestra tierra es el agua. Es hermosa, terrible y turbulenta, es nuestra única vida verdadera.

Su voz se alejaba y se acercaba, como si llegara desde un columpio que oscilara impetuosamente. Y el cántico fluctuaba, como traído por el viento de regiones invisibles. Era triste como los cantos de los prisioneros.

Sobre el agua caminaba ahora una figura, un hombre vestido de pescador, con un farol en la mano. Lo movía de un lado al otro, y en el agua aparecía una banda de luz, ancha como una avenida. El hombre llevaba un sombrero de hule que le dejaba la cara en sombra y un impermeable que chorreaba. Nuestro barco navegaba por la vía de luz, a cuyo extremo aguardaba una puerta negra, o quizá una caverna profunda, insondable. La voz del Capitán proseguía:

–Nuestro camino parece visible, pero no se ve el final, el punto de destino. Todos se esfuerzan por llegar, como si buscaran su salvación...

De pronto, apareció una multitud caminando por el agua, a los pies del pescador que les iluminaba la cara. Extendían los brazos con ademán anhelante hacia la vía de luz por la que navegaba nuestro barco, pero se quedaban atrás, como acobardados, en la oscuridad de uno y otro lado, y desaparecían.

–¡Las señales están en todas partes! –gritó el Capitán–. ¡Están a nuestro lado, están delante y encima de nosotros! –levantamos la cabeza y vimos en el cielo una blanca esfera luminosa que descendía lentamente. Cuando estuvo cerca, distinguimos que era un globo con unas letras doradas en la barquilla. Leímos la palabra. Era «LIBERTAD». De la barquilla colgaban escalas de cuerda. Nuevamente, a la luz del farol del pescador apareció la multitud que se hallaba en el agua. La barquilla estaba ahora tan baja que las escalas les rozaban la cabeza. Algunos se asían a ellas y se izaban.

Entonces el Capitán gritó, en tono de advertencia:

–La libertad, una vez la abrazamos, nos atrapa para siempre, ya no nos suelta. La libertad habita en la soledad, en un mundo sin anclas y sin amarras, en el que nadie nos ayuda ni nos sostiene más que nosotros mismos. Se pinta de oro para anunciarse, no porque sea de oro. No es palabra ni es imagen, es pensamiento vivo, es vuelo, es andar solo, sin compañía, es para cada uno un desierto y, una vez la conocemos, ya no podemos vivir sin ella...

Los pocos que se habían asido a las escalas de cuerda se soltaron y se hundieron, con un suspiro, en la apretada muchedumbre de la que habían salido.

Entonces vi que al puente de mando del barco subía su capitán, y descubrí que tenía los mismos rasgos que el hombre que estaba sentado a mi lado, frente al cuadro de maniobra. Izó las escalas a la cubierta y ató a los mástiles los aparejos, y abrió los brazos como un pájaro despliega las alas.

–¡Vuela! –gritó. La barquilla se elevó, llevando consigo a nuestro barco. El viento nos silbaba en los oídos, y estrellas y luna venían hacia nosotros a gran velocidad y nos rodeaban–. Éste es nuestro sueño –gritó el Capitán, y su voz penetró en nuestro vuelo–, nuestro sueño: liberarnos de ataduras, de la tierra y de los hombres, nuestro sueño de libertad y soledad.

De nuevo apareció el gran pescador, ahora en el firmamento nocturno poblado de planetas en movimiento, e hizo oscilar el farol. Y de nuevo se abrió en la oscuridad una ancha

vía de luz y otra vez se vio, al final, la inquietante oscuridad de la caverna. La barquilla, con el navío a remolque, entró en el camino luminoso, la velocidad de nuestro vuelo aumentó hasta hacerse insoportable y el canto del lúgubre coro fue quedando atrás y se apagó. Se hizo un frío silencio cuando entramos en la caverna. Débil, ya muy lejana, sonó por última vez la voz del Capitán, que nos había dejado, al igual que yo había dejado a François.

Como si estuviéramos en una cueva subterránea con extensas ramificaciones de galerías y bóvedas, aquellas palabras fueron repetidas muchas veces en ecos encadenados, como una fórmula interminable. Hasta que también los ecos se apagaron.

Cuando se abrió la cortina negra de la cúpula y entornamos los párpados a la luz del mediodía, nadie dijo ni una palabra. Con movimientos pausados, el hombre apagó la lamparita del cuadro de mando y se levantó. Nosotros lo seguimos por la escalera abajo, cruzamos la sala, salimos al sendero y nos dirigimos al portón.

Nunca más he vuelto al Páramo, como llama la gente a la playa que está detrás de nuestra ciudad, donde vivía el Capitán. Pero, desde aquel día, él está con nosotros y con unos pocos que se nos han unido. Muchas veces he tenido que pensar en las palabras que dijo el Capitán acerca de la libertad, porque a menudo hace frío y está oscuro en torno a nosotros. ¡Él tenía razón!

Sibby Patzke es una hechicera

–¡Qué criatura! –exclama la gente al ver pasar a Sibby Patzke–. Como ella no hay dos –y en esto están de acuerdo las verduleras de la calle Bondy, los estanqueros, los policías, el organillero y hasta el alcalde.

Una hechicera, un ángel, un queseyoqué, dice la gente al ver a Sibby Patzke: diez años, patas de cigüeña y calcetines caídos. Ella va con la frente alta y los pensamientos más altos todavía, quizá más que la dorada aguja de la catedral.

A Sibby le gusta pasear, saluda a derecha e izquierda con pequeñas inclinaciones de la cabeza al embobado vecindario, pero entra en conversación lo menos posible.

–Esta niña dará que hablar –profetiza el profesor Gebelang en las reuniones de la escuela, cuando la señorita Heimchen y la señorita Von Grütz, de Labores y Religión, se lamentan de la falta de talento de Sibby Patzke para sus asignaturas respectivas.

–¡Ay, este... este... diablillo! –dice, por ejemplo, Grummel, el grueso conserje, siguiendo con mirada benévola a Sibby, que se desliza por los pulidos pasillos como si patinara sobre hielo. Y Potz, el policía, dice esto y el otro, lo otro, y todos están de acuerdo en que nunca han conocido a una niña como Sibby Patzke, con sus trenzas rojas y sus ojos verdes.

En realidad, es una lástima que Sibby sea tan formal y obe-

diente, aparte de pequeñeces sin importancia (que todos disculpan de buen grado, precisamente porque es Sibby Patzke).

Porque, si fuera descarada y traviesa, podría permitirse las diabluras más fantásticas e increíbles, posibilidad que está al alcance de muy pocas niñas.

En efecto, Sibby era una persona reflexiva, y esto precisamente era lo que le daba aquel encanto «diferente». Por ejemplo, de haber sido materialista, le hubiera bastado un verde destello de sus ojos almendrados o un gracioso ademán para conseguir del dueño de la tienda de ultramarinos crédito ilimitado en todos sus artículos, desde el «selecto hígado de granja a uno cincuenta el medio kilo» hasta aquellos caramelitos verdes, rosa y lila rellenos de crema que eran sus predilectos.

Pero Sibby no era materialista. Ella no utilizaba su encanto para conseguir ventajas, aunque tampoco rechazaba lo que le ofrecían durante sus paseos por la ciudad (que no era poco). Siempre llevaba un delantal de reluciente satén negro, con grandes bolsillos que, si bien no estaban destinados a un fin concreto, le servían para guardar lo que iba recogiendo: biscotes para el gato, un manojito de berros para su señora abuela, además de puñados de caramelitos de crema y regaliz para Jannusch, que era un chico colosal y la única persona de la ciudad que no quería saber nada de Sibby Patzke.

Y Sibby lo llevaba todo a casa, dando un gran rodeo por el puente del río, para ver si Jannusch estaba pescando, y un rodeo más pequeño por la cantera de grava –también en vano–, por si Jannusch andaba por allí dando sus fantásticos saltos.

Sí, ¿en qué pensaba Sibby Patzke mientras paseaba, erguida la cabeza y los ojos velados de tanto cavilar, masticando caramelitos y saludando amablemente aquí y allá con un movimiento de la cabeza, pero siempre un poco ausente?

Pensaba en Jannusch. Y después pensaba en Jannusch. Y, por último, pensaba un poco más en Jannusch y en cómo conseguir tenerlo a sus pies, como tenía a todos los demás.

Parece que las niñas y los niños no tienen en la mente nada más que la escuela, la casa, quizá un poco de remordimiento, o de satisfacción, por una travesura y hasta quién sabe si algún que otro cariñoso recuerdo para el bonito Niño Jesús rubio y azul que está colgado de la pared de la clase.

La realidad es muy distinta, y gracias a Dios los mayores ni sospechan lo que los niños tienen en la cabeza, porque no harían más que sermonear, ¡y sería una lata! Ya hace tres días que Sibby Patzke no ve a su querido Jannusch. Lo ve en el colegio, desde luego, pero eso no cuenta, porque allí Jannusch hace como si Sibby Patzke no existiera ni nunca hubiera oído hablar de ella.

Si exteriormente, es decir, «en apariencia», según expresión del señor Potz, el policía, Sibby se muestra tranquila y risueña, es para corresponder a la amabilidad que le muestran las personas que la rodean, pero su corazón vierte amargas lágrimas por Jannusch. Y es que Sibby ya ha descubierto que amor y sufrimiento van de la mano.

Esta tarde, cuando se dispone a entrar en casa, donde su señora abuela está asomada a la ventana, esperando a su «gatita salada», como llama ella a Sibby, por la tapia del huerto asoma Jannusch, con los bolsillos repletos de manzanas. Sonriendo de oreja a oreja, el chico hinca los dientes en la piel dorada de una de ellas y dice señalando los árboles de los Patzke:

–Las he comido peores.

El caso está bien claro.

La abuela mira desde arriba los abultados bolsillos del pantalón de Jannush y dice:

–Yo también, hijito.

Sibby no dice nada. Sibby mira a Jannusch, al que hace tres días que no ha podido mirar cara a cara. Y con no menos ternura lo hubiera mirado aunque él acabara de degollar a todos los pollos de los Patzke. No puede remediarlo.

Mete la mano en el bolsillo del delantal y saca un puñado de regaliz que parece un ovillo de cable, y se lo tiende sin decir palabra. Él lo agarra y se mete un trozo en la boca llena de manzana.

–¿Te gusta todo junto? –pregunta ella, estremecida.

Jannusch lo escupe todo, se limpia los labios y se lleva la mano a la gorra. Sibby tiene lágrimas en los ojos. Jannusch da media vuelta. La abuela lo ha visto todo, mira cómo su gatita contempla al que se aleja contoneándose, y no puede aguantar tanto desprecio.

–¡Jannusch! –grita desde la ventana con aquella voz grave que conoce toda la ciudad. El chico se vuelve. Cuando la señora abuela grita de este modo te llega hasta lo más hondo.

–¡A-ho-ra-mis-mo, sé amable con Sibby! –ordena.

Jannusch mira a la anciana, atónito.

–¿Amable? –repite, poniéndose colorado–. ¿Con una chica?

Sus ojos van entonces de la blanca cabeza que está en la ventana a Sibby. «¿Por qué se mete?», piensa, furioso con la señora abuela. Su mirada se hunde en la de Sibby. ¡Cómo lo mira ella, allí plantada! Y entonces la honda admiración que Jannusch siente por Sibby Patzke y que tan bravamente ha disimulado hasta ahora estalla en su interior con una gran llamarada.

–¡Tienes que ser amable, zoquete! –proclama la señora abuela desde la ventana.

Ahora la señora ve una escena que se promete a sí misma no olvidar mientras viva y rememorar una y otra vez en sus peores momentos.

Era como si Tristán e Isolda, Romeo y Julieta o cualquier otra pareja de enamorados inmortales fueran el uno hacia el otro salvando obstáculos, recorriendo senderos espinosos, cruzando mares profundos y distancias siderales. Caminaban con vacilante paso de sonámbulos, casi tambaleándose, sin ver nada más que los ojos del otro, muy abiertos de ansiedad. Al fin echaron a correr y se abrazaron.

El beso infantil sonó con fuerza y alegría en el silencio de la tarde y las sucias manos de Jannusch rodearon torpemente el fino cuello de Sibby y luego lo asieron con firmeza; pero la señora abuela, a la que casi le dolían los ojos de tanto mirar, cerró la ventana, se volvió de cara a los fogones y, con un concierto de cacerolas, celebró la gloria de Dios.

Entretanto, fuera, como es norma en los verdaderos milagros, no había nadie, ni persona ni animal. Sólo Sibby y Jannusch.

Jannusch se alejó saltando y brincando como un corderito, y salió de la ciudad, hacia donde la tarde verde caía en el campo desierto.

Sibby Patzke lo siguió con una mirada larga: un poco como una madre tolerante que contempla con una sonrisa al niño díscolo; un poco como Julieta, con todo lo que pudieras soñar con ver en los ojos de Julieta.

Pero, sobre todo, como Sibby Patzke. Es decir, como una encantadora brujita de trenzas rojas y ojos de gata... a cuyos poderes nada puede resistirse.

Soy botones

Tengo quince años, y mi padre está contento de haber podido colocarme tan joven, para que gane algo. Él siempre decía: «¿Qué va a ser de ti?». Y es que piensa que no sirvo para nada. Pero ahora he conseguido un empleo, a pesar de que al principio no querían admitirme, quizá porque tengo los dientes muy mal puestos. ¿O porque uso unos lentes muy gruesos? O, lo más seguro, porque tengo las piernas muy cortas.

A las doce hago la pausa para el almuerzo. Somos quince chicos en las oficinas de Greinert A. G., todos botones. El jefe de ordenanzas dice que hemos de tener las manos limpias, vigilar que no nos falte ningún botón del uniforme y ser puntuales, que esto es lo más importante para un botones. Así podríamos llegar lejos, dice. Muchos que empezaron de ascensoristas o de botones con el tiempo fueron jefes. Pero yo no lo creo. Y menos en mi caso, porque soy retrasado. Me cuesta hablar, pero un botones no tiene que decir nada; sólo tiene que andar.

Soy una especie de cartero que no va por la calle, sino por dentro de la casa. Todo ha de hacerse a su hora.

La casa en la que trabajo de botones pertenece a una empresa de películas. A veces, viene gente del cine a buscar fotos o dinero por el trabajo que ha hecho en una película. He visto a muchos artistas subir la escalera, con abrigos de pelo de

camello, ellas, muy pefumadas y con las uñas rojas, muy guapas y todas ricas, eso se nota enseguida.

Mi primer día en Greinert A. G. fue fatal. Pensé que no podría seguir. Venga a correr por los pasillos y a subir y bajar escaleras, siempre mirando el reloj, porque hay que estar a una hora fija en cada despacho, y con el jefe siempre vigilando. «No son chicos lo que falta», me dijo. Si yo no quería seguir, otro lo haría en mi lugar. Yo no imaginaba que pudiera existir un trabajo como éste. Durante el descanso, me pongo a pensar en si algún día podré ser otra cosa. Tan bajito y con esta cara. Decía mi madre que tuvo un susto muy fuerte estando embarazada, y que por eso yo salí así.

Llevo colgada del hombro una cartera muy grande llena de carpetas verdes. Sobre cada carpeta está el nombre del despacho al que hay que llevarla. En cada despacho, en la misma puerta, hay dos bandejas, cada una con un letrero. En uno dice «Salida» y en el otro «Entrada». Nosotros hemos de dejar en la «Entrada» las carpetas que llevamos en la cartera y recoger las que haya en la «Salida».

Leemos el nombre escrito en la carpeta y la llevamos al despacho en el que está esa persona. Y eso es todo.

Los botones andamos tres horas, descansamos un ratito en la portería, andamos otras tres horas, y ya es mediodía. Yo no veo más que una parte de los despachos a los que voy; algunos me gustaría verlos bien, porque son bonitos. No he de llamar. A veces, para divertirme, me acerco procurando no hacer ruido, para que no me oigan, y abro la puerta bruscamente. Muchos se asustan cuando aparezco así de pronto. A algunos los he visto abrazarse, pero nada serio, ni besos ni nada. Una señorita me regaló bombones y otra, cigarrillos.

Una me dio una carta suya para que la bajara a un hombre que esperaba en la entrada principal. Otra me pidió que le llevara crema de leche, lo que ya fue abusar, porque para eso están los chicos de los recados, que reciben propinas.

De nada sirve tratar de saltarse lo que manda el jefe de ordenanzas, porque siempre hay alguien que vigila. Sólo te bus-

cas problemas. También tengo mis vestidos favoritos, de los que llevan las señoritas que dan propinas. En verano están todas muy guapas.

Una que lo lleva de flores, con puños blancos, siempre me mira como si le diera pena. A veces me quedo un ratito hablando con ella; no pasa nada, luego corro más y en paz.

Mi madre ha muerto, y me parece que mi padre se alegra, porque ahora no hay quien le riña cuando se emborracha. Dice que pronto se largará. Todos mis hermanos se han largado.

Mi padre se ha largado, con su amiga. Dijo que no quería saber nada más de mí, que soy un caso perdido, porque me vio beber a morro de la botella. Ahora, por lo menos, ya tiene una razón para no preocuparse por mí.

Yo duermo en la oficina, aunque esto nadie lo sabe. Por la tarde me marcho y luego vuelvo, doy al encargado de la calefacción la mitad de lo que gano y él me deja dormir en el sótano. Me parece que la semana próxima podré darle algo menos, porque dice él que me conviene comer sopa todos los días, que quizá así aún pueda crecer un poco. A ver si le convenzo para no tener que darle nada, y entonces me quedarán 63 marcos al mes y, como no tendré que pagar alquiler, podré comprarme sopa y bocadillos.

En invierno se está caliente aquí, nadie sabe que por la noche duermo en el cuarto de la calefacción. Hasta tengo un colchón y a primeros de mes me compraré una manta. El perro guardián ya me conoce, no me ladra y por la noche se echa a mi lado y también come bocadillos.

Si soy siempre puntual, podré seguir siendo botones. Hasta que yo quiera. Pero quizá me dedique al circo, porque aún no he cambiado la voz. Tengo voz de chica.

No; preocupado no estoy.

En el lago Negro había un pez negro

Carta de una sobrina rebelde a su tío

Querido tío Nick:

Ya habrás averiguado dónde estoy, pero, por si aún no lo sabes: estoy con Tom, naturalmente.

Como ya sabéis cómo se pone Tom a veces, cuando se le mete una cosa en la cabeza, habréis comprendido, tú y la tía María, que no pudiera entretenerme en despedirme ni en pediros permiso, porque no me lo hubierais dado.

Para ser exactos, tengo que empezar por la última nochevieja, ahora hace un año, en que di con Tom aquel paseo en trineo del que no regresé, porque Tom no quiso. La casa en que vivimos está en el bosque, y es una casa que Tom heredó de sus padres. Aga, que es (o fue) el ama de Tom, porque él no tiene padres, guisa y cose para él desde hace años, y ahora cuida también de Gig, que es nuestro hijo. ¡Bueno! Ya está dicho. También tenemos un hijo.

El lugar desde el que te escribo a la luz de una vela es la cabaña de caza de Tom en el bosque, que también ha heredado. Creo que hicimos muy bien al traer al mundo a Gig tan pronto. Así ahora tenemos un poco más de tiempo para ganar dinero, cazando y poniendo trampas, porque últimamente tratamos en pieles. En realidad, Gig se llama Nick, porque yo así lo quise, en honor tuyo, pero Tom siempre le llama Gig porque te tiene tan poca simpatía como tú a él. Ayer cumplí die-

ciocho años, me parece un milagro que no enviaseis a la policía a buscarme, ha sido un buen detalle. He pensado que, si no estabas muy furioso conmigo por haberme ido de casa, quizá pudieras hacerme un regalo de cumpleaños atrasado: una chaqueta de cuero y una falda, de las que Harding tiene colgadas en la tienda, entrando a la derecha, encima de los barriles de pepinillos. La vela se acaba, y he de decirte, tío Nick, por qué sigo con Tom en realidad, aparte de porque le quiero, y es por el pez negro del lago Negro. De ahí vino todo, porque al principio yo quería volver a casa la misma nochevieja, hace un año; pero luego las cosas se complicaron, como suele ocurrir en la vida, eso decía siempre la tía María, cuando se presenta un imprevisto y una se olvida de sus principios.

Hace un año, en nochevieja, fundíamos plomo*, y a Tom le salió un pez, y aunque eran las doce y yo ya iba a decir: «Feliz Año Nuevo, Tom», él salió corriendo de la casa. Aga dijo: «Va al lago Negro». Yo no podía figurarme qué iba a hacer allí, en plena noche. Después supe por Aga que, cuando tenía diez años, Tom vio al pez negro del lago Negro y desde entonces había querido capturarlo, y que era una buena señal haber fundido un pez de plomo, dice Aga.

Tío Nick, Tom ha puesto una vela nueva, y mientras escribo está asando una liebre. Tú ya sabes que en esta región todos hablan de los peces negros, que miden dos metros de largo y no son anguilas ni siluros. Ahí vosotros decís que son *braddeln* o *sockys*, pero aquí no los llaman de ninguna manera, porque no hay más que uno, y está en el estanque de Tom, y sólo Tom lo sabe, y ahora también yo y Aga, ¡y existe de verdad! Mientras que vuestros *braddeln* y vuestros *sockys* dice Tom que no son más que ramas de árboles sumergidos que a veces salen a flote, cuando por debajo hay un corrimiento de tierra.

Tom ya ha asado la liebre y está cortando un muslo para mí.

*En Alemania, es costumbre echar plomo derretido en un cubo de agua, en la noche de san Silvestre, para vaticinar el porvenir según las formas que resultan de la fusión. *(N. de la T.)*

No vayas a creer que Tom me hace pasar hambre, tío Nick, que ahora estoy más gruesa que cuando vivía con vosotros, que no me dejabais roer los huesos, y en los huesos está la sustancia, lo dice Tom. ¡Mira que no saber eso! ¡Y la tía María, un ama de casa! No lo entiendo. Si la tía María viera a nuestro Gig, le faltaría tiempo para mandar la chaqueta de cuero y la falda.

Tom volvió al cabo de una hora, me refiero a la última nochevieja; estuvo revolviendo en el cobertizo, sacó unos aparejos y me hizo salir a la puerta. Tuve que ir con él. Hacía una noche como de primavera, tibia, con luna llena. Quería que le ayudara a llevar la cuba de madera; dentro de la cuba había una red y tres lámparas de carburo. El estanque tiene cinco metros de diámetro y es casi redondo. Tom también había cogido un anzuelo, por si acaso. Tío Nick, tú ya conoces esas charcas, con árboles muertos, todo negro. Vosotros tenéis una detrás del bosque de abedules, pues el lago Negro es más negro todavía, y en sus aguas no se ve vida de ninguna clase, sólo de día, a veces, alguna libélula y, al anochecer, mosquitos que vuelan por encima, en verano, nubes de ellos. Pero algo vivo tiene que haber en el estanque, porque, si no, ¿de qué iba a alimentarse el pez negro allí dentro?

Así que me metí en el agua con Tom y entre los dos pasamos la cuba por todo el estanque, como una trampa, yendo de un extremo al otro. A mí me daba mucho asco aquella agua muerta, aunque es bonita de ver, pero Tom dijo que me aguantara, maldita sea, porque quería capturar vivo al pez negro. Menos mal que el lago Negro es pequeño. El agua nos llegaba al vientre y, a veces, hasta al pecho. Íbamos en camisa, no sé cómo no pillamos un resfriado, en nochevieja, en el agua. Pero estábamos ardiendo de la emoción, y así íbamos andando de un lado al otro cuando, delante de nostros, saltó algo, como disparado por un muelle muy prieto que se suelta bruscamente, y entonces nos dimos cuenta de que ya lo teníamos en la cuba. La arrastramos, la sacamos del agua y trepamos a la orilla. Allí estaba él, mirando con asombro las luces que habíamos puesto alrededor.

Tenía casi dos metros, la piel lisa, sin escamas, como una anguila o un siluro, pero era grueso como el tubo de un cañón o como un perro lobo bien alimentado. Pero yo no podía mirarlo a la cara porque tenía ojos de persona, no redondos y saltones, sino rasgados y hundidos. Tom echó agua en la cuba, para que pudiera vivir, y luego le puso la red por encima, y pensamos: «¿Qué dirá Aga?».

Pero ahora ya no sé si en realidad Tom es el pez o el pez es Tom, porque Tom ha cambiado desde entonces, desde que atrapamos el pez y desde que el pez se marchó. Y también Aga me confunde, con su conjuro. Lo cierto es que el pez se fue y en el estanque no está. De todos modos, yo pienso quedarme para siempre al lado de Tom, aunque haya cambiado tanto, porque ya no jura, ni pone mala cara, y ahora me besa, lo que antes casi nunca hacía, porque siempre estaba con el pensamiento en otro sitio, seguramente con el pez negro, o mucho me equivoco. Bueno, Aga dice que ella está casi segura de que Tom es sólo Tom y el pez, sólo el pez, y que entre ellos no había más que una relación interna. Eso dice Aga, pero tampoco dice más. Será que no sabe más, y al fin y al cabo la tía María siempre decía que hay entre el cielo y la tierra más cosas de las que nosotros creemos.

Aunque es curioso, ¿no te parece, tío Nicky?, que Tom fundiera un pez de plomo y enseguida pescara el pez negro. Cuando lo traíamos a casa, dentro de la cuba, repicaban todas las campanas de los pueblos de alrededor, y se disparaban cohetes con colas verdes y doradas; era como un desfile triunfal.

Todas las locuras que había hecho Tom hasta entonces, dice Aga, eran por culpa del pez negro del lago Negro, al que Tom, cuando tenía diez años, había visto un trocito de lomo, pero el pez enseguida se había sumergido y durante muchos años había estado en algún lugar subterráneo y no había vuelto a subir, hasta la última nochevieja. Y ahora lo teníamos, después de la larga espera de Tom, que no sabía qué pensar.

Pero ojo a lo que viene ahora. No me cabe duda de que el pez tiene patas. Hacía dos días que lo habíamos traído a casa

cuando, a la tercera noche, nos despertamos los dos, ya empezaba a clarear, y vemos al pez sentado a la mesa, comiendo el pan que estaba en el plato. «Ahora nos hablará», me susurra Tom, y en aquel momento estábamos todavía más excitados que cuando lo capturamos. Nos quedamos sentados en la cama, muy quietos y con frío, mirando cómo el pez se come el pan. El agua le resbala por el lomo. Hace ruido al respirar, como un perro grande. Que tenía dientes ya lo sabíamos, porque lo habíamos visto comer en su cuba, sobre todo arenques salados y crepes un poco calentitas, que era lo que más le gustaba, pero sin azúcar. Aga duerme al lado, y tiene el sueño ligero, de modo que no hay más que dar unos golpes en la pared para llamarla. A veces, cuando no podemos dormir, golpeamos la pared y ella viene enseguida y nos cuenta algo bonito, y hay noches en las que no tenemos ni que llamarla, porque ella, a través de la pared, nota cuándo Tom ve fantasmas y entonces viene y lo calma, porque él se asusta, a pesar de que ya tiene veintidós años. Comprenderás, tío Nicky, que aunque no fuera más que por esto, tengo que quedarme a su lado, porque desde que estoy aquí ve menos fantasmas que antes. También esta vez Aga viene sin que la llamemos. A Tom se le ha puesto la cara verde, y Aga dice algo así como: «Esto será una crisis para Tom», lo que yo no entiendo, pero Tom dice: «Aga, pronto, una fórmula mágica, seguro que es un hombre».

Aga casi se desmaya al ver al pez sentado a la mesa. Se queda mirando al pez y entonces el pez dice... no; lo que dijo el pez viene después. También él (el pez) mira fijamente a Aga, toma otro bocado de pan y lo mastica tranquilamente, y debajo de la mesa hay un charco del agua de la cuba, y Aga lo pisa pero, del asombro, no se da cuenta, a pesar de que está descalza. «Si eres el príncipe de Salamanca –dice ahora Aga con una voz extraña, mirando al pez con ojos muy abiertos–, al que están buscando desde hace doce años y que no está muerto, como dicen los periódicos, sino sólo embrujado, date a conocer.»

Atiende, tío Nick, porque ahora viene lo bueno.

«No soy el príncipe de Salamanca, pero no os diré quién

soy.» Eso dijo el pez, tío Nick, con una voz que sonó como una ventana que gira sobre unos goznes oxidados, al viento de la mañana cuando se abre la puerta bruscamente, y no dijo más. Aga prueba entonces otro sortilegio y deja caer unas lágrimas sobre la cabeza del pez, porque dicen que, a veces, cuando una persona ha sido convertida en animal, esto da resultado. Pero el pez se queda como estaba, sólo que ahora vuelve sus ojos humanos hacia Tom, como dos faros en la noche, lo mira tristemente y suspira como una persona, pero a pesar de las lágrimas que Aga le ha derramado en la cabeza no se convierte en persona. De pronto, Tom rompe en sollozos y salta de la cama, toma en brazos al pez, baja la escalera corriendo y lo pone otra vez en la cuba con el agua del lago Negro. Pensaba llevarlo otra vez al lago por la mañana, porque todos comprendíamos que el pez quería volver a casa. Ya ves, tío Nick, hay peces que tienen patas, porque él solo salió de la cuba, subió la escalera y se sentó a la mesa. Tom tiritaba cuando volvió a la cama, y lloraba como un niño, y decía que ni él mismo sabía por qué, ya que nunca había sido tan feliz.

Aquella mañana nos despertamos más tarde que nunca, y cuando bajamos encontramos la cuba vacía. Vimos huellas como de dos manos pequeñas, o pies de dedos cortos, que iban a la puerta y, de allí, a la carretera que va a vuestra casa. ¿No habréis visto vosotros pasar al pez negro? Porque en el lago Negro no está y mucho nos tememos que se haya extraviado, si no es que tuviera algún plan especial, como suponen Aga y T o m .

Comprenderéis que no quiera marcharme de un sitio en el que pasan cosas tan fantásticas como ésta y nunca sabes cuándo vas a tropezarte con otro prodigio.

Besos y abrazos de vuestra sobrina

Betty

El trapecio del destino

Del aplauso al escalofrío

Ella lleva una malla roja con flores bordadas en oro, collar de perlas y zapatillas de terciopelo azul.

Cuando llega la primavera, sube a su carromato tirado por un robusto caballo castaño y recorre los mercados de los pueblos.

Ayer a mediodía vino a Klein-Wippchen. Tuvo que ir a pedir al alcalde permiso para actuar y, a la policía, permiso para montar el escenario.

Ahora está sacando del carro las barras y los cables. Las barras se empalman unas con otras hasta que son más altas que las casas de colores de la plaza del mercado, casi tan altas como la torre del ayuntamiento. El montaje es sencillo. Alrededor de la señorita se han reunido muchos niños que miran atentamente lo que hace. También se para algún que otro hombre.

–¿Qué, señorita, podemos ayudar?

Pronto se recorta en el cielo la esbelta estructura. La señorita da las gracias. Ahora ha de ir a la peluquería.

Al salir de la peluquería, entra en el hostal a tomar un plato de sopa y se va a su caravana, a echar un sueñecito. Ha de actuar por la tarde y por la noche.

Mientras descansa, un corazón palpita por ella, muy arriba, casi en las nubes. Pero esto no lo sabe la señorita.

Por la tarde, se sienta al lado del carro, a vender entradas. El grueso caballo se harta de azúcar. Todo el que tiene tiempo, por poco que sea, viene a la plaza del mercado.

Ahora la señorita se cuelga del hombro un violín gitano, negro y pequeño, con su arco, y trepa por el poste con la agilidad de un mono.

Las gentes de la plaza levantan la cabeza. En lo alto, un poco más arriba que la señorita, el corazón palpita más y más aprisa.

La señorita se sienta en su trapecio, sonríe, toma impulso, envuelve con sus bonitas piernas las finas varas que penden del trapecio y se pone a tocar el violín.

Pero cuando ella se cuelga de las rodillas y –cabeza abajo– ataca una czarda cuyas notas descienden a la plaza como excitados trinos de pájaros fugitivos, el muchacho que está en el pináculo de la torre del ayuntamiento, muy cerca de la veleta que el alcalde le ha encargado redorar, se inclina hacia delante con angustia y ve la roja figura colgada del trapecio, cabeza abajo, y los dientes que relucen, y los negros rizos que brincan, y los ojos que brillan, muy abiertos, a cada vaivén.

El joven grita con fuerza. Pero el grito es mudo. Sólo en su interior suena un alarido de espanto por esta diablura de la muchacha.

La señorita, con su violín a la espalda, baja al suelo y, con reverencias y saludos, cruza entre la gente, desaparece en su carromato, cierra puertas y ventanas y descansa. Y entonces recuerda una imagen de oro y cielo azul que oscilaba ante ella, y dos ojos muy grandes y hermosos, llenos de angustia.

Cuando oscurece, la señorita se prepara huevos revueltos y ensalada verde y empieza a sacar los focos. A la función de noche ha venido todavía más gente. A las nueve en punto, ella atraviesa la plaza entre el público y, con el violín a la espalda, trepa por la barra.

Los focos lanzan sus haces luminosos hacia lo alto y arriba hay mucha claridad. Antes de sentarse en el trapecio, ella mira a la torre. Allí, sentado en el gallo de la veleta, hay un joven

que se retuerce las manos. Ella sonríe, se da impulso, engancha el pie en un nudo corredizo y salta al vacío de cabeza. Se oye un grito desgarrador.

¿Quién ha gritado? El hombre de la torre. Aparta las manos de los ojos y ve con asombro a la señorita que se columpia colgada del pie... y la oye tocar el violín. Abajo suenan los aplausos de un público entusiasmado. Relampaguean las barras entre las que vuela y hace piruetas la muchacha con su malla roja. Una imagen increíble que danza en el cielo negro.

El hombre aprieta la cabeza contra el frío pecho del gallo dorado. Entonces, de pronto, surca ese nimio metro de espacio que lo separa del trapecio. Y ella ve cómo se le acerca, nadando en el aire, un extraño pez hombre; la armadura se tambalea, cimbrea, se estremece y resiste. Pero la muchacha se venga con una apoteosis de acrobacias que hace que a él le zumben los oídos y se le nuble la vista, y se queda sentado en la barra como un pájaro con las alas colgando.

En la plaza, la muchedumbre está muda de asombro ante este encuentro trascendental. Bajan al suelo deslizándose cada uno por una barra, saludan y se van en la misma dirección. Al día siguiente, el dorador de cúpulas y la trapecista emprendieron el viaje juntos.

Cuando Jakob fue a por manzanas

Después de la lluvia, reinaba una gran algazara en el corral. Los animales, que antes de la tormenta se habían escondido, chapoteaban en los relucientes charcos que el viento rizaba.

Jakob, sentado en el umbral, ocioso y contento, contemplaba el paisaje recién lavado.

–Vete ya –le gritó su madre–. Y no te entretengas. Di a la mujer que es un intercambio, ¿has oído? Nosotros no queremos regalos. Ella te da manzanas y tú le das lana de cordero. Abróchate la camisa y andando.

La áspera voz de la madre lo sacó de su ensueño. Jakob se puso en camino. Colgado del brazo llevaba un cesto lleno de lana, tapada con un paño. El viento agitaba su pantalón de lino azul y le hinchaba la camisa. Jakob se puso a silbar con fuerza.

Se sentía alegre y vigoroso. Entró en el bosque. Los pájaros aleteaban entre las hojas haciendo saltar gotas de agua que lo salpicaban. La alfombra de musgo murmuraba a su paso, como tejida con voces de la tierra. Poco a poco, se aclaraba el bosque, los árboles se espaciaban, se hacían más pequeños y se trocaban en arbustos y setos. Jakob salió a unos prados altos, despejados, de una soledad que encogía el ánimo, sobre los que viajaban nubes veloces.

En el rumor del viento sonaban ahora campanas. Un tañido grave y un repique ligero: explicación pausada y pregunta

vehemente. Hacia aquel diálogo iba Jakob cuando, de pronto, dejó de sentir el suelo bajo los pies y rodó por el prado de la ladera hasta el mismo centro del pueblo adonde llegó atontado por el susto, pero indemne y sin soltar el cesto, mientras las campanas seguían tocando a vísperas. Aquí, en la hondonada, se había remansado el sol, y la lluvia apenas había refrescado el ambiente.

Era tal la calma que Jakob se sintió cohibido. Entonces, entre la hierba, apareció una niña.

–Vengo a buscar manzanas, para mi madre –murmuró él–. Y traigo lana a cambio.

–Pues debes venir a nuestra casa –la niña lo miraba con curiosidad. Jakob sintió que le tiraba de la mano. No lo soltó hasta que lo hubo llevado por un porche hasta una habitación de una planta baja.

–Dice que viene a buscar manzanas. ¿Qué traes en el cesto, es un corderito de verdad? Pero ¿no sabes hablar?

Jakob estaba mudo. Deslumbrado por el sol, no distinguía nada en la habitación en penumbra. Entonces vio a la mujer y saludó. Parpadeaba tímidamente a la luz verdosa de la ventana, tratando de distinguirla. Ella se acercó.

Jakob puso la cesta en el banco que estaba al pie de la ventana.

Era incapaz de hablar o de hacer algo que no fuera mirarla. Era hermosa. En la habitación se oía un sonido leve, como el gorgoteo de una fuente. La mujer sonrió.

–¿Nunca ha oído fermentar el vino? –ella señalaba una hilera de grandes garrafas.

Era la primera vez que a Jakob le trataban de usted. Miró a la mujer, asustado. Este tratamiento era como un viraje hacia una vida nueva, que lo alejaba de la niñez y la adolescencia, y en los grandes ojos de la mujer él no se reconocía a sí mismo. La mujer bajó la mirada, lo asió del brazo con suavidad y lo condujo al huerto. Él caminaba a su lado, vacilante, paso a paso. La mujer lo llevó hasta un árbol cargado de frutos y apuntalado, del que estuvo arrancando manzanas hasta llenar el

cesto. La niña canturreaba brincando, incansable, alrededor de su madre.

Al despedirse, Jakob sintió un momento en el pelo la mano de la mujer, se inclinó profundamente y se fue. Durante el regreso, no sentía nada. Sin ver nada llegó a casa.

Cuando su madre le regañaba porque, en el cesto, debajo de las manzanas, aún estaba la lana y él no le explicaba por qué, Jakob se escapó y fue a esconderse.

Declaración de amor a una habitación

En los días soleados, los muebles de abedul se doraban como los árboles en otoño. Tenían destellos que eran como una lluvia de chispas de sol sobre las hojas otoñales.

Esos días se abrían de par en par todas las ventanas, recortadas en el ángulo de dos paredes. Los visillos de muselina blanca ondeaban, se hinchaban y golpeaban los pulidos cristales como fantasmas juguetones. Blanca y acompasada respiración del viento. La resplandeciente blancura de la muselina iluminaba las encaladas paredes mezclándose con el reflejo verde del jardín, como reverbero tornasolado de agua cristalina.

De ellas colgaban retratos de familia con marco fino, pequeñas ventanas por las que se asomaban a la habitación unos abuelos pálidos y juveniles. Estos inmóviles hombres y mujeres se veían a veces, inopinadamente –por los misterios del juego de la luz y las sombras–, en la copa de un árbol que se agitaba un momento en silencio en torno a sus ojos y sus mejillas y desaparecía. Todas las ventanas miraban a las ramas de los abedules.

Por la noche, cuando se encendían las farolas, las sombras afiligranadas de las hojas convertían la habitación en veraniega pérgola.

¡Qué bien se estaba allí! La perfección de su forma y proporciones hacía de ella un lugar ideal para todas las horas del día y todas las estaciones del año.

En invierno estaba muy hermosa. Las paredes parecían ensancharse para albergar todo el resplandor de la nieve. Y al caer la tarde: cuando una luz fría azuleaba en la pared y la muselina, y las farolas enviaban un resplandor muy distinto al de las noches de verano. Mucho más íntimo y que no despertaba nostalgias. Y acrecentaba más aún el placer de estar aquí recogido.

Entonces nosotros, los niños, nos tumbábamos en una suave piel que cubría un viejo diván de muelles fatigados. Muy juntos, con un bienestar indescriptible.

La madre nos hablaba de la rosaleda del rey Laurin. De los que habitan bajo tierra, al pie de las montañas. De los pequeños guardianes de los caminantes solitarios de buen corazón. Del pequeño rey Laurin, padre de unas princesas diminutas.

Cuando la madre iba a poner fin a esta hora encendiendo la lámpara, nosotros le sujetábamos la mano para impedírselo. Contemplábamos cómo iba diluyéndose lentamente la claridad azulada y nos sobresaltábamos con la brusca irrupción de las luces de fuera. Ellas traían los inmóviles grabados japoneses del invierno: ramas negras dibujadas en tinta china sobre la fina cuadrícula de los listones de la ventana.

Cuando entrabas en aquella habitación, desaparecían las penas y las preocupaciones. Se calmaba el desasosiego. Despertaba la fantasía con todo su esplendor.

Entrabas allí y deseabas ser como ella, risueña y llena de vida. Combinar luz y sombras con armonía. Brindar con generosidad toda la hermosura que tuvieras dentro.

El lobo ha muerto

Vivimos en el Sur. Es raro que hasta aquí lleguen lobos; pero hay uno que nos ronda desde hace semanas. Al principio, sólo aullaba, sin acercarse a las casas. Vivimos muy aislados, nuestro vecino más próximo está a cinco kilómetros. Es la señora Von L., que, en el verano, duerme con las puertas y las ventanas abiertas. Cuando nosotros la advertimos del peligro, ella se rió de un modo extraño.

–A mí no me pasará nada. En cualquier caso... –no dijo más y se encogió de hombros.

¡Y ya ha ocurrido! El lobo asesino la atacó. La enterramos detrás de su casa. Tom estaba furioso. Desde entonces anda tras el lobo. Anoche salió de casa. Yo fingí que dormía, pero lo seguí. Sabía que iría a casa de la señora Von L.

Nunca vi noche tan negra ni habitación tan oscura. Era como si algo se hubiera sepultado para no reaparecer nunca más. Por más que yo procuraba no hacer ruido al respirar, Tom me oyó. Los dientes me castañeteaban, de frío y de miedo. Tom quería echarme, pero entonces aulló el lobo. Todavía lejos. Seguramente, en el prado, cerca de la cabaña de caza. Tom no se movió. El lobo volvió a aullar, y ahora se oía más cerca. No era agradable pensar que, entre aullido y aullido, el lobo había venido hacia nosotros.

Yo sabía que, cuando aullara por tercera vez, ya estaría en la

casa. Qué curioso, volvía al lugar del crimen como un asesino, a pesar de que debía de saber que en la casa ya no había nadie, ni siquiera animales. Tom ya estaba de pie y en la puerta. Yo rezaba para que saliera la luna. Porque ¿cómo va nadie a vencer lo que no puede ver? Cuando Tom pasó a mi lado sin hacer ruido, camino de la puerta, los ojos le brillaban como a los gatos. Estoy segura de que veía en la oscuridad.

Dejó de llover y hasta asomó la luna, en el mismo instante en que Tom salía de la casa. Es muy clara la luna que reluce entre las nubes. Los árboles tienen sombras alargadas. De una de estas sombras sale el lobo, flaco y largo. Veo que se para, alarga el cuello y se queda quieto, como si fuera de piedra. Como un perro abandonado que se ha vuelto malo, al que ya no asusta nada y que está medio loco de soledad.

Tom fue hacia él. El lobo retrocedió lentamente. Ahora volvía a estar oscuro. No oí ningún disparo. Pero oí hablar a Tom. Después, nada.

Hasta después de varias horas no volvió Tom. Temblaba de horror y estuvo llorando mucho rato. Ya amanecía cuando nos dormimos.

Al despertar, vi que estábamos en una cama que tenía una colcha de seda con mucho polvo. Delante de un espejo ciego había un vestido de mujer en una silla, como si alguien acabara de quitárselo. Si por la noche la casa parecía abandonada, ahora, a la luz del día, adquiría una vida espectral con los objetos de la señora Von L. que nadie había retirado, porque no existía ni una sola persona allegada a ella. Todo lo que había en la casa parecía tener mil años y estar a punto de disolverse en la nada.

Tom me hizo una seña para que me levantara. No me dijo nada. Salimos, dimos la vuelta a la casa y encontramos al lobo echado al lado de la tumba de la señora Von L. Tenía los ojos entornados y el hocico sobre las patas. Estaba muerto. Yo sabía que, además de la escopeta, Tom llevaba un cuchillo. Pero el lobo no tenía ninguna herida. El viento de la mañana le acariciaba el pelo. Yo volví la cara. Hasta con la rigidez de la muerte era horrible y amenazador.

–Volvió para morir –dijo Tom.

Eran las seis de la mañana cuando abandonamos la casa. ¿Qué será de ella? Su dueña ha muerto. Se desmoronará y todo lo que contiene se convertirá en polvo. No he visto lugar que invite menos a conservarlo bello y vivo.

Al llegar al río que corre por detrás de los prados, Tom se desnudó y se bañó. Cuando se hubo secado al sol, reanudamos la marcha y Tom empezó a cantar. Tenía un andar ligero, como si quisiera volar. Entre nuestros vecinos corrió la noticia de la muerte del lobo. Todos felicitaban a Tom e insistían en que les contara lo sucedido.

–No era un lobo –les decía Tom–. Era el mal que unas veces viene en forma de lobo y otras en forma de hombre. Me temo que sea suficiente con que el cuerpo del lobo esté ahora pudriéndose sobre la tumba.

Los vecinos lo miraban y meneaban la cabeza.

Un día memorable

Estábamos todos tan contentos aquella mañana que cuando se puso a llover y, después de la lluvia, nos envolvió la niebla de tal manera que parecía que no había camino que llegara hasta nosotros, yo pensé que podría prescindir del sol y de las flores con tal de que nosotros estuviéramos siempre como aquella mañana, Tom y yo –nos conocemos desde niños, nos casamos hace dos años y tenemos un hijo que se llama Gig–, y Gig y Aga, que era el ama de Tom cuando él era niño. Aga sacó de la cama a Tom y le dijo que encendiera un fuego bien grande, más grande que nunca.

En la planta baja tenemos una habitación en la que casi nunca entramos. Sólo en los días muy felices, como aquél que yo pensaba que sería el más hermoso de todos.

Esta habitación es como una gruta oscura y abrigada, con vigas de madera, las paredes tiznadas de humo y una chimenea enorme. Al pie de la chimenea hay una piel de oso y, delante de la ventana, está el telar de Aga. También hay un reloj de música. Y debe de haber otras muchas cosas que aún no he descubierto. Aga calentó vino tinto y yo hice buñuelos. Estábamos todos juntos en la habitación, y Gig, al que hasta entonces no habíamos dejado entrar allí, se había tumbado en la piel del oso y le miraba los dientes. Cerramos los postigos y Tom tocó el violín por primera vez desde que lo conoz-

co. Me parece que aquel día todos estábamos un poco locos.

Luego, antes de que llegara ella, Tom se sentó a mi lado en la piel del oso. Gig dormía. Estábamos apoyados espalda contra espalda, mirando al fuego. Tom volvió a llenarnos los vasos. El ponche era muy fuerte, Aga había echado sus mejores especias.

–Ya es bastante, Tom –dije, pero al momento ya tenía el vaso otra vez vacío, de lo bueno que estaba, y entonces oímos a alguien en la puerta, y Aga dijo:

–¿Has echado el pestillo?

Entonces entró ella. Yo hubiera jurado que había pasado el pestillo, y así lo dije después a Aga, pero ella respondió que el destino, cuando decide hacernos una visita, atraviesa el hierro y la piedra.

Tom dejó el vaso cuidadosamente y se levantó despacio. Hizo a la mujer una profunda reverencia, como a una reina, y le besó la mano. Después la llevó a la silla de su madre. Pero, antes de sentarse –ni de decirnos quién era–, ella fue hacia Aga y la saludó, a mí me sonrió y, al ver a Gig que dormía, se inclinó y contempló su cara un momento. Se movía armoniosamente. A la habitación en silencio llegaba desde fuera el piafar de los caballos. Yo me levanté y fui a la puerta. De repente, deseaba salir de allí, aquella mujer me daba miedo. Fuera vi un carruaje negro y a un criado que estaba detrás, de pie entre las altas ruedas. Pero Aga ya me estaba llamando para hacerme volver. Cerré la puerta despacio y, mientras miro la madera, abatida, de pronto cobré fuerzas, no sé de dónde, quizá de la mirada que Aga me clavaba en la espalda; me vuelvo y me dirijo en línea recta a la recién llegada, le doy la mano y digo:

–Debe de ser la nueva arrendataria de la finca vecina.

Ella llevaba un largo abrigo de piel, sombrerito negro con velo y pluma y guantes blancos que se quitó y dejó a su lado. Luego miró en derredor, se acercó al fuego, se volvió hacia Tom y dijo:

–Qué bonito es esto.

Tom le sirvió un vaso de ponche. Le temblaban las manos,

lo vi claramente cuando se lo daba. Ella se volvió hacia Aga, que tejía su alfombra, y dijo:

–Tiene usted unos hijos encantadores –nos había tomado a los tres por hijos de Aga. Es comprensible, cuando ves a Aga por primera vez, porque aún tiene el pelo oscuro y los ojos muy jóvenes. Ahora me pareció que yo debía decir algo, y lo dije:

–Tom es mi marido, Gig es hijo nuestro y Aga fue el ama de Tom –quería aclarar la situación desde el primer momento.

Entonces ella dijo riendo:

–Así que estos chicos ya son todo un matrimonio.

Mientras ella hablaba, Tom se puso colorado. Me parece que estaba ofendido, porque es verdad que más parece un chiquillo que un hombre.

Como nosotros no decimos nada sino que sólo la miramos, ella se ríe y dice que nuestra casa es tan silenciosa como un sueño. También dice que le gusta mucho nuestra casa, que siempre la mira cuando pasa por aquí al ir de caza y que hoy ha entrado porque tenía ganas de conocernos. Pregunta si celebramos una fiesta.

–¿Una fiesta? –dice Tom, que la mira con los ojos muy abiertos, y entonces asiente. Sí; hoy es fiesta porque ha venido ella. Como atraído por una fuerza invisible, se le acerca y se sienta a sus pies, y es como una estampa de un libro infantil.

Tom parecía haberse olvidado de nosotros. Por primera vez en mi vida, me hubiera gustado llevar un vestido bonito. Tenía las manos ásperas de tanto trabajar y el pelo revuelto, y me sentía fea y desgraciada delante de aquella dama tan elegante. Entonces, de pronto, ella dijo a Tom:

–Tiene por esposa a una hermosa muchacha –y me miraba como si me admirase. Palabras como éstas, dichas por una mujer, tienen la virtud de disipar la tristeza. (Aunque quizá no fuera más que un cumplido, para vencer la desconfianza.)

En aquel momento, los dos empezaron una conversación de la que Aga y yo quedamos fuera. Por primera vez, oí salir de los labios de Tom todos sus conocimientos sobre libros y músi-

ca. Conmigo nunca había hablado de aquellas cosas, y debo reconocer que yo tampoco hubiera entendido nada, pero me causaba una pena infinita. El perfume de la mujer llenaba la habitación. Sus sortijas brillaban al resplandor del fuego. No obstante, no hay en ella nada artificial ni superfluo. Hay entre ambos rostros una armonía, como si pertenecieran a un mismo mundo del pensamiento. Qué lejos estaba yo, simple espectadora.

Yo percibía en mí una extraña contradicción. Por un lado, tenía miedo de perder a Tom, desde luego, y no apartaba los ojos de la figura de la mujer, de la cara que ella volvía hacia Tom que, sentado en la piel de oso, al pie de su silla, seguía la dirección de su mirada por la habitación y respondía en voz baja a las preguntas que ella le hacía acerca de unas cosas y otras. Pero, por otro lado, pensaba: «No entiendo por qué se parecen tanto, por qué hasta yo tengo esta sensación de que se compenetran tan bien». Ah, si en aquel momento mi Tom hubiera subido al carruaje y se hubiera ido con ella para siempre, yo hubiera podido comprenderlo. A pesar de que quizá después la hubiera odiado y no hubiera podido volver a ser feliz sin él.

Al final de su visita, cuando ya se iba, ella dijo:

–Ahora por fin todos los días tendré algo hermoso en qué pensar, porque –prosiguió mirando muy seria a Tom, a Aga y a mí, por este orden– ¿no les parece que nuestros pensamientos, los que son sólo nuestros y no conoce nadie más, son mucho más reales que cualquier realidad? Son mucho más preciosos que nuestros actos –parecía muy triste al decir esto, como si sus palabras fueran expresión de una felicidad añorada. No dijo nada de una devolución de la visita.

Nuestra fiesta, que habíamos empezado aquella mañana en la plena confianza de ser el uno para el otro, había terminado. En realidad, era la expectación de su visita –que ninguno de nosotros podía adivinar– lo que había dado aire de fiesta a todo aquel día.

Fue un día memorable.

Ha pasado el tiempo. A veces, me parece oír pasar los caballos por delante de nuestra casa. O tengo la impresión de verla venir por el bosque. O de oír su voz. Sé que lo mismo le ocurre a Tom, pero no hablamos de ello. Sólo a Aga se lo dije. Ella respondió que algunas personas –aunque hayan venido una sola vez– nos dejan una huella tan honda que permanecen siempre presentes.

El huésped de la cámara secreta

El amor a los semejantes

Por la noche, cuando, en la cama, Tom me contaba algo antes de dormirnos, yo solía mirar al techo de la habitación y me preguntaba qué podía significar la fina línea en forma de cuadrado que allí había. Ahora sé que aquel cuadrado no es otra cosa que una trampilla. Sí; en la casa tenemos algo de lo que yo nada sabía y que es una «cámara secreta». Ayer entro en el dormitorio y veo unas piernas que cuelgan de un agujero cuadrado abierto en el techo. Me llevé un susto de muerte.

–¡Tom! –grito a las piernas. Las piernas se ponen a jurar furiosamente. La cabeza de Tom y todo lo demás desapareció allá arriba, donde yo ni sabía que hubiera algo que pudiera abrirse. Entonces una escala de cuerda se desliza junto a las piernas de Tom y él baja al suelo. La escala desaparece sola y la trampilla se cierra, y a mí me da un escalofrío, porque todo era muy misterioso. Ahora que Philipp ha muerto ya puedo contarlo.

La última noche la pasamos arriba, en el sobrado, con él, que estaba acostado sobre el heno. Allí comía y dormía y allí la vieja Aga que vive con nosotros le daba la comida, lo lavaba y lo curaba.

Cuando Tom está otra vez en el suelo, son tan grandes sus pupilas como si tuviera los ojos negros, lo que le ocurre siempre que se asusta o está triste.

–Betty, ¿puedes tener la boca cerrada? –me pregunta en tono de amenaza. Yo levanto la mirada hacia el cuadrado y digo:

–Sí que puedo.

Entonces sus ojos vuelven a ser azules, un poco, en el borde. Abajo, en la puerta, suenan unos golpes terribles, como de botas y puños. Aga sube y dice:

–¡La policía! Baja ahora mismo. Tú nos lo has traído a casa. A ver cómo te libras ahora de la policía.

Sentadas en la cama, oímos hablar a Tom abajo. Y de arriba, de la habitación secreta, llega un quejido horroroso.

Al cabo de un rato, sube Tom.

–Se han ido –dice–. Sólo querían saber si estábamos enterados del crimen y si habíamos oído disparos.

Arriba suenan unos golpes muy leves. Aga va a la ventana y mira hacia el bosque.

–Van cabalgando por ahí –dice–. Llevan perros.

–Tendrán que buscar mucho –dice Tom, y parece furioso–. Abre, Philipp –grita levantando la cabeza; la trampilla se abre y la escala cae a la habitación.

Todos subimos. Aga trae una lámpara de petróleo.

–Es Betty, mi esposa –dice Tom a Philipp–, no temas.

Ponemos la lámpara en una viga. Philipp se incorpora un poco para que ahuequemos el heno. Se ve que le cuesta moverse. Una bala le ha atravesado el pulmón. Luchó con el hombre que le quitó a su mujer hace cinco años. Sólo la deseaba, pero no tenía intención de ser bueno con ella ni de hacerla feliz. Philipp se marchó de la región, estuvo fuera cinco años y, cuando regresó, su mujer había muerto, y la gente decía que el otro la había matado a disgustos, y entonces Philipp salió en busca del otro y lo encontró, y pelearon en el bosque y los dos se dispararon. Philipp lo mató pero también recibió un balazo, y Tom lo encontró herido y lo trajo a casa. A mí no me dijeron nada porque pensaban que quizá no sabría callarme. Aga le trae una sábana limpia que extiende debajo de la espalda. Tom afeita a Philipp y pone una cara como si la herida la tuviera él y no Philipp. Aga ha hecho caldo de pollo, con

un chorrito de vino tinto, y se lo da a cucharadas. Pero él enseguida dice «basta». Siempre trata de sonreír pero sus ojos lloran, sin lágrimas.

–A él lo maté –dice una y otra vez–, pero no pude hacer nada para ayudarla a ella, ni para ayudarme a mí; pero a él lo maté.

Aga le desabrocha la camisa y de la herida sale el aliento de Philipp con muchas burbujitas rojas. Tom le agarra del brazo con fuerza. Estuvimos con él toda la noche, y la lámpara nunca había dado una luz tan quieta ni nosotros habíamos sentido por un ser humano tanto amor como sentíamos por Philipp, que era un homicida y que, con un entrecortado «¿Por qué, por qué, oh, por qué...?», murió de madrugada.

Último puesto de cambio

En lo alto del muro de un frontón tiznado de hollín ondea un cartel rasgado. «Puesto de cambio» se lee, en grandes letras. Una flecha señala, en sentido vertical, un laberinto de oscuros callejones.

Bajo mis pies cruje una escalera de caracol. Subo lentamente, envuelto en un aire viciado. Debajo del brazo llevo lo último que poseo: un viejo abrigo. No he encontrado a un ropavejero que quisiera darme algo por él. Tal vez aquí me den alguna cosa a cambio. De la pared que tengo a mi lado sale una voz metálica:

–Pase sin llamar.

Entro en un pequeño vestíbulo en el que hay varias personas sentadas. Todas llevan paquetes. Se abre una puerta. Sale un hombre bajo y moreno con bata blanca que llama al siguiente. ¿Qué es esto? ¿Me he equivocado? ¡Yo no quería ir al médico!

–El siguiente, por favor.

Yo doy cabezadas.

–El siguiente, por favor.

Entra el que me ha dado la vez. Ahora me toca a mí. Es una sala grande. En el fondo, una ayudante manipula un enorme órgano de cristal.

–Mire tranquilamente –dice el hombre moreno a mi espal-

da. Al acercarme veo que los tubos del órgano no son sino una hilera de probetas gigantescas.

Cada probeta tiene una inscripción. Yo voy leyendo mientras camino: Fe, Amor, Esperanza, Miedo, Altruismo... y así sucesivamente, también la tercera y la cuarta hilera. Detrás de mí el hombre moreno juega con una sonda larga y delgada. Es un instrumento vibrátil y reluciente con el que parece posible realizar las más inconcebibles operaciones en las más recónditas profundidades del ser humano.

–Oigamos el resultado del día de hoy –grita la ayudante. Pone las manos en el teclado de cristal y mueve los dedos. De los tubos brota una música indescriptible, nostálgica, desesperanzada, que llena la sala de suspiros y celestiales armonías, dulces y trémulas, mientras en los tubos del órgano suben y bajan tenues hilos incoloros, casi imperceptibles.

Ahora empiezo a intuir: en estas retortas se guardan sentimientos humanos, la gran mayoría de los más nobles, que se dejaron aquí porque con ellos los humanos nada podían conseguir en este mundo.

Me tienden en una mesa. La ayudante descubre mi corazón. Del techo baja una lente impresionante en la que parece concentrarse toda la luz de la sala en un único rayo potente, cegador. En el centro de este resplandor infernal aparece, oscuro y melancólico, el ojo del diablo. Y dictamina:

–Fe, treinta por ciento; caridad, treinta por ciento; esperanza, treinta por ciento. ¡Un caso raro! –ahora hay compasión en su voz–. ¿Creía usted habitar el reino de los ángeles, el reino de la justicia y la misericordia? ¿Era feliz con sus nobles sentimientos?

Yo muevo la cabeza negativamente.

–¿Ve alguna alternativa a que yo le dote de las armas adecuadas para este mundo? –yo callo–. ¡Recuerde! –su voz es agria. Por delante de mí pasa toda mi vida... Me estremezco–. ¡No olvide ni el más pequeño detalle! ¡Recuérdelo todo!

Me invade una debilidad abyecta: la capitulación.

–¡La máscara... pronto! –sisea el diablo...

Con mis últimas fuerzas me arranco la máscara, salto de la mesa, me lanzo a la banqueta, agarro el abrigo y corro junto a las largas paredes, arriba y abajo, buscando la salida. Son paredes formadas por retortas, una al lado de otra, una encima de otra, hasta el techo... El hombre moreno permanece tranquilo, con los brazos cruzados. Me señala una estrecha puerta excusada. Con voz chirriante, como de un instrumento sin alma, dice:

–El camino de vuelta nunca se cierra... el camino de vuelta nunca...

Bajo por la escalera de caracol, salgo a la calle, corro por la calzada, corro...

–¡Deténganlo! ¡Detengan al ladrón! –gritan a mi espalda. Una horda me persigue, uno me agarra de un brazo, me tiran de los hombros para hacerme girar hacia uno y otro lado–. ¿De dónde ha sacado ese abrigo?

–¡Es mío, es lo último que me queda!

Llega un policía.

–Estaba corriendo con un abrigo, lo ha robado... –gritan los que me rodean.

–Acompáñeme a la comisaría.

Yo voy trotando tras él... «El camino de vuelta... nunca... se cierra», me chirría en los oídos la voz metálica.

El hombre vino con la luna

Cuando al anochecer Casahela sale de la cabaña –con su hijo a la espalda– para llevar a abrevar a la pequeña vaca blanca, los gallos de colores ya duermen, el sol se ha hundido en el horizonte y hace rato que callaron los pájaros. Por la suave curva de la colina sale la luna. Muy clara. Muy grande.

Casahela se ha peinado con agua, y el viento trata en vano de hacer ondear su melena lisa.

El pelo le cuelga sobre la espalda y los hombros, delante de la cara de Monele, que chupa las puntas húmedas. El niño tiene sed y piensa en el momento en que podrá meter la cabeza en el agua, al lado de la vaca, y beber hasta saciarse.

Al llegar junto a las rojas flores estrelladas que bordean el camino de la fuente, Casahela se agacha, para que Monele pueda recogerlas. Las pondrán alrededor de la estampa de la milagrosa Virgen de Guadalupe que tienen en casa.

Por la cima de la colina, sigilosamente, con la luna, aparece un hombre. El hombre se agacha y se pone a rodar por la pendiente, impaciente por llegar hasta Casahela, y ante los pies de la mujer se levanta, como una sombra inquietante. Casahela vuelve la cabeza con rapidez y se pone a hablar con Monele.

El hombre lleva una guitarra colgada a la espalda.

El Monele grande, el marido de Casahela, hace tres días

que salió a cazar. El hombre acomoda el paso al de Casahela. Dejan atrás las últimas cabañas.

–Que Dios te guarde –saluda el solitario Oteke, sentado a la puerta de su cabaña, fumando envuelto en su poncho.

–Y a ti... –responde Casahela.

–«Monele es un gran cazador...» –Oteke empieza a canturrear con su voz de grajo una tonada burlona– «...que vuelve a casa con las colas y los cuernos, pero la carne se la comen los cuervos... Monele... ayyyy... Moneee... le...»

Si Casahela no fuera tan discreta, ahora lloraría. Porque, de pronto, comprende cuál es el sino de la esposa de un mal cazador, para la que una Luna burlona se convierte en un hombre que rueda a sus pies y ahora camina a su lado, con unos ojos redondos y negros, ardientes como las brasas.

Ella trata de sonreír cortésmente, pero está oscuro y Oteke no ve la sonrisa, toma su silencio por desdén y sigue cantando, irritado:

–«En una casa que yo sé no hay maíz en el arcón, qué triste casa... aayyy... Moneee... le... le... le...»

Ya han pasado las cabañas. Atrás queda la risa cascada de Oteke, un soltero de nariz aplastada y ojos legañosos que está amargado porque no hay mujer que lo quiera.

Con los pasos que suenan a su lado, camino de la fuente, haciendo crujir los guijarros del seco cauce del río, se mezcla el leve zumbido de las cuerdas de la guitarra. Ahora el corazón dice a Casahela que el que camina a su lado es sólo un hombre.

¿Un forastero? Quién sabe de dónde. No la ha saludado, no le habla. Sólo la acompaña. Piensa Casahela que lo más prudente será hacer como si él no estuviera. Al llegar a la fuente, lleva la vaca al agua y baja al niño, lo mismo que las otras noches, como si estuviera sola. El animal de piel clara y el niño de cabeza oscura beben uno al lado del otro con sonoras lengüetadas y sorbetones. Casahela toma agua con las manos, se la echa sobre la camisa y se lava la cara. Mientras los tres se refrescan, el hombre, sentado en la orilla, empieza a rasguear, con dedos de yemas encallecidas, una melodía rápida, atropellada, cambiante. Casahela está inquieta. Esta música es como el parloteo delirante de un enfermo febril.

De pronto, Casahela grita a su pequeño:

–Ven, Monele, ya es bastante. ¡Ven aquí, ven aquí!

No quiere seguir soportando los lamentos de la guitarra.

Se pone de pie, arrastra a su hijo fuera del agua, agarra a la vaca de un cuerno y la empuja hacia la orilla.

¡Qué bonitos eran los tiempos en los que venían a la fuente los tres! ¿Cuánto hace de aquello? ¿Tres días?

Entonces ve brillar un objeto en el aire, da un grito, lo atrapa... es un pequeño óvalo de plata, la medalla que Casahela colgó del cuello a Monele el día de la boda. La música se ha interrumpido un momento, una mano se ha apartado de las cuerdas para lanzarla... y ha seguido tocando un aire que ahora se hace reposado y triste. El hombre no ha dicho nada, pero ella ya sabe que Monele ha muerto.

El hombre va detrás de ellos cuando vuelven a la cabaña.

Ella alimenta el fuego. Está desconcertada.

El pequeño extiende las flores delante de la estampa. El hombre lleva en la bolsa maíz y carne de pollo. Saca el cuchillo y corta la carne. Clava el cuchillo en una viga, en el mismo sitio en el que otra mano arrancó otro cuchillo. Casahela reza. Cuando termina, dobla la colcha. El hombre pone su sombrero encima de la cama. Al pasar junto a la guitarra, ella pulsa las cuerdas con timidez. La cabaña vibra con un sonido que parece no acabar nunca.

La admiradora

Mosquite, el apuesto actor, está enfermo. En todas las columnas anunciadoras se lee: «En sustitución de M. interpretará Hamlet el señor X.».

Una niña de doce años lo lee. Pensativa, se acerca a un carro de fruta y, con el dinero que le dan para sus gastos, compra una libra de melocotones. A continuación, se encamina hacia la casa de Mosquite.

El señor Mosquite suda envuelto en un albornoz, en una suntuosa cama de dosel. La cara que asoma por encima de la gran bufanda es aún incomparablemente más hermosa que en las fotos de las revistas.

–¿Quién eres tú? –grazna una voz ronca debajo del dosel.

Ella lo mira y parpadea de emoción. El actor, conmovido, le hace un guiño. La niña pone la bolsa de melocotones sobre la colcha. Mosquite la abre, reparte y comen.

Cuando terminan, ella recoge los huesos cuidadosamente, los echa en la bolsa y hace un paquetito que guarda en el bolsillo.

–¿Por qué? –pregunta Mosquite.

–Para recuerdo –dice ella.

La fiebre aletarga a Mosquite, y no dicen nada durante un rato.

–¿No podría... por favor... una foto muy pequeña...?

Él descuelga la chaqueta que pende del respaldo de la silla, busca en la billetera, toma unas tijeras y recorta su cara de una foto. Tiene el tamaño de la mitad de un sello de correos. Ella la guarda con los huesos de melocotón.

–¿No podría darme... por favor... uno de sus cabellos? –pregunta la niña, una vez terminada la operación de la foto. Mosquite suelta una risita ronca, tose, jura y disuelve una medicina en agua.

–¿No le molesto? –pregunta la niña, alarmada.

–Nada de eso –grazna Mosquite, que adelanta la cabeza con resignación. Ella revuelve un poco, da un tirón y guarda el botín en la bolsa.

Mosquite se está quedando dormido.

–¿No podría...? –empieza ella, después del episodio del cabello–. Me pregunto si no podría darle un besito rápido.

–¿Aún no tienes bastante? –gime Mosquite, presentando la mejilla, en la que ella deposita un fugaz beso infantil.

–¡Y las otras chicas de la clase sólo tienen un autógrafo! –exclama con júbilo, y sale corriendo

En casa, busca un buen escondite para la diminuta cabeza de papel de Mosquite. Como ninguno le parece lo bastante seguro, se la come. El cabello lo cubre de lacre, forma una bolita y se la cuelga del cuello con un cordón. «Lo llevaré hasta que me muera –se promete–. Los huesos de melocotón los plantaré en el jardín. Y cuando tenga ochenta años, me sentaré debajo de los melocotoneros, a pensar en Mosquite.»

Gina y el Pez de Plata

A primeros de enero llegaron a nuestro pueblo los artistas. Tiraban de los carromatos ponis castaños que llevaban cascabeles en los arreos. Ya de lejos se oía el repique y todos salimos a la puerta de las casas mucho antes de que se les viera. Pararon en la rotonda donde trillábamos el trigo en el verano. Del primer carro salta al suelo un hombre que lleva una gorra verde. Tiene la tez oscura y las facciones finas, como talladas en caoba. Nos saluda agitando una mano. Nosotros movemos la cabeza de arriba abajo y dejamos que los viajeros hagan su llegada tranquilamente. Desde dentro de los carros, ellos despliegan los estribos, se apean con las piernas rígidas, estiran los brazos y golpean el suelo con los pies para entrar en calor.

Entonces vamos a su encuentro. Gomo, el padre de Gina, saca una botella del bolsillo, tira del tapón con los dientes y la tiende al hombre de la gorra verde a modo de saludo de bienvenida. Nosotros admiramos el arte, pero, en nuestros crudos inviernos, no podemos ofrecer a nuestros visitantes nada más que un trago que dé calor al cuerpo y alegría al espíritu.

El artista ya ha visto a nuestra Gina, que tiene una hermosura incomparable. Ella es nuestro orgullo, el tesoro del pueblo. Ahora se acerca al hombre, pasito a paso, atraída por su mirada. Nosotros comprendemos que en este momento aquí sucede algo que no interesa a nadie más que a ellos dos.

No es la primera vez que se hace teatro en el granero. Los músicos se sientan en el henil. No necesitan luz ni partitura para tocar. Ellos siempre improvisan sus melodías. Debajo del altillo de los músicos está el escenario, alumbrado por la luz turbia de una lámpara de petróleo que se balancea colgada de tres cadenas, creando en el escenario un mágico baile de sombras. Al fondo se ve un bosque con preciosas rosas rojas que trepan por los troncos de los árboles y una ninfa que se mira en una fuente.

Aquella noche ya estábamos todos en el granero mucho antes de que empezara la función. Mientras esperábamos, las mujeres charlábamos y los hombres fumaban. Yo calenté agua en un infiernillo de alcohol para el grog. Cada cual traía su vaso. Detrás del telón, los artistas andaban de un lado al otro, removiendo el aire frío que hinchaba la tela como la vela de un barco. Yo iba llenando los vasos y Gina los repartía entre las filas de espectadores. De pronto, sobre nosotros cayó una luz verde que nos convirtió en pálidos fantasmas. Había subido el telón. Entonces vimos que habían cubierto la lámpara con un pañuelo de seda verde. Un reluciente trapecio colgaba de las vigas y una criatura fantástica, un pez humano de escamas plateadas, con cola en lugar de pies, saltó sobre él y se puso a hacer equilibrios, con ojos redondos, abriendo y cerrando la boca. Mientras tanto, por el escenario se paseaba un gallo rojo, cantando con voz chillona. El Gallo ahuecaba sus plumas de terciopelo multicolor, perseguía al trapecio aleteando y daba picotazos al aire amenazando al Pez, que lo ahuyentaba una vez y otra, hasta que de lo alto bajó otro trapecio y el Gallo voló a él. Ahora los dos se columpiaban con ímpetu, uno frente al otro, cambiando de trapecio, y todos empezamos a marearnos. Entonces salió bailando al escenario un gran ramo de flores de papel de vivos colores y, a pesar de que todo aquello parecía tan disparatado, era tan bonito que tenías la sensación de estar soñando un cuento, y sólo temías que se acabara pronto y no quedara nada.

El Ramo de Flores tenía unas piernas finitas con medias ver-

des, como tallos. Las piernas saltaron en el aire, de las flores salieron dos brazos cubiertos de hojas que se tendieron hacia el trapecio, y el Ramo de Flores se quedó sentado en la barra, al lado del Pez. Ahora los animales trapecistas empezaron a lanzarse el Ramo de Flores el uno al otro. Arriba, nuestros músicos tocaban clarinetes y flautas y golpeaban maderas siguiendo el ritmo de los movimentos de los artistas con tanto acierto como si lo hubieran ensayado.

Al fin, el Pez, el Gallo y el Ramo saltaron al suelo. El Ramo dejó asomar otra vez los brazos entre las flores rojas y amarillas y arrancó la cabeza a sus dos compañeros. Debajo aparecieron, como yo esperaba, la cara del hombre de la gorra verde y la de su hermano. Luego, las flores se separaron unas de otras y entre ellas surgió una hermosa muchacha, y todos saludaron.

Gina estaba sentada al lado de Gomo, su padre, mirando al vacío, como si en el escenario no hubiera nada que ver. No movió ni un dedo para aplaudir. Pero el Pez no dejaba de mirarla, hasta que al fin también ella lo miró, y sus ojos lanzaban preguntas como flechas. Yo no me atrevía a mirarla. Y entonces, para colmo, la muchacha del escenario abrazó al Pez y al Gallo y los besó en las mejillas. Gomo carraspeó y miró a Gina con inquietud. Y entonces ocurrió aquello. Gina arrojó su vaso al suelo, agarró del brazo a su vecino y lo sacó de la fila, tirando de él con todas sus fuerzas. La presa era Jago, y ya salían del granero los dos. Ella cerró con un portazo y les oímos alejarse corriendo.

Al momento, el Pez de Plata ya se había lanzado sobre nosotros como si fuéramos un mar y se abría paso por encima y por en medio de unos y otros sin miramientos, como si nadara. El siguiente en saltar fue Gomo. Una vez más, crujió la puerta al abrirse y cerrarse y entró silbando un viento helado. Fuera, según me contó Gomo después, él y el Pez de Plata corrían tras los fugitivos, echándose la culpa el uno al otro a gritos. Entraban en todas las casas y, a su paso, el viento barría las estancias. Mientras el Pez de Plata miraba debajo de las camas, Gomo registraba los armarios. Pero no los encontraban.

Llegaron al final de nuestro pequeño pueblo, a la bodega que está semienterrada en el pequeño montículo que domina el llano.

–Ahí no pueden estar –dijo Gomo, desesperado. Pero el Pez de Plata ya había abierto la puerta.

A la luz de una vela, vieron a un Jago que gritaba y se debatía de rodillas para desasirse de la joven y furiosa diosa de los celos que trataba de besarle. Con apenas diecisiete años, ninguno de los dos tenía experiencia en estas cosas.

–¡Basta! –gritó Gomo–. ¡Peste de criaturas!

Y el Pez de Plata agregó:

–El Ramo de Flores es la mujer de mi hermano –y, mientras Jago escapaba a todo correr, el Pez asió firmemente a Gina de la mano y se volvió hacia Gomo–. Tu bendición, danos ahora mismo tu bendición, para que no vuelva a escapárseme.

Y Gomo, resignado, puso una mano en cada cabeza y los bendijo. ¿Qué podía hacer si no?

En la otra orilla...

Sólo hay tres habitaciones en la casa. Bajas, cuadradas y dispuestas de manera que puede uno recorrerlas en un círculo sin fin. No tiene puertas ni ventanas.

El viento navega por la casa como un barco. Viene de la orilla, del jardín y de los prados lejanos. Con una leve carga de aromas y rumores. Huele a agua, a heno y a flores. Trae el susurro de las cañas, las voces de las aves del lago y del bosque y el chapoteo de las olas, atraviesa las habitaciones vacías, el jardín, se aleja –huye– y vuelve.

Los suelos están pintados de blanco y sembrados de arena. La humedad y el moho han dibujado en las paredes sus paisajes de musgo y escarcha: cuevas de estalactitas cuajadas de cristales, desoladas llanuras árticas de hielo y nieve y panoramas alpinos.

Cuando el muchacho se para en el umbral de la habitación azul, un azul brumoso y estival, siente que no está solo.

Mira en derredor y no ve a nadie, sólo un pequeño erizo, sumido en profunda meditación con la oscura y puntiaguda cara contra la pared.

Pero él siente una mirada que le cae sobre los hombros, levanta la mirada y, asombrado, ve sobre su cabeza un romántico parque.

En el centro, donde la habitación parece abrirse en una cú-

pula azul, se recorta en el cielo la figura de una muchacha sentada en un columpio. Lleva largos tirabuzones y un vestido plisado de color rojo. Se ha dado un fuerte impulso, como disponiéndose a volar a los brazos del observador.

Bajo la pintura del techo está tendida una hamaca. El muchacho se tumba, mira a la joven y se mece suavemente. Ahora se acentúa la sensación de que también ella se mueve. Él le habla con el pensamiento y ella le contesta. Toda la habitación se convierte en un columpio y, con el balanceo, él se queda dormido.

Ya es de noche cuando se despierta. Se siente confuso, no sabe dónde está. Entre las sombras vacilantes que proyecta una luz desde el suelo, la muchacha oscila sobre él en una danza inquietante; parece que se acerca hasta ponerse al alcance de su mano, para alejarse después. Ahora son negros los árboles, se han diluido los colores risueños, se han borrado las cuerdas del columpio. A la débil luz de la vela, la cara de la muchacha está roja y alterada. Sus rasgos están crispados, como si le hablara. Los tirabuzones brincan. La visión lo fascina y espanta.

Cuando va a levantarse, otra cara aparece ante sus ojos y una voz áspera pregunta:

–¿Qué buscas aquí?

Un hombre levanta la vela del suelo y mira al muchacho con expresión adusta. Huele a tabaco, a cuero y a caballos, a madera y a sudor. Un olor que el muchacho ya respiró cuando fue a visitar a los gitanos en las afueras de la ciudad. Siente en la cara el calor de la vela, cuya llama se refleja en los ojos del hombre. Adormilado y confuso como está, el chico se pregunta si aquel hombre habrá bajado del jardín que está pintado en el techo.

–¿Tú vives aquí? –pregunta el chico, asustado.

–De momento.

–¿Es tuya la casa?

–Lo es ahora y tú tienes que irte.

El chico se levanta, vuelve a mirar la pintura que acaba de

oscurecerse y sale de la casa detrás del hombre que lleva la vela en la mano.

En el jardín hay una joven que se aparta escondiendo la cara. El hombre se acerca a ella.

–Vuelvo enseguida –le dice–. Ahora mismo –de repente, su voz tiene un tono muy distinto.

Van hasta la orilla, donde hay un bote escondido. El hombre rema sin decir palabra. Silba entre dientes. El muchacho ve que es guapo y parece contento. Paran junto a la pasarela de los baños desde los que, aquella tarde, el chico ha cruzado el lago nadando hasta la casa solitaria.

–¡Y no vuelvas! –dice el hombre con severidad, remando ya de vuelta.

La habitación en la que ahora entra el muchacho está muy iluminada y estremecida por la angustia, el enojo, los reproches y una cariñosa absolución.

–¿Dónde estabas?

Mudo, cansado, todavía ausente, él afronta la agitación.

–¿Dónde estabas?

El muchacho señala vagamente con la mano:

–En la otra orilla...

Una buena tarde

El coche olía a gasolina y al perfume de la señora H. Ella se había apeado en la Fasanenstrasse, para ir a la peluquería.

–Te recogeré dentro de dos horas –le había dicho el señor H.–. Hoy nos organizaremos una buena tarde.

El señor H. circulaba despacio Kurfürstendamm arriba. «Llega un momento en el que ya no tenéis nada que deciros», pensaba. «Pero vais aguantando. Tomáis un trago, y la cosa se anima. A veces, llega a crearse un ambiente francamente bueno. De pronto, ya no se te hace tan cuesta arriba. Y te das cuenta de lo bonita que es. Mucho más que la mayoría. Y hasta puede ocurrir que vuelvas a ver en ella a la desconocida que encontraste hace cinco años, con aquel delicioso tumulto en el corazón. Seguramente, hubiera sido preferible no casarse. Estas conversaciones nuestras de ahora: que si el negocio, que si la casa, que si la familia... ¿Se puede decir que los matrimonios hablen realmente de algo? El secreto del amor es desconocerse. Aunque parezca un disparate. Con la segunda botella vienen los sueños amables. ¡Es curioso cómo cambia uno entonces! ¡La habitación parece otra, y la luz, y nosotros! ¡Cambia el mundo! Pero tres botellas, no; ya es demasiado. Llega el cansancio, te duermes irremisiblemente. Y todo el buen humor lo desperdicias durmiendo.»

El señor H. bajó del coche y entró en una tienda. Compró dos botellas de vino tinto. «Aún tenemos en casa varias latas de buenas conservas», recordó. «Prepararé algo chino, no, mejor francés. Mientras yo guiso, ella pondrá la mesa. Con unos cuantos perifollos, para darle un aire de fiesta. Yo pondré la radio, a tope, mejor la AFN que da mucho jazz. Entretanto, ella entrará en la cocina y dirá: "¡Qué bueno estará esto!". Y nos tomaremos una ginebra. Ojalá sea jazz del bueno. La música siempre ayuda a entonarse. ¡Vaya si ayuda! Ojalá ahora no se ponga a llover. La casa está muy triste con lluvia. El sol que entra por las ventanas, ginebra y jazz: esto puede salvar la tarde.

Ella se acicalará. ¿Tengo nuez moscada? Mientras se hace el *schaschlik* o el *pilaff* –podría volver a hacer arroz *pilaff*– me asomaré al dormitorio para ver qué hace.Después nos tomaremos rápidamente otra ginebra. Estas tardes tienen que gestarse de manera totalmente orgánica. Compraré una libra de arroz y una cabeza de ajos.» El señor H. paró en la Lehniner Platz y compró rosas.

–Ponga también una orquídea.

«Cuando se acueste, encontrará la orquídea en la mesita de noche.» «¡Oh, amor mío, eres el más delicado de los novios!» (Esto le dijo ella un día, por una orquídea.)

El señor H. paró en un cruce. Pasaban mujeres, desconocidas y atractivas. ¡Cuántas mujeres! Y cada una iba a algún sitio distinto. ¿Adónde van realmente las mujeres a esta hora? A él le hubiera gustado aconsejar a las presurosas transeúntes: «Si vais a una primera cita, no cometáis el error de contároslo todo enseguida, o no os quedará nada para después».

De pronto, sintió el deseo de ir al Grunewald. ¿Cómo olía el bosque en esta época del año, qué aspecto tenía el lago? Uno podría tumbarse una horita en la hierba, junto al agua.

Ahora conducía más deprisa. Al llegar a la iglesia de Grunewald, dio la vuelta y regresó. Había recordado algo. Fue al despacho.

Su secretaria estaba preparando el correo.

–Casi se me olvida la carta para Goldberg –dijo el señor H., y empezó a dictar. Sonó el teléfono. Llegó una visita. Lo de siempre, a esta hora, en el despacho.

La señora H. estaba en la peluquería, debajo del secador. «Qué bueno es», pensaba, enternecida. «Quizá no debí pedirle que me acompañara. Se preocupa tanto por sus negocios. Después dirá que por mi causa ha descuidado algo».

Miró el reloj por el espejo. Debajo del reloj estaba sentado un hombre que la miraba. «Menos mal que no soy amiga de aventuras», pensó la señora H. «Es preferible estar casada. Así sabes con quién estás. Pero es agradable que te miren de ese modo especial, como me miraba él antes de casarnos.»

Y, desde la plácida seguridad de su vida, la señora H. sostuvo la mirada del hombre, a través del espejo.

El señor H. tuvo que mantener una larga conferencia telefónica. Se trataba de un negocio que prometía. Ya era casi la hora de cerrar.

La señora H. se levantó y se puso el sombrero sobre su bonito peinado. El hombre se levantó y salió de la peluquería detrás de ella. La señora H. buscó el coche con la mirada. Poco a poco, comprendió que el señor H. se había olvidado de la hora. De pronto, su seguridad, su contento, se disiparon. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Bajó la cabeza y, lentamente, fue hacia Kurfürstendamm.

El hombre la observaba, fascinado. Fue tras ella.

El señor H. tomó la cartera y fue a la peluquería. Le dolió haber llegado tarde. Pero ahora no se decidía a irse a casa. Demasiado bien sabía lo que ella le diría.

La señora H. estaba sentada en un restaurante al lado del desconocido, escuchando su suave y melodioso monólogo sobre la soledad. En este momento, ella se esforzaba por no pensar en el señor H.

–Hay encuentros que están escritos –decía el desconocido.

El señor H. se apeó delante de la casa de un amigo. Había una fiesta. El vino tinto se lo bebieron los invitados, las rosas fueron para la señora de la casa y la orquídea la prendió él, poco después de medianoche, en el escote de una desconocida.

–Es extraño que nos hayamos encontrado –dijo la mujer.

El señor H. estaba un poco bebido. La miró a los ojos, en los que vio ese encanto de la novedad que tienen todos los ojos en el primer encuentro. Se esforzaba en no pensar en la señora H. Casi en el mismo minuto, otros dedos acariciaban las manos del señor y la señora H. Pero ni uno ni otra tuvieron el valor necesario para enamorarse.

El señor y la señora H. regresaron a casa casi al mismo tiempo. Cada uno intuyó en el otro un secreto. Y ambos saborearon el placer de callar. Pero no sin un poco de miedo...

La buena tarde que empezaron ahora, en plena noche, fue una de las mejores de su vida.

La señora Boas hacía viajes de negocios

El señor Boas se muerde las uñas con desesperación y, con vehementes palabras, trata de hacer comprender a la gente que la señora Boas regresará la semana siguiente. Pasa la semana.

–La semana próxima sin falta –dice entonces el señor Boas–. Hoy en día los negocios requieren tiempo.

Él la ayudaba a hacer las maletas. La víspera de la partida, sacó del armario el traje de noche, lo dobló cuidadosamente entre hojas de papel de seda y metió en la maleta la obra de arte con gran pericia.

–Por si Carras y Cía. se muestran recalcitrantes, ¿comprendes?

La señora Boas comprendía. Aquel vestido, con su incomparable cabecita asomando por el escote, había demostrado su eficacia frente a los más difíciles oponentes. «¿Quién se atrevería a enviar a su esposa a París, sola? –se preguntaba el señor Boas, orgulloso y enternecido–. ¡Yo puedo permitírmelo, yo sí!»

Cuando, al día siguiente, como todos los días, los visitantes de la Biblioteca de Arte Boas, que iban más por la señora Boas que por la exposición de libros, le preguntaban por su esposa, el señor Boas repetía por enésima vez:

–La señora Boas está en viaje de negocios.

Corrió la voz. Buena parte de los visitantes dejaron de acudir. Esto hizo comprender al señor Boas lo importante que la señora Boas era para la empresa.

–Se me partía el corazón cuando la acompañé a la estación –dijo a su buen amigo Labas–. ¡Hemos llegado a ser como una sola persona! Me duele el costado como si me hubieran arrancado una parte de mi cuerpo. Y a ella le ocurre otro tanto, lo sé. Ah, somos dos mitades de un mismo ser.

El señor Boas dijo a su tía Lucrezia:

–Es tan buena conmigo, tan dulce, que me parece que no voy a poder respirar de tanta felicidad.

–Eres idiota –dijo la tía–. No hay que dejar que la esposa vaya sola a París.

–Los franceses son unos caballeros –protestó el señor Boas.

–Los parisienses son caballerosos, desde luego –dijo la tía, con aires de vampiresa–. Pero ¿las señoras siguen siendo señoras cuando están allí solas?

–Ella es única para conseguir contratos ventajosos. ¿No trabajamos los dos por asegurar el futuro de nuestro hijo? Frente a Carras y Cía., yo soy un puerco espín y ella, un escarabajito dorado.

–El que pretende ganar dinero con los encantos de su mujer es un miserable –sentenció la tía.

Esta verdad tuvo un efecto demoledor en el señor Boas, que se puso, primero, colorado y, después, blanco. Conectó el ventilador y dio la espalda a la tía.

–¿Qué pasa con el moka? –inquirió la tía Lucrezia, impaciente. Había puesto la mitad de su fortuna en este negocio. Por eso, todos los días a media mañana, se presentaba en el despacho de su sobrino. ¡Era lo menos que podía exigir a modo de interés, qué diantre!

El señor Boas dio una palmada y, por detrás del fichero, asomó el secretario.

–¿Y el café? –la voz del señor Boas era áspera como si brotara de las profundidades de una enlodada charca de ranas. Los más sombríos presagios lo asfixiaban.

–Calzonazos –gruñó la tía aplanando su enorme trasero, adornado con un lazo, en una butaca que suspiró bajo su peso. Sonó el teléfono. El señor Boas se lanzó sobre él y se asió al auricular como si estuviera ahogándose. La tía Lucrezia sacó del bolso un frasquito. Con manos gruesas y fatigadas vertió el contenido en el depósito de esencia del ventilador. Densos efluvios de rosa y heliotropo se extendieron por el aire caliente del despacho.

–Mi vida –gimió el señor Boas–, ¿cómo fue el viaje? –se mordía los resecos labios y escuchaba ansiosamente el murmullo de aquella voz, ay, tan lejana–. Oh, qué lista eres, gatita, tesoro mío –exclamó con voz doliente. Y siguió escuchando el largo informe que la clara vocecita gorjeaba desde París.

En las pequeñas pausas del relato, intuía él horribles episodios. La tía Lucrezia había levantado el supletorio y escuchaba con los ojos cerrados mientras masticaba lentamente la docena de pastelitos de turrón y mazapán, entre sorbo y sorbo del amargo moka. El señor Boas veía surgir, detrás de la figura de su esposa, la melancólica cabeza del señor Carras, neroniana, cuadrada y más gruesa que el talle de la señora Boas. Entre los empolvados párpados de la tía Lucrezia brotaban unas lágrimas gruesas y lentas que tenía siempre preparadas para derramar por Gino Boas, «esa pobre criatura que se ha quedado sin madre». Los dedos del señor Boas se crisparon en torno al auricular cuando de París llegó una llamada de socorro.

–Esta vez... el vestido de noche... no bastará. ¿Qué hago?

Estaban en juego cincuenta mil marcos y la creación de una filial en París. El señor Boas alzó la cabeza y aspiró con ansia el aire del despacho que, poco a poco, se refrescaba. Los ojos negros y llorosos de la tía estaban fijos en él. París callaba, expectante. El señor Boas miró por la ventana al jardín. Junto a la fuente, su pequeño Gino, vestido de blanco, jugaba con la hija del cónsul. Imaginó el futuro: su hijo, un joven brillante, pedía la mano de aquella muchacha. Si Carras y Cía. firmaban el contrato, sus perspectivas matrimoniales serían óptimas.

Por otra parte, él no tendría que seguir tapándole la boca a

la pesada de su tía con pastelitos de turrón y mazapán sino con buenos intereses, contantes y sonantes. Hasta él llegó la agitada respiración de la señora Boas:

–¿Sigues ahí?

–Pues alabado sea Dios... –exclamó el señor Boas en voz baja, y por poco no se desmaya bajo el peso de la culpa que asumía con estas palabras.

La vocecita del otro lado respondió, sumisa:

–Entonces, alabado sea.

–¿Hablan?

–Vida mía –jadeó el señor Boas. La conferencia había terminado.

Hasta que al fin regresó la señora Boas, a él se le hizo el tiempo tan largo como en el Más Allá debe de hacérseles a los condenados.

El señor Boas acariciaba a la bronceada criatura llegada de la Riviera, con la angustia con que se palpa una adorada obra de arte que uno ha prestado a un país extranjero para que la contemplen otros ojos, temiendo sucumbir a un ataque al corazón si descubre en el tesoro recobrado el más mínimo desperfecto.

La señora Boas, dulce y cariñosa como siempre, con una sonrisa tímida y un punto triste, puso el contrato en la mesa de su marido. Dio un beso a su hijito y besó la mano a la tía Lucrezia con una respetuosa reverencia. Mirando de frente con valentía a los negros ojos de la dama, que echaban chispas, dijo cortésmente:

–Que Dios la bendiga, tía. ¿Me permite que le presente la liquidación de intereses? Nunca olvidaremos su bondad. Mucho nos pesaba la deuda.

Entonces, con la desenvoltura de una pequeña reina, la señora Boas dio media vuelta y fue al encuentro del tropel de visitantes de la biblioteca, entre los que la noticia de su regreso se había propagado como un fuego por la hojarasca:

–La señora Boas ha vuelto.

«Muy bien educada no está», pensó él, escandalizado. «Yo a mi hija no le consentiría que se volviera a mirar a un desconocido estando en mi compañía.»

«¿Cómo ha podido usted fijarse en un individuo semejante? –le hubiera dicho de buena gana–. ¿No ve que es un triste ejemplar del hombre vulgar? ¿Le impresiona el monóculo o esos aires triunfales que exhibe, de león? Es un perdonavidas y una mediocridad a la vez. ¿Cabe peor combinación?»

Pero, en lugar de esto, dijo tan sólo:

–Es hora de irse. Prometí a sus padres que la llevaría a casa a las once.

La muchacha lanzó una risa clara y rebelde que sonó a relincho de caballo joven.

–¿He de irme ahora que esto se ha animado? Ni pensarlo –y su mirada fue otra vez hacia el «león» que estaba con los brazos cruzados, apoyado en la balaustrada de la pista de baile.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo con esa misteriosa histeria femenina que a menudo se da incluso en las niñas y que parece ser un primario legado de Eva. Se empolvó la nariz, se ahuecó el pelo, cerró el bolso con un sonoro chasquido y casi gritó:

–¡Oh, esto es fantástico!

Entonces él agarró del frac al camarero y pagó. Al mo-

mento, ella vertió unas lágrimas. Él permaneció impávido.

–Vámonos ya –la tomó del brazo y la llevó al guardarropa.

Ella consintió de mala gana en que la ayudara con el abrigo. Al ponerse el sombrero, tropezó en el espejo con una «certera» mirada de unos brillantes ojos de león. Entonces sintió que le ponían un papel en la mano. Su acompañante llamó a un taxi. Durante el trayecto, él guardó silencio y, ya en la puerta de la casa, dijo secamente:

–Deme el papel de ese individuo.

–Usted delira –dijo ella riendo con descaro.

«Qué ciega obstinación la de las mujeres para buscarse disgustos», pensó él, furioso, mientras corría tras ella por la oscura escalera.

–Con ese papel no entra en su casa –dijo él, jadeando (tenía cincuenta años y era corpulento).

–No tiene derecho a quitármelo –siseó ella.

Entonces él la abrazó y le dio un beso. Cuando ella aflojó las manos, él le sustrajo el papel sin que se diera cuenta.

–¿Qué, niña? ¿Tan hermoso y deseable ha sido? ¿Merecía la pena? ¿Tan maravilloso es, como para marcharse con un vil conquistador de salón? Otra cosa no la esperaba: un achuchón en una escalera oscura. Eso me parece algo indigno de usted, ¿comprende?

Ella lo miraba, desconcertada.

–Pero ¿no acaba usted de darme un beso? –lo miraba con ojos soñadores y cariñosos, era una mirada que a él le producía confusión y dolor. Ahora se sentía muy viejo.

–¡Despierte ya! –le gritó–. ¡No me mire de ese modo! ¿Dónde está la llave? Sus padres la esperan –le quitó la llave de la mano, abrió la puerta y la hizo entrar rápidamente, empujándola. Ella se volvió a mirarlo como una corderita sumisa–. Váyase a la cama –le dijo con severidad–. Los hombres no somos tan maravillosos como usted nos ve. Yo tampoco. En cualquier caso, usted aún no debería pensar en estas cosas. ¡Pero yo tenía que advertirla! ¿No lo entiende?

Él cerró la puerta y le oyó dar la vuelta a la llave. Mientras,

cansinamente y a tientas, bajaba la oscura escalera, pensando: «¿He hecho bien? ¿Seré ahora un idiota a los ojos de esa diosa de nuestro siglo, de diecisiete años?». Se sentía a un tiempo sabio y muy tonto.

Una mañana de domingo

El domingo se quedaban en la cama hasta tarde:

–Ya lo verás –dijo la madre al padre, a quien la familia llamaba «Gran León» por los terribles rugidos que daba a veces–, ya lo verás, ésta es una mala costumbre que infundes en los niños.

–Estar en la cama no es una mala costumbre –respondió el padre–. Es la forma de ociosidad más noble que existe. ¡Y el que diga que la ociosidad es la madre de todos los vicios es un cretino! –la última frase, dicha en voz más alta, ya salió de los límites de la habitación paterna.

–Calma, León –apaciguó la madre, a la que él llamaba cariñosamente «Madameken». Era una mujer llenita, jovial y cariñosa.

–De la ociosidad –prosiguió el padre– han nacido las ideas de las grandes obras de arte. De la prisa no salen más que desatinos. Por ejemplo, a mí las mejores ideas se me ocurren en la cama.

–¿No podrías escribir otra bonita historia? –propuso Madameken, que, sentada en la cama, zurcía calcetines de Sibby y de Tom–. Hay seis pares de zapatos que necesitan medias suelas. Quiero decir una historia para publicarla.

–¿Cuánto cuestan las medias suelas? –gruñó Gran León.

Madameken hizo cálculos.

–Quizá unos veinte marcos. Si vendieras la historia por treinta marcos, podríamos ir todos al circo y tomarnos un helado de chocolate en el descanso.

A él le gustaba el circo. Él mismo tenía aspecto de director de circo: moreno, enjuto y arrogante.

–¿Quizá una historia de amor? –sugirió Madameken.

–Las personas que no pueden estarse quietas a la fuerza tienen que acabar idiotizadas –tronó el padre de pronto–. Como siempre están corriendo de un lado a otro, no les llega la sangre al cerebro. Y entonces cavilan barbaridades con las que machacan al mundo. Si los estadistas gobernaran desde la cama, bien distintas serían las cosas. Entonces en el mundo reinaría el amor, ¡maldita sea!

Madameken se tapaba los oídos, atemorizada, y Sibby y Tom se escondieron debajo de las mantas. Se hizo el silencio. Al poco rato, de la habitación del padre salía crujido de papel, roce de plumilla y tintineo de tintero. Nadie se atrevía a hablar. Tom, sentado en la cama con su caja de construcciones metálicas, hacía puentes mientras pensaba si un constructor de puentes ganaría lo suficiente como para que Gran León no tuviera necesidad de abandonar la postura horizontal que tanto le gustaba, con objeto de llevar sus historias al hombre que las publicaba. Sibby fue en busca de la cartera del colegio y se puso a escribir la redacción sobre el tema de «Mi hogar» que tenía que presentar al día siguiente. Sentada en su cama, miraba en derredor con expresión soñadora y, de pronto, supo que no había en el mundo un lugar tan hermoso como aquella casa.

¡Aquellos domingos de verano!

Cuando estaban cada uno en su cama, en su cuartito de techo bajo y amarillento, con anticuados muebles de caoba. Cuando la hiedra de la ventana se encendía al filtrar los rayos del sol. Cuando su luz inundaba las habitaciones y todo parecía sumergido en unas aguas verdes en las que, de un momento a otro, podían brotar plantas marinas y de las paredes salir peces y caballitos de mar. Las cortinas blancas se hinchaban como las velas de un barco. La casa parecía un barco que

navegara plácidamente rumbo al verano. Era como si los objetos flotaran en las brisas tibias que circulaban por puertas y ventanas. Fuera, las copas de los árboles susurraban como la estela del barco. La caoba refulgía con reflejos de oro rojo. El fino ramaje de sus vetas se hacía translúcido. Las superficies de los muebles parecían bosques inflamados por el otoño.

Ascendía del sótano, por la escalera de piedra y por el arco de la gran escalera de madera, un lento canto piadoso: era Emma, que subía el desayuno y lo servía acompañado de un himno, «Te alabamos, señor Dios...», yendo de habitación en habitación como un personaje de cuento.

Sibby pensaba en el jardín. Por la tarde, cuando el perfume de las flores fuera más intenso, cuando el canto de los pájaros estuviera en su apogeo, ella y su hermano construirían una tienda debajo del sauce. Imaginaba la penumbra misteriosa bajo las mantas polvorientas que formaban el techo. La tienda tiene un boquete por el que entra, rojizo, el último sol. Es una casa móvil, íntima, hecha de telas gastadas, cañas y cordeles. Un escondite recogido, pegado a la tierra cálida.

¡Cuántos pinos! La luz de la tarde dora las gotas de resina. Los senderos entre arbustos y árboles son una selva. No tendría nada de extraño si de allí saliese una pantera. Pero son sólo las grandes libélulas las que rondan por el jardín con su vuelo nervioso e indeciso. Cuerpos alargados, de trémulos brillos metálicos. Bonitas son, pero dan un poco de miedo...

El sol va subiendo. Aún falta mucho para la tarde. Para la hora de levantar la tienda, en la que esperar la noche clara que no acaba de llegar. El sol va subiendo y la casa se ilumina más y más. Fuera gira el aspersor: leve zumbido monótono, susurro de fuentes que centellean.

Madameken inclina la cabeza sobre el zurcido y se duerme sonriendo. El viejo gato se pasea de habitación en habitación, bosteza y se enrosca en forma de almohadón. Gran León ha terminado una sesuda disertación sobre las virtudes de la ociosidad. Piensa en las avecillas de los campos: no siembran ni cosechan. Y el Padre celestial las alimenta... Tom sueña con un

puente sobre el Amazonas. Sibby anotó en su cuaderno de redacciones el regalo de este día de fiesta...

Cuatro personas felices se adormecen plácidamente en el tranquilo y cálido mediodía. Abajo, en el fresco fondo de la casa, Emma va cantando de alacena en alacena, recogiendo restos con los que improvisar una cena para su gente.

Léonel, árbitro de la suerte

Hasta este día, monsieur Dousset, telegrafista de la estafeta de Verzenay, estaba convencido de que Léonel Choudron, de dieciséis años, era la persona idónea para desempeñar las funciones de repartidor. Pero a este respecto las opiniones de uno y otro divergían ampliamente. Porque ¿qué sabía monsieur Dousset de los sobresaltos que va sembrando un repartidor de telegramas? Sentado ante su mesa, el telegrafista recortaba las tiras de palabras que el teletipo iba escupiendo con su leve traqueteo y las pegaba en los formlarios que luego doblaba cuidadosamente formando aquellos cuadraditos que Léonel se llevaba día tras día en la bolsa de lona.

–*Bonjour, Madame,* un telegrama –Léonel tiende el papel a una mujer que lo mira consternada. El horror que ve en sus ojos le atenaza el corazón. Aquella voz ahogada, rota.

–¡Un te-le-gra-ma para mí...! –y entonces–: ¡Dios mío! –la mujer mira el papel como a una tarántula. El pecho se agita bajo la mano que lo oprime. Un cuerpo que se tambalea, unas rodillas que se doblan, unos ojos que se cierran y un grito que rasga el aire–: ¡Marcelle ha muerto! –un caudal de lágrimas, unos sollozos desgarradores, con los que se mezclan, más débiles, los de Léonel. Al fin, madame tiende la mano y toma el fatídico documento. ¡Pobre madame! Léonel monta en la bicicleta y se aleja. Aún no ha llegado a la esquina cuando oye otro grito:

–¡Léonel! –madame, regordeta, corre agitando en el aire el telegrama, se le cuelga del cuello, le hace perder el equilibrio y ambos van a parar al arroyo, enredados en la bicicleta. La mujer está radiante. Sentada en el suelo, le lee el texto que por fin ha descifrado–: «Llego 16.24. Besos. Marcelle».

Pero el pobre Léonel no puede mudar de estado de ánimo con tanta celeridad. ¿La finada que hace un momento él veía volar entre espíritus cenará hoy la suculenta sopa de verduras de mamá? Atónito ante un mundo tan variable, Léonel deja a la buena mujer sentada en el suelo y sigue su camino.

Los telegramas de la bolsa le pesan como piedras de molino. Le aplastan el cuerpo, exprimiéndole toda la alegría. Y es que dondequiera que va ocurre algo parecido. En todas partes se le recibe con temor, y el consabido grito de «¡Un telegrama!» lo persigue. Unas veces agudo, otras grave, otras sordo, apenas un susurro, incluso mudo, que sólo se lee en unos labios pálidos. Léonel saca la conclusión de que el telégrafo es un invento al que puede habituarse cualquiera que envía un telegrama, pero no el que lo recibe.

No; Léonel no está contento con este trabajo. Desde que anda repartiendo tales mensajes, no se libra de la sensación de que toda la ciudad está sometida a una tensión asfixiante que se proyecta sobre él desde cualquier puerta. Se siente ángel de la muerte y cupido, portador del legado de una tía y recién nacido que pregona con sus berridos su llegada al mundo, alguacil del juzgado y ave de mal agüero, todo en una pieza.

Léonel decide que las cosas no pueden seguir así. Emulando a los sabios profesores que en todo el mundo se ocupan del atormentado sistema nervioso de los humanos, se pone a cavilar cómo puede él aportar su grano de arena al bienestar de la especie. Se sienta a la orilla del Marne y contempla el bello y apacible paisaje fluvial. Luego se tiende sobre el estómago y, acompañado por el zumbido de las abejas, abre un telegrama tras otro y se entera de su contenido.

¡Efectivamente! Hoy vuelve a haber malas noticias, concretamente, seis. Léonel empieza a clasificar: «las buenas, al saco,

y las malas, al papo». Pero, como él no es el palomo del cuento, que se echaba los guisantes malos al buche, rápidamente encuentra otro lugar en el que guardar los papeles de la tragedia. Léonel, cuya tarea de la jornada ha quedado reducida a cuatro buenas nuevas, se desnuda y ata con saña una piedra al cuello de las malas noticias. ¡Glú, glú... al fondo! Y luego se zambulle, nada y chapotea sobre la tumba de las desgracias. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan joven como en esta hermosa mañana. Después del baño refrescante, trepa a la orilla y se tiende en la hierba, a echar un sueñecito reparador. Como funcionario responsable que es, se pone la bolsa de lona con los mensajes restantes a modo de almohada y se duerme. Sueña que es rey de Francia y la primera ley que dicta a sus súbditos prohíbe bajo grave pena que se telegrafíen malas noticias. Cuando al fin despierta, Léonel mira en derredor, aturdido, y no ve bicicleta ni sandalias ni pantalón. Sólo le queda la bolsa de lona. Desconcertado en este mundo, que sólo en los sueños recompensa las buenas acciones, mira hacia el desierto horizonte, tras el que en este momento pedalea alegremente un bribón desconocido, y se encara con el problema de cómo hacer su reparto en camisa.

Me ha hecho polvo

–No quiero crear una falsa impresión –dije a la señora Lümperding–. Si va usted a alquilarme una habitación, debe estar advertida. Yo soy escritora. Necesito estímulos.

–Se comprende –asintió la señora Lümperding–; nada sale de la nada.

–Exacto. Necesito música para trabajar. A poder ser, *hot jazz*.

–Se refiere a café caliente –respondió ella–. Nada como una tacita de café recién hecho.

–Jazz –insistí–. Música *hot*... badababibap... jumpabumbadidá...

La señora Lümperding lloraba de risa oprimiéndose con las manos el rollizo talle.

–Una se siente rejuvenecer.

–Además, acribillo las paredes –proseguí, fiel a la verdad–. Clavo recortes de diarios y fotos de revistas, que me sugieren ideas. Las paredes de mi habitación anterior parecía que habían tenido viruelas.

–¿Con chinchetas? –preguntó la señora Lümperding.

Yo asentí.

–¿Si no, no puede escribir?

Le expliqué que los artistas tenemos nuestras manías.

–Y muchas noches recibo visita. Naturalmente, entrará por la ventana, para no molestarla con el timbre.

–¿Visitas de algún señor? –preguntó la señora Lümperding.

–Visitas de más de un señor –dije con sinceridad–. Cada uno tiene un influjo distinto y cada uno me inspira historias distintas. Pero nunca oirá una palabra en voz alta, señora Lümperding. Siempre hablamos en susurros.

–Quien cuchichea algo esconde –reconvino la señora Lümperding.

–Nos recitamos poesías –dije, en defensa de mis hábitos y de mi persona.

Ella me miró con aire malicioso.

–Es usted una joven muy imaginativa.

–Y me gustan las telarañas –proseguí, en mi propósito de familiarizar a mi nueva casera con mis viejos hábitos–. Las telarañas dan carácter. Al verlas se me ocurren temas nebulosos. Y no soporto las ventanas limpias. No me gusta que el mundo exterior mire mis papeles a través de un cristal diáfano. Tampoco en las habitaciones bien ordenadas se me ocurre nada. Necesito una cierta pátina. El olor a sidol y a cera de suelos me corta la inspiración. Duermo hasta las dos de la tarde y trabajo de noche.

–Pero, señorita, eso no es sano –advirtió la señora Lümperding.

–¿Ha conocido a algún artista que esté sano, señora Lümperding?

–La primera artista que conozco es usted –respondió ella.

–Por lo que respecta al puntual pago del alquiler –dije, pasando al último tema–, no puedo garantizarle nada. Nunca sé cuándo tendré dinero.

Ya estaba todo dicho.

–Me es usted simpática –dijo la señora Lümperding–; pero, si quiere que nos llevemos bien, tendría que hacerme un favor: déjese de fantasías cuando hable con una persona que está bien predispuesta hacia usted.

¡Ajá! La señora Lümperding no se había creído nada.

–Está avisada –dije, insistiendo una vez más seriamente en mis hábitos de inquilina.

–Tch, tch, tch –hizo ella, empujándome hacia la habitación.

Estaba recién empapelada. El linóleo relucía como un espejo, las ventanas refulgían. Me hormigueaba en los dedos el deseo de acomodar aquella habitación a mi gusto personal.

–Jumpaladibadibum... –oí canturrear a la señora Lümperding, muy divertida, en la cocina. Me trajo una taza de café con la cuchara dentro. (Le había echado por lo menos cien gramos de bromo.)

–¿Sabe?, me siento honrada de tener bajo mi techo a una artista de verdad. Oh, no... por favor... –agitó una mano cuando yo, por tercera vez, trataba de informarla sobre mis hábitos–. Domine su fantasía. Reserve ese fantástico temperamento para sus obras, que es donde debe estar –antes de salir, paseó una mirada enérgica y confiada por las paredes, la radio, la ventana; en suma, los lugares de los que yo recibía mi inspiración.

Heme aquí ahora, sentada en la habitación, mirando fijamente la «Puesta de sol» de la cabecera de la cama. ¡Oh, Lümperding! Casera refinada donde las haya. Finges no tomarme en serio. Con esa táctica me has hecho polvo y, a este paso, muy pronto me tendrás comiendo de tu mano para nutrir mi inspiración.

Sueño de septiembre

La luz plateaba las tenues gasas de bruma que se ondulaban sobre el llano. Sones cristalinos llegaban y se iban con el viento. Yo no sabía si caminaba hacia ellos o si venían del firmamento. Por la cima de la loma asomaba el tejado plano de un granero. Al principio, parecía pegado al suelo. Luego, al acercarme, fue elevándose y, debajo del tejado, surgió una construcción de madera blanca y nueva. Había en el interior largas hileras de bancos en los que se hallaba sentada una multitud inmóvil y ensimismada. Delante, de pie, formando un semicírculo, había siete músicos. Figuras esbeltas, singulares, de las que no hubiera uno sabido decir si eran hombres o mujeres, o si pertenecían a un sexo nuevo que combinaba uno y otro a la perfección.

Vestían amplias túnicas, ceñidas a las caderas con cinturones, de un tejido desconocido que continuamente cambiaba de color y de textura. Ora era una seda leve, casi etérea, ora se hacía tupida y pesada como el brocado, formando rígidos pliegues. Como obedeciendo a un pensamiento o un movimiento de los músicos, su indumentaria se trocaba en mera luz tornasolada, con adornos que aparecían y desaparecían o cambiaban de forma con rapidez.

Yo, asombrado, trataba de descubrir el secreto de aquellos ropajes, hasta que advertí que sus variaciones coincidían con

los cambios de los motivos y los tiempos de la música. Ésta salía de unos instrumentos que yo desconocía. Espirales cristalinas que giraban resolviéndose las unas en las otras, con esferas que subían y bajaban en su interior. Altos bastidores transparentes que tensaban hilos de cristal por los que se deslizaban formas romboides. Los músicos tocaban sin apenas moverse. Incluso parecía que algunos de aquellos instrumentos sonaban solos y que los músicos hacían las veces de enérgicos directores. Aquella música llegaba a lo más hondo del corazón. Mientras escuchábamos, sentíamos una fuerza irresistible que nos impulsaba hacia la búsqueda de nosotros mismos. La visión de aquellos instrumentos prodigiosos, translúcidos e ingrávidos producía admiración y beatitud. Cuando enmudecieron, se hizo un largo silencio. Luego, los oyentes se pusieron en pie y se inclinaron. También los desconocidos hicieron varias reverencias. Este mudo homenaje recíproco continuó durante un tiempo. Entonces los Siete abandonaron el granero. Cuando pasaban por mi lado, me incliné hacia adelante para observarlos. Recibí una mirada de reproche de unos ojos grandes y severos y, al momento, unos velos pequeños y tupidos cubrieron sus rostros. A varios pasos del granero ondeaba una gran telaraña extendida sobre el suelo. Los músicos se colgaron de ella como mariposas. Con un sonoro zumbido de insecto gigante, la red se elevó y desapareció en el espacio.

La noche en que entraron los ladrones

Un episodio sensacional.

Hacía poco que se había apagado el cabo de vela, a cuya luz mamá había estado ensayando hasta muy tarde los conciertos para piano de Beethoven, cuando los ladrones ya rondaban la casa. Era la hora propicia. No había luna. La familia estaba sumida en el primer sueño. Leo el Guapo cortó limpiamente un cuadrado de la persiana enrollable que debía proteger la puerta de la terraza al salón. El áspero ruidito de la sierra hizo gañir de excitación a Adebar, el pastor alemán que arrastraba una existencia de perro guardián fracasado. El animal miró con expectación a Fritz el Napia, que había metido la cabeza por la abertura y le sonreía. Con un cortavidrio, El Napia marcó un cuadrado en el cristal –que cedió con un ligero crujido– y Adebar hizo el resto. Cuidadosamente, tomó el cristal entre los dientes y lo apartó a un lado, colaboración que Emma la Centella recompensó con una salchicha ahumada. ¡Qué amabilidad la de estas personas! Los intrusos se colaron entonces por el boquete, retorciéndose como anguilas, y Adebar les dio la patita. Se encendieron lintenas y Adebar, poniendo a trabajar su sexto sentido para adivinar los deseos de los visitantes, se paró delante del aparador meneando la cola, movido tanto por el afán de hacer un favor como por el oportunismo.

Porque allí, junto a la cubertería de plata, se guardaba la ca-

ja de las galletas, que La Centella se apresuró a vaciar en la alfombra persa delante de Adebar, para que el animal se entretuviera haciendo algo de provecho. Los cacos amontonaron en un mantel todos los utensilios de mesa que encontraron, y El Guapo se llevó el fardo con todo sigilo y lo pasó por el boquete a El Barón Cojo, que lo cargó en una limusina negra, que la semana anterior era verde, y volvió paseando en la callada noche otoñal mientras se fumaba un cigarrillo. El Barón Cojo era un hombre vanidoso que cuidaba mucho su indumentaria, e incluso en una noche de trabajo como ésta llevaba bombín gris claro, pantalón a rayas y americana negra de paño inglés, ajustada al cuerpo. Tenía la sensación de que, para completar el atuendo, le faltaban unos guantes blancos de cabritilla, por lo que, a su vez, se introdujo en la casa e inició la búsqueda. Como no llevaba linterna, chocó contra un objeto que produjo un tañido claro y sonoro que iba subiendo de tono y parecía que no iba a acabar.

El Barón Cojo había tropezado con un gong chino, cuyo estrépito, no por melodioso menos intempestivo, llegó al primer piso e hizo saltar de la cama a Papá, que se ciñó un cinturón sobre el camisón, lo que le daba la sensación de estar vestido, sacó el revólver del cajón de la mesita de noche y salió a la escalera del vestíbulo, después de cruzar la habitación de Mamá gritando:

–¡Ladrones, asesinos!

Mamá, adormilada, recogió los robustos miembros extendidos sobre la cama, se puso una bata, se miró al espejo, que le mostró una figura majestuosa, y salió al pasillo, desde donde gritó hacia las habitaciones de sus hijos, Sibby y Tom, un enérgico:

–¡Niños, despertad! ¡Hay cosas que ver! –y siguió a Papá, que amartillaba el revólver y apuntaba a El Barón, en el momento en que éste salía del vestidor abrochándose unos guantes blancos. Con mirada de zorro, El Barón trató de escabullirse por detrás del dueño de la casa, que titubeaba, atónito: en su imaginación, los ladrones tenían un aspecto muy distinto. Alzó las cejas, dio un paso hacia el elegante desconocido y dijo:

–¿Qué busca usted en mi casa, caballero?

–No dispares, Papá, no te pierdas –gritó Mamá desde lo alto de la escalera, mientras El Barón se inclinaba hacia el boquete de la persiana. Entonces perdió el bombín, que fue alcanzado por un vaso de los dientes lanzado por Tom que gritaba:

–¡Papá, ese granuja lleva puestos tus guantes! ¡Dispara!

Papá, al comprobar esta circunstancia, se enfureció, dio un audaz salto hacia el fugitivo y sintió viva frustración al comprender que no podría herir a aquel sinvergüenza, porque él nunca había disparado un revólver. Mientras el vaso y el bombín rodaban por el suelo, Papá se encontró frente a una persona del sexo femenino que sostenía el extremo de un largo rollo de alfombra. Papá, recordando que estaba en camisón, bajó la mirada y la pistola, turbado, mientras la alfombra desfilaba ante él.

–¡Canastos! –gritó Mamá desde la escalera–. ¡La alfombra del comedor! ¡Papá, dispara, sé hombre!

Por delante de Papá pasó el otro extremo de la alfombra, portado por El Guapo, que, al ver el revólver que le apuntaba, sacó un largo cuchillo del bolsillo de atrás del pantalón y lo puso debajo de la nariz de Papá, con una sonrisa sardónica.

Papá no disparó, no se movió, sólo contemplaba la acción, fascinado. La alfombra salió por el boquete detrás de El Barón. La siguió, haciendo el salto de la carpa, El Napia, al que la familia percibió sólo como una sombra fugaz. Al fin, el pasmo se deshizo en un coro a cuatro voces: «¡Socorro! ¡Socorro!». Les hizo mucho bien poder gritar, a todos menos a Tom, que estaba hablando por teléfono con el inspector de policía.

–¿Sabe, señor policía? Si Papá hubiera disparado, ahora estarían todos en el suelo, pero ¿qué se le va a hacer? Papá es pacifista.

La familia oyó arrancar un coche y, al instante, sonó el alegre «tatitatá» de la policía, que paró cortésmente para dejar paso a una limusina negra que doblaba la esquina a toda velo-

cidad. Los policías entraron en la casa, se hizo café, se tomaron huellas dactilares, y todos estuvieron de acuerdo en que aquellos ladrones no podían ser otros que Los Cuatro Justos, una banda a la que desde hacía tiempo se le seguían los pasos. Al despedirse, los policías aseguraron que pondrían todo su interés en el caso, y la familia volvió a los dormitorios. Sibby, entusiasmada porque por fin había visto gánsteres «de verdad», y Tom, defraudado porque, según él, Papá no había actuado con suficiente energía. Los padres, empero, mantenían esta conversación:

Mamá: Estabas encantador con tu camisón ribeteado de rojo y el revólver... ¡Jesús...! –hundió la cabeza en la almohada y se echó a reír.

Papá (un poco ofendido): Sé de personas que admirarían mi coraje, cariño. No es tan fácil enfrentarse a una fuerza cuatro veces superior, sin retroceder.

Mamá: Retroceder no has retrocedido, Papá, lo admito, pero ellos se han largado con todo el botín. Y ahora vamos a tener que comer con cubiertos de hojalata. ¡Qué se le va a hacer! Lo que importa es que todos estamos bien.

Papá (bostezando, medio dormido): Tu indiferencia por los bienes materiales me asombra.

Mamá (medio dormida, sonriendo): ¡Pero tienes que volver a hacerme el numerito del camisón, con el pelo revuelto, los ojos saltones y el revólver! Por ejemplo, el día de mi cumpleaños, para que me ría un rato... Que descanses, León...

Idilio en la rue Mouffetard

La fina sombra de un gato joven crece, oblicua y alargada, sobre la cortina violeta. El sombrerete metálico de la chimenea que se alza junto al patinillo del hotel La Esperanza da vueltas en medio de la niebla matinal, como un negro fiscal con toga y birrete en su sitial giratorio, sobre la multitud de mendigos de la rue Mouffetard. Él y ella despiertan, callan y se pierden en el brillo de sus ojos. La frente de El Barón Negro, surcada de sombrías cruces, se alisa lentamente y se hace amigable. Mira la raya negra que emborrona los párpados infantiles de Minú, su boca joven embadurnada de rojo... suspira y, suavemente, le pone la mano en el pelo mientras dice (suena como una declaración de amor):

–¿Quieres que prepare un Nescafé?

Minú endereza el cuerpo con gesto de fatiga y trata de rezar: «...y aunque tuviéramos mil lenguas y habláramos... si no tuviéramos amor... ¡oh, alégrate, hija de Sión!».

El siseo de la llama azul que, alimentada con el resto del alcohol, arde en un infiernillo oxidado al que sólo el recuerdo de su forma original mantiene con vida, suena como el júbilo lejano e irreal de muchos niños que jugaran en imaginarios jardines estivales. Minú, tristemente, se desliza bajo la manta de caballo, tibia y raída, y cierra los ojos.

Entretanto, la rue Mouffetard se anima. Las gentes cabales

y útiles a la sociedad ya hace rato que se afanan tras las máquinas de escribir y los mostradores de las tiendas. Los carniceros cortan jugosas tajadas de carne de caballo y los aprendices sacan brillo a las cabezas de equinos de latón que relucen sobre la puerta de la Chevaline.

La carne de los pobres se adorna con escarapelas de papel charol. «¿Por qué –piensa Minú–, por qué no hay nada que libere a los artistas de la cruz de la pobreza? ¿Por qué mi marido, que parece un príncipe, ha de vegetar como un François Villon, agobiado por las deudas como un Balzac y alimentar la inspiración a fuerza de café sin azúcar? Verlaine murió en la rue Mouffetard hecho un mendigo y después –*in memoriam*– construyeron una librería en el mismo lugar. ¡Morid en la mayor miseria posible, artistas!»

La mañana extiende sobre París el delicado manto de una suntuosa piel gris, las nubes pasan rápidas sobre el nido de ladrones en el que ellos habitan: el hotel de La Esperanza, que recuerda a un enfermo desahuciado, con el pecho hundido y la espalda doblada por una incurable tos de viejo. Estos días la alacena se vacía de los últimos restos, estos días ellos se quedan echados, rotos, como escupidos por un tornado. La habitación, cada vez más violeta, parece estar fuera del tiempo. Ya hace días que se recuperó el depósito por las botellas vacías de la leche. Los amigos –sableados– se apartaron, muy a su pesar, de la pareja.

–El mundo siempre perdona a todos –susurra Minú, extenuada–, menos a los que aman.

El hornillo estaba frío y cubierto de polvo. Ya no se lavaban las camisas. Los ratones se fueron de la habitación, porque no encontraban migas. Y el fuego de su amor humeaba como una lámpara enferma.

Si no ocurre un milagro...

Sus voces no eran más que un ronco gemido.

–No puede uno quedarse echado hasta morir de hambre –dijo El Barón Negro con voz ronca.

Entonces vio la carta debajo de la puerta y leyó: «Mi querido hijo: Como te conozco, supongo que volverás a andar con calcetines de verano con este frío. Ya lo hacías cuando eras niño... Mamá».

Cuando El Barón Negro volvió de hacer la compra con el dinero que su mamá le había enviado para los calcetines de lana, Minú aún dormía.

Él le llevó a la cama vino, queso y picadillo de caballo, y ella abrió los ojos y dijo con una vocecita débil pero clara:

–Por fin nos hemos muerto y estamos en el cielo.

–Estábamos soñando –dijo roncamente El Barón Negro frotando un poco de ajo en el queso–, teníamos una pesadilla, mi Minú. Ya es hora de levantarse y ponerse a trabajar como personas de buenas costumbres.

Los ratones olieron la comida y volvieron. El cielo estaba azul aquel día de resurrección. La rue Mouffetard cantaba y una paloma blanca daba vueltas en el sombrerete de la chimenea como en un carrusel.

Tormenta en el bosque

Tom y Betty se asustaron cuando, al despertar aquella mañana, vieron un cielo amarillo y tan bajo que el bosque parecía doblarse bajo su aliento de azufre. El resplandor amarillo entraba en la casa y los cegaba. La piel, el blanco de los ojos, todo estaba bañado en aquel resplandor como de llamas amarillas que abrasaran un desierto.

El aterrador movimiento de los árboles anunciaba la violencia de la tormenta que, seca y cargada de un fuego frío, lanzaba a la tierra espadas rutilantes. Con furia sostenida, se adentraba en el bosque. Ellos oían los estampidos de los árboles al partirse, unos cerca y otros lejos. Los invadió una sensación de desamparo. Los estremecía una angustia tan viva como nunca habían sentido. Pero, al mismo tiempo, experimentaban honda admiración ante el drama que allí se representaba, con aquellos sobrecogedores estallidos de furor cada vez más fuertes. ¿No era posible que, dentro de un segundo, hubiera desaparecido la casa? ¿Y el bosque... y que hasta el mundo se hundiera? ¿Qué podría resistir esta ira de los cielos?

Sentados en la cama, muy juntos, pensaban en el padre y la madre, y uno y otro sentían el impulso de llamarlos, pero se lo impedía el orgullo, y se armaban de valor para seguir esperando lo que fuera a ocurrir, allá fuera. Hundían los dedos en el colchón, a la espalda, como si temieran ser arrastrados por la

turbulencia desatada por aquel cegador fuego del desierto, tórrido y frío, que te abrasaba o te helaba las sienes. Tenían en los labios sabor a azufre, a herrumbre, verdillo, sales y ácidos, como si todos los vapores y olores del interior de la Tierra aflorasen... y les faltaba el aire.

Los árboles, que el huracán doblaba hacia uno y otro lado, dejaban ante la ventana un vacío amarillo en el que se extraviaba la mirada. Los crujidos de la madera que se partía y astillaba resonaban en el tejado de la casa y se perdían en todas las direcciones. Entonces retumbaron los truenos, ensartándose con bronco estruendo. Los jóvenes se abrazaron sollozando, pero enseguida se avergonzaron y se echaron a reír.

–La casa se hunde –dijo Tom. Durante unos momentos, el resplandor amarillo y la luz de magnesio se alternaban con una oscuridad total, y ellos gritaban de miedo, abrazados. Sólo se tenían el uno al otro, pero tenerse sólo el uno al otro les parecía muy poco.

Todo pensamiento inspirado en el viejo orden se desvaneció. Estaban solos y perdidos en medio de esta furia. «Temporal» no era ya la palabra que pudiera describirla. «Tormenta» no era el concepto... «ruido», «luz» y «oscuridad» ya no definían lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo podían ellos escapar a esta hecatombe? Tom saltó de la cama, para pasar los cerrojos de las ventanas. Pero las ventanas saltaron de los marcos al interior de la habitación con sonido de iracundo rechinar de dientes. Betty, despavorida, le suplicó que volviera a la cama.

Ahora pensaban con anhelo en las grandes ciudades de piedra que se levantan por doquier. Allí podrías mirar tranquilamente por la ventana a la calle y decir: «Hay tormenta». Fuertemente abrazados, metieron la cabeza bajo la manta, huyendo de la luz amarilla. Se tapaban los oídos, para no oír aquel estruendo desgarrador, pero no conseguían mitigar el miedo. Hasta debajo de la manta veían sus caras iluminadas por el fuego blanco de los relámpagos y convertidas en frío mármol...

La liberación, cuando por fin llegó la lluvia, fue excelsa. Apartaron la manta y contemplaron por la ventana el día que

empezaba. Fuera caía el agua, despertando un frenesí de alegría, y ellos se pusieron a cantar, con sus voces claras y juveniles, los salmos que habían aprendido en la escuela dominical. Aquella lluvia les hacía sentirse ligeros y fuertes. Las furias se habían alejado y ahora la lluvia caía como un bálsamo sobre el rastro de devastación que habían dejado.

Luego cantaron canciones improvisadas, de lluvia y de árboles, y de sus voces se había desvanecido el horror. Inundaron la casa los aromas de la madera y la tierra mojadas y de la savia de los abetos. Ahora, con un alegre salto, el sol se precipitó en el bosque encendiéndolo con un fulgor de llamas doradas. El sol estalló en millones de soles, y ellos pensaron que fuera quizá pudiera verse el arco iris.

Se levantaron y se vistieron. Poco a poco, fue cesando la lluvia. En torno a la casa se había creado un paisaje acuático. Sobre él se extendía la paz y el frescor de una mañana de mayo. Los árboles resplandecían. De muchos de ellos colgaban ramas rotas. Las aguas se abrían paso gorgoteando y riendo, pero había placidez en el día que crecía. El mundo se hacía azul, dorado y castaño. Todo respiraba una alegría rutilante.

–¡Qué contenta estoy! –dijo Betty, y otra vez se puso a cantar.

–Hoy se podrá ir en barca por el bosque –dijo Tom.

Al salir de la casa vieron a los padres.

–¡A esto llamo yo una tormenta! –rió el padre. Estiró los brazos y los miró con ojos risueños e intrépidos. Y la madre abrazó y besó a los chicos, y toda la familia hubiera podido ponerse a bailar de alegría.

–¿Habéis visto día más espléndido? –gritó el vecino, y todos contemplaron el bosque empapado y refulgente. Sentían cómo, al calor del sol, se desvanecían los terrores de la noche y se disipaban los últimos vestigios de la angustia que había estremecido sus cuerpos. Los pájaros empezaron a moverse y a revolotear, como admirados, hasta que al fin recordaron que no eran mudos. Y empezó una algarabía de trinos...

Una boda en el bosque

–Bonito carro, Tom –dijo el cura–. ¿Lo has hecho tú?

Tom asintió. Estaba tan turbado como Betty, que acababa de convertirse en su esposa. Tenía en la mano un papel en el que, en grandes caracteres, estaba escrito el versículo del matrimonio: «¿Dónde están ahora aquellos sentimientos de alegría? Porque yo mismo testifico que, si hubiera sido posible, os habríais sacado los ojos para dármelos» (Gálatas, 4:15).

El cura asió la mano del joven que, a sus veinte años, aún parecía un adolescente. Le miró atentamente a los ojos, que le parecieron angustiados.

–No tengáis miedo, criaturas –dijo afablemente.

El bosque en el que se adentraron tenía aquellos días un aire tropical. La bruma se elevaba de los charcos que, en los claros, se evaporaban al sol. En torno a los troncos podridos de los árboles muertos gorgoteaba el agua de las charcas pobladas de ranas. De ellas brotaba un parloteo irritante que sonaba como roncos gritos de ahogados. Tom amaba el bosque y deseaba mostrar a Betty todas sus maravillas, como los cementerios de árboles que, a una cierta luz, parecían viejos monumentos, columnas de culturas desaparecidas. En el bosque tenían su hogar cazadores, carboneros y ovejeros. Tom era cazador y vivía de la venta de las pieles. Se sentía libre y feliz.

Pero ahora no acababa de creer que hubiera podido con-

seguir a una esposa como Betty. Ella cumplía hoy diecisiete años. Llevaba el vestido de novia de su madre, que le daba un aire digno e infantil a la vez. Tom no sabía cuándo debía darle el primer beso. Nunca habían estado a solas. La vieja casa de madera que Tom había heredado de sus padres, muertos prematuramente, estaba en medio del bosque. No tendrían vecinos.

Llevaron el caballo a la cuadra, construida detrás de la casa, y entraron en la cocina. Betty, tímida y callada, se sentó en el banco, al lado del hogar, y leyó una vez más el versículo del matrimonio. Tom le tomó el papel de la mano delicadamente, lo llevó al dormitorio y lo clavó en la pared, encima de la cama. Betty sacó el gran pan blanco del arca que le había dado su madre. Le quitó el paño que lo envolvía y lo dejó encima de la mesa. Al lado puso los regalos para su esposo: una bufanda de suave lana blanca que ella misma había tejido y un relojito de música pintado.

Después encendió el fuego y Tom destapó un cántaro de vino. Sacó de la alacena una liebre asada, pan y mantequilla, y arrimó el vino al fuego. Cuando Betty llevó los platos a la habitación, se admiró al verla tan bonita. Tom la había adornado con piedras y raíces raras, plumas de ave, pieles y flores secas. Cuando él entró con el vino caliente perfumado con clavo y limón, pasó junto a su esposa con cautela, sin rozarla siquiera. Betty sirvió la carne y Tom llenó los vasos y bebieron.

Mientras miraba como él se bebía todo aquel gran vaso, ella volvió a levantar el suyo y lo vació a su vez poco a poco, sintiéndose persona mayor. Después, los dos, como movidos por un mismo pensamiento, se inclinaron por encima de la mesa el uno hacia el otro. Antes de besarse, cerraron los ojos con fuerza. Luego se sentaron, suspirando y tratando cada uno de ocultar al otro que estaba temblando. El vino corría por su interior, y era como un repique de campanas.

–Ahora hay que comer –dijo Tom en voz baja, con sensatez. Pero pronto volvieron a olvidarse de la comida. Se miraban sin pestañear, mudos. Ahora se sentían como dos desconocidos.

Estaban confusos y anhelantes. Cada uno sabía que el otro llenaría toda su vida. Tenían los labios entreabiertos de asombro. Sentían vértigo. El futuro sólo podía ser la prolongación de esta primera hora. El bosque ya no tenía salida. Desde este momento, ellos permanecerían en su corazón oscuro y verde.

No advirtieron que se hacía de noche. La luz de la vela no llegaba lejos. Se reflejaba, roja y redonda, en la cuba que recogía el agua de lluvia, como si al pie de la oscura ventana asomara un fuego subterráneo. Esperaron, fatigados, hasta que se consumió la vela y, cogidos de la mano, cruzaron la oscura habitación hasta la tarima sobre la que, como en un cuento de reyes, se levantaba una cama cubierta de hermosas pieles.

En la negrura de la quieta habitación, ella se quitó el blanco vestido que cayó al suelo como nieve. Juntaron las frentes, respirando cada uno el aliento del otro. Se levantó un viento que sonó con fragor de catarata. Poco a poco, la casa se transformó en una embarcación que, lentamente, se hacía a la mar. Un oscuro sortilegio los envolvió. La mano de uno parecía trocarse en el pie del otro, el fuego de una mirada hacía ceniza al otro. Era como un viaje a lo más hondo de la Tierra.

Por la mañana les parecía que estaban de rodillas en la palma de una mano gigantesca que los presentaba al mundo y les mostraba su infinita belleza. Encendieron el fuego, sacaron tazas y, cada vez que se encontraban por la casa, se abrazaban y se separaban sonriendo: «Soy tan feliz –decían–, soy más feliz que nunca».

Durante todo el día estuvieron apareciendo en la ventana caras bronceadas y caras ennegrecidas que anunciaban su visita para el anochecer. Cuando se puso el sol, llegaron pastores y carboneros con regalos, y se acomodaron en la habitación. Tom y Betty estaban sentados en su cama elevada y cubierta de pieles, cogidos de la mano. A veces, la pareja conseguía aparentar que llevaban casados mil años, pero a los viejos y amables visitantes que estaban a sus pies y los miraban con franca admiración les parecían aquellos célebres príncipes de la leyenda que eternamente van al encuentro el uno del otro.

Dos caballeros van de caza un día de niebla

–No se ve nada –dijo Mr. Pillow, malhumorado, alargando el cuello en medio de la niebla. Entre los árboles se espesaba más y más, en el aire saturado de humedad, aquel vapor lechoso en medio del que, a veces, se golpeaban la cabeza contra un tronco invisible.

–Deberíamos esperar –gruñó Mr. Pillow, al que irritaba el silencio de Mr. Flipp–. Buabuabuá –hizo de pronto, disfrazando la voz arteramente, para asustar a su compañero. Y, en efecto, Mr. Flipp, dio un respingo. Pero, al advertir que sólo era una broma que se había permitido Mr. Pillow, se vengó profiriendo, a su vez, un «Uuituuituuit» en un falsete agudo y amenazador. Mr. Pillow dio un brinco de lado y tropezó con lo que parecía un fantasma que había surgido súbitamente de la niebla a su izquierda. En el mismo momento, Mr. Flipp profirió un «¡ay!» al sentirse aprisionado por unos brazos. Simultáneamente, Pillow notó que lo asían por el cuello, y ambos pidieron socorro, hasta que Mr. Flipp descubrió con asombro que tenía entre los dedos el cuello de la pelliza de Mr. Pillow. Entonces calló y ambos siguieron caminando a tientas, confusos y avergonzados.

–Tiene que estar por aquí, en la hondonada –dijo Mr. Pillow y, como Mr. Flipp, que no veía nada, no respondiera, agregó, con impaciencia–: Si se viera algo, sabríamos si estamos en la hondonada.

Me ha hecho polvo

–No quiero crear una falsa impresión –dije a la señora Lümperding–. Si va usted a alquilarme una habitación, debe estar advertida. Yo soy escritora. Necesito estímulos.

–Se comprende –asintió la señora Lümperding–; nada sale de la nada.

–Exacto. Necesito música para trabajar. A poder ser, *hot jazz*.

–Se refiere a café caliente –respondió ella–. Nada como una tacita de café recién hecho.

–Jazz –insistí–. Música *hot*... badababibap... jumpabumbadidá...

La señora Lümperding lloraba de risa oprimiéndose con las manos el rollizo talle.

–Una se siente rejuvenecer.

–Además, acribillo las paredes –proseguí, fiel a la verdad–. Clavo recortes de diarios y fotos de revistas, que me sugieren ideas. Las paredes de mi habitación anterior parecía que habían tenido viruelas.

–¿Con chinchetas? –preguntó la señora Lümperding.

Yo asentí.

–¿Si no, no puede escribir?

Le expliqué que los artistas tenemos nuestras manías.

–Y muchas noches recibo visita. Naturalmente, entrará por la ventana, para no molestarla con el timbre.

–¿Visitas de algún señor? –preguntó la señora Lümperding.

–Visitas de más de un señor –dije con sinceridad–. Cada uno tiene un influjo distinto y cada uno me inspira historias distintas. Pero nunca oirá una palabra en voz alta, señora Lümperding. Siempre hablamos en susurros.

–Quien cuchichea algo esconde –reconvino la señora Lümperding.

–Nos recitamos poesías –dije, en defensa de mis hábitos y de mi persona.

Ella me miró con aire malicioso.

–Es usted una joven muy imaginativa.

–Y me gustan las telarañas –proseguí, en mi propósito de familiarizar a mi nueva casera con mis viejos hábitos–. Las telarañas dan carácter. Al verlas se me ocurren temas nebulosos. Y no soporto las ventanas limpias. No me gusta que el mundo exterior mire mis papeles a través de un cristal diáfano. Tampoco en las habitaciones bien ordenadas se me ocurre nada. Necesito una cierta pátina. El olor a sidol y a cera de suelos me corta la inspiración. Duermo hasta las dos de la tarde y trabajo de noche.

–Pero, señorita, eso no es sano –advirtió la señora Lümperding.

–¿Ha conocido a algún artista que esté sano, señora Lümperding?

–La primera artista que conozco es usted –respondió ella.

–Por lo que respecta al puntual pago del alquiler –dije, pasando al último tema–, no puedo garantizarle nada. Nunca sé cuándo tendré dinero.

Ya estaba todo dicho.

–Me es usted simpática –dijo la señora Lümperding–; pero, si quiere que nos llevemos bien, tendría que hacerme un favor: déjese de fantasías cuando hable con una persona que está bien predispuesta hacia usted.

¡Ajá! La señora Lümperding no se había creído nada.

–Está avisada –dije, insistiendo una vez más seriamente en mis hábitos de inquilina.

–Tch, tch, tch –hizo ella, empujándome hacia la habitación.

Estaba recién empapelada. El linóleo relucía como un espejo, las ventanas refulgían. Me hormigueaba en los dedos el deseo de acomodar aquella habitación a mi gusto personal.

–Jumpaladibadibum... –oí canturrear a la señora Lümperding, muy divertida, en la cocina. Me trajo una taza de café con la cuchara dentro. (Le había echado por lo menos cien gramos de bromo.)

–¿Sabe?, me siento honrada de tener bajo mi techo a una artista de verdad. Oh, no... por favor... –agitó una mano cuando yo, por tercera vez, trataba de informarla sobre mis hábitos–. Domine su fantasía. Reserve ese fantástico temperamento para sus obras, que es donde debe estar –antes de salir, paseó una mirada enérgica y confiada por las paredes, la radio, la ventana; en suma, los lugares de los que yo recibía mi inspiración.

Heme aquí ahora, sentada en la habitación, mirando fijamente la «Puesta de sol» de la cabecera de la cama. ¡Oh, Lümperding! Casera refinada donde las haya. Finges no tomarme en serio. Con esa táctica me has hecho polvo y, a este paso, muy pronto me tendrás comiendo de tu mano para nutrir mi inspiración.

Sueño de septiembre

La luz plateaba las tenues gasas de bruma que se ondulaban sobre el llano. Sones cristalinos llegaban y se iban con el viento. Yo no sabía si caminaba hacia ellos o si venían del firmamento. Por la cima de la loma asomaba el tejado plano de un granero. Al principio, parecía pegado al suelo. Luego, al acercarme, fue elevándose y, debajo del tejado, surgió una construcción de madera blanca y nueva. Había en el interior largas hileras de bancos en los que se hallaba sentada una multitud inmóvil y ensimismada. Delante, de pie, formando un semicírculo, había siete músicos. Figuras esbeltas, singulares, de las que no hubiera uno sabido decir si eran hombres o mujeres, o si pertenecían a un sexo nuevo que combinaba uno y otro a la perfección.

Vestían amplias túnicas, ceñidas a las caderas con cinturones, de un tejido desconocido que continuamente cambiaba de color y de textura. Ora era una seda leve, casi etérea, ora se hacía tupida y pesada como el brocado, formando rígidos pliegues. Como obedeciendo a un pensamiento o un movimiento de los músicos, su indumentaria se trocaba en mera luz tornasolada, con adornos que aparecían y desaparecían o cambiaban de forma con rapidez.

Yo, asombrado, trataba de descubrir el secreto de aquellos ropajes, hasta que advertí que sus variaciones coincidían con

los cambios de los motivos y los tiempos de la música. Ésta salía de unos instrumentos que yo desconocía. Espirales cristalinas que giraban resolviéndose las unas en las otras, con esferas que subían y bajaban en su interior. Altos bastidores transparentes que tensaban hilos de cristal por los que se deslizaban formas romboides. Los músicos tocaban sin apenas moverse. Incluso parecía que algunos de aquellos instrumentos sonaban solos y que los músicos hacían las veces de enérgicos directores. Aquella música llegaba a lo más hondo del corazón. Mientras escuchábamos, sentíamos una fuerza irresistible que nos impulsaba hacia la búsqueda de nosotros mismos. La visión de aquellos instrumentos prodigiosos, translúcidos e ingrávidos producía admiración y beatitud. Cuando enmudecieron, se hizo un largo silencio. Luego, los oyentes se pusieron en pie y se inclinaron. También los desconocidos hicieron varias reverencias. Este mudo homenaje recíproco continuó durante un tiempo. Entonces los Siete abandonaron el granero. Cuando pasaban por mi lado, me incliné hacia adelante para observarlos. Recibí una mirada de reproche de unos ojos grandes y severos y, al momento, unos velos pequeños y tupidos cubrieron sus rostros. A varios pasos del granero ondeaba una gran telaraña extendida sobre el suelo. Los músicos se colgaron de ella como mariposas. Con un sonoro zumbido de insecto gigante, la red se elevó y desapareció en el espacio.

La noche en que entraron los ladrones

Un episodio sensacional.

Hacía poco que se había apagado el cabo de vela, a cuya luz mamá había estado ensayando hasta muy tarde los conciertos para piano de Beethoven, cuando los ladrones ya rondaban la casa. Era la hora propicia. No había luna. La familia estaba sumida en el primer sueño. Leo el Guapo cortó limpiamente un cuadrado de la persiana enrollable que debía proteger la puerta de la terraza al salón. El áspero ruidito de la sierra hizo gañir de excitación a Adebar, el pastor alemán que arrastraba una existencia de perro guardián fracasado. El animal miró con expectación a Fritz el Napia, que había metido la cabeza por la abertura y le sonreía. Con un cortavidrio, El Napia marcó un cuadrado en el cristal –que cedió con un ligero crujido– y Adebar hizo el resto. Cuidadosamente, tomó el cristal entre los dientes y lo apartó a un lado, colaboración que Emma la Centella recompensó con una salchicha ahumada. ¡Qué amabilidad la de estas personas! Los intrusos se colaron entonces por el boquete, retorciéndose como anguilas, y Adebar les dio la patita. Se encendieron lintenas y Adebar, poniendo a trabajar su sexto sentido para adivinar los deseos de los visitantes, se paró delante del aparador meneando la cola, movido tanto por el afán de hacer un favor como por el oportunismo.

Porque allí, junto a la cubertería de plata, se guardaba la ca-

ja de las galletas, que La Centella se apresuró a vaciar en la alfombra persa delante de Adebar, para que el animal se entretuviera haciendo algo de provecho. Los cacos amontonaron en un mantel todos los utensilios de mesa que encontraron, y El Guapo se llevó el fardo con todo sigilo y lo pasó por el boquete a El Barón Cojo, que lo cargó en una limusina negra, que la semana anterior era verde, y volvió paseando en la callada noche otoñal mientras se fumaba un cigarrillo. El Barón Cojo era un hombre vanidoso que cuidaba mucho su indumentaria, e incluso en una noche de trabajo como ésta llevaba bombín gris claro, pantalón a rayas y americana negra de paño inglés, ajustada al cuerpo. Tenía la sensación de que, para completar el atuendo, le faltaban unos guantes blancos de cabritilla, por lo que, a su vez, se introdujo en la casa e inició la búsqueda. Como no llevaba linterna, chocó contra un objeto que produjo un tañido claro y sonoro que iba subiendo de tono y parecía que no iba a acabar.

El Barón Cojo había tropezado con un gong chino, cuyo estrépito, no por melodioso menos intempestivo, llegó al primer piso e hizo saltar de la cama a Papá, que se ciñó un cinturón sobre el camisón, lo que le daba la sensación de estar vestido, sacó el revólver del cajón de la mesita de noche y salió a la escalera del vestíbulo, después de cruzar la habitación de Mamá gritando:

–¡Ladrones, asesinos!

Mamá, adormilada, recogió los robustos miembros extendidos sobre la cama, se puso una bata, se miró al espejo, que le mostró una figura majestuosa, y salió al pasillo, desde donde gritó hacia las habitaciones de sus hijos, Sibby y Tom, un enérgico:

–¡Niños, despertad! ¡Hay cosas que ver! –y siguió a Papá, que amartillaba el revólver y apuntaba a El Barón, en el momento en que éste salía del vestidor abrochándose unos guantes blancos. Con mirada de zorro, El Barón trató de escabullirse por detrás del dueño de la casa, que titubeaba, atónito: en su imaginación, los ladrones tenían un aspecto muy distinto. Alzó las cejas, dio un paso hacia el elegante desconocido y dijo:

–¿Qué busca usted en mi casa, caballero?

–No dispares, Papá, no te pierdas –gritó Mamá desde lo alto de la escalera, mientras El Barón se inclinaba hacia el boquete de la persiana. Entonces perdió el bombín, que fue alcanzado por un vaso de los dientes lanzado por Tom que gritaba:

–¡Papá, ese granuja lleva puestos tus guantes! ¡Dispara!

Papá, al comprobar esta circunstancia, se enfureció, dio un audaz salto hacia el fugitivo y sintió viva frustración al comprender que no podría herir a aquel sinvergüenza, porque él nunca había disparado un revólver. Mientras el vaso y el bombín rodaban por el suelo, Papá se encontró frente a una persona del sexo femenino que sostenía el extremo de un largo rollo de alfombra. Papá, recordando que estaba en camisón, bajó la mirada y la pistola, turbado, mientras la alfombra desfilaba ante él.

–¡Canastos! –gritó Mamá desde la escalera–. ¡La alfombra del comedor! ¡Papá, dispara, sé hombre!

Por delante de Papá pasó el otro extremo de la alfombra, portado por El Guapo, que, al ver el revólver que le apuntaba, sacó un largo cuchillo del bolsillo de atrás del pantalón y lo puso debajo de la nariz de Papá, con una sonrisa sardónica.

Papá no disparó, no se movió, sólo contemplaba la acción, fascinado. La alfombra salió por el boquete detrás de El Barón. La siguió, haciendo el salto de la carpa, El Napia, al que la familia percibió sólo como una sombra fugaz. Al fin, el pasmo se deshizo en un coro a cuatro voces: «¡Socorro! ¡Socorro!». Les hizo mucho bien poder gritar, a todos menos a Tom, que estaba hablando por teléfono con el inspector de policía.

–¿Sabe, señor policía? Si Papá hubiera disparado, ahora estarían todos en el suelo, pero ¿qué se le va a hacer? Papá es pacifista.

La familia oyó arrancar un coche y, al instante, sonó el alegre «tatitatá» de la policía, que paró cortésmente para dejar paso a una limusina negra que doblaba la esquina a toda velo-

cidad. Los policías entraron en la casa, se hizo café, se tomaron huellas dactilares, y todos estuvieron de acuerdo en que aquellos ladrones no podían ser otros que Los Cuatro Justos, una banda a la que desde hacía tiempo se le seguían los pasos. Al despedirse, los policías aseguraron que pondrían todo su interés en el caso, y la familia volvió a los dormitorios. Sibby, entusiasmada porque por fin había visto gánsteres «de verdad», y Tom, defraudado porque, según él, Papá no había actuado con suficiente energía. Los padres, empero, mantenían esta conversación:

Mamá: Estabas encantador con tu camisón ribeteado de rojo y el revólver... ¡Jesús...! –hundió la cabeza en la almohada y se echó a reír.

Papá (un poco ofendido): Sé de personas que admirarían mi coraje, cariño. No es tan fácil enfrentarse a una fuerza cuatro veces superior, sin retroceder.

Mamá: Retroceder no has retrocedido, Papá, lo admito, pero ellos se han largado con todo el botín. Y ahora vamos a tener que comer con cubiertos de hojalata. ¡Qué se le va a hacer! Lo que importa es que todos estamos bien.

Papá (bostezando, medio dormido): Tu indiferencia por los bienes materiales me asombra.

Mamá (medio dormida, sonriendo): ¡Pero tienes que volver a hacerme el numerito del camisón, con el pelo revuelto, los ojos saltones y el revólver! Por ejemplo, el día de mi cumpleaños, para que me ría un rato... Que descanses, León...

Idilio en la rue Mouffetard

La fina sombra de un gato joven crece, oblicua y alargada, sobre la cortina violeta. El sombrerete metálico de la chimenea que se alza junto al patinillo del hotel La Esperanza da vueltas en medio de la niebla matinal, como un negro fiscal con toga y birrete en su sitial giratorio, sobre la multitud de mendigos de la rue Mouffetard. Él y ella despiertan, callan y se pierden en el brillo de sus ojos. La frente de El Barón Negro, surcada de sombrías cruces, se alisa lentamente y se hace amigable. Mira la raya negra que emborrona los párpados infantiles de Minú, su boca joven embadurnada de rojo... suspira y, suavemente, le pone la mano en el pelo mientras dice (suena como una declaración de amor):

–¿Quieres que prepare un Nescafé?

Minú endereza el cuerpo con gesto de fatiga y trata de rezar: «...y aunque tuviéramos mil lenguas y habláramos... si no tuviéramos amor... ¡oh, alégrate, hija de Sión!».

El siseo de la llama azul que, alimentada con el resto del alcohol, arde en un infiernillo oxidado al que sólo el recuerdo de su forma original mantiene con vida, suena como el júbilo lejano e irreal de muchos niños que jugaran en imaginarios jardines estivales. Minú, tristemente, se desliza bajo la manta de caballo, tibia y raída, y cierra los ojos.

Entretanto, la rue Mouffetard se anima. Las gentes cabales

y útiles a la sociedad ya hace rato que se afanan tras las máquinas de escribir y los mostradores de las tiendas. Los carniceros cortan jugosas tajadas de carne de caballo y los aprendices sacan brillo a las cabezas de equinos de latón que relucen sobre la puerta de la Chevaline.

La carne de los pobres se adorna con escarapelas de papel charol. «¿Por qué –piensa Minú–, por qué no hay nada que libere a los artistas de la cruz de la pobreza? ¿Por qué mi marido, que parece un príncipe, ha de vegetar como un François Villon, agobiado por las deudas como un Balzac y alimentar la inspiración a fuerza de café sin azúcar? Verlaine murió en la rue Mouffetard hecho un mendigo y después –*in memoriam*– construyeron una librería en el mismo lugar. ¡Morid en la mayor miseria posible, artistas!»

La mañana extiende sobre París el delicado manto de una suntuosa piel gris, las nubes pasan rápidas sobre el nido de ladrones en el que ellos habitan: el hotel de La Esperanza, que recuerda a un enfermo desahuciado, con el pecho hundido y la espalda doblada por una incurable tos de viejo. Estos días la alacena se vacía de los últimos restos, estos días ellos se quedan echados, rotos, como escupidos por un tornado. La habitación, cada vez más violeta, parece estar fuera del tiempo. Ya hace días que se recuperó el depósito por las botellas vacías de la leche. Los amigos –sableados– se apartaron, muy a su pesar, de la pareja.

–El mundo siempre perdona a todos –susurra Minú, extenuada–, menos a los que aman.

El hornillo estaba frío y cubierto de polvo. Ya no se lavaban las camisas. Los ratones se fueron de la habitación, porque no encontraban migas. Y el fuego de su amor humeaba como una lámpara enferma.

Si no ocurre un milagro...

Sus voces no eran más que un ronco gemido.

–No puede uno quedarse echado hasta morir de hambre –dijo El Barón Negro con voz ronca.

Entonces vio la carta debajo de la puerta y leyó: «Mi querido hijo: Como te conozco, supongo que volverás a andar con calcetines de verano con este frío. Ya lo hacías cuando eras niño... Mamá».

Cuando El Barón Negro volvió de hacer la compra con el dinero que su mamá le había enviado para los calcetines de lana, Minú aún dormía.

Él le llevó a la cama vino, queso y picadillo de caballo, y ella abrió los ojos y dijo con una vocecita débil pero clara:

–Por fin nos hemos muerto y estamos en el cielo.

–Estábamos soñando –dijo roncamente El Barón Negro frotando un poco de ajo en el queso–, teníamos una pesadilla, mi Minú. Ya es hora de levantarse y ponerse a trabajar como personas de buenas costumbres.

Los ratones olieron la comida y volvieron. El cielo estaba azul aquel día de resurrección. La rue Mouffetard cantaba y una paloma blanca daba vueltas en el sombrerete de la chimenea como en un carrusel.

Tormenta en el bosque

Tom y Betty se asustaron cuando, al despertar aquella mañana, vieron un cielo amarillo y tan bajo que el bosque parecía doblarse bajo su aliento de azufre. El resplandor amarillo entraba en la casa y los cegaba. La piel, el blanco de los ojos, todo estaba bañado en aquel resplandor como de llamas amarillas que abrasaran un desierto.

El aterrador movimiento de los árboles anunciaba la violencia de la tormenta que, seca y cargada de un fuego frío, lanzaba a la tierra espadas rutilantes. Con furia sostenida, se adentraba en el bosque. Ellos oían los estampidos de los árboles al partirse, unos cerca y otros lejos. Los invadió una sensación de desamparo. Los estremecía una angustia tan viva como nunca habían sentido. Pero, al mismo tiempo, experimentaban honda admiración ante el drama que allí se representaba, con aquellos sobrecogedores estallidos de furor cada vez más fuertes. ¿No era posible que, dentro de un segundo, hubiera desaparecido la casa? ¿Y el bosque... y que hasta el mundo se hundiera? ¿Qué podría resistir esta ira de los cielos?

Sentados en la cama, muy juntos, pensaban en el padre y la madre, y uno y otro sentían el impulso de llamarlos, pero se lo impedía el orgullo, y se armaban de valor para seguir esperando lo que fuera a ocurrir, allá fuera. Hundían los dedos en el colchón, a la espalda, como si temieran ser arrastrados por la

turbulencia desatada por aquel cegador fuego del desierto, tórrido y frío, que te abrasaba o te helaba las sienes. Tenían en los labios sabor a azufre, a herrumbre, verdillo, sales y ácidos, como si todos los vapores y olores del interior de la Tierra aflorasen... y les faltaba el aire.

Los árboles, que el huracán doblaba hacia uno y otro lado, dejaban ante la ventana un vacío amarillo en el que se extraviaba la mirada. Los crujidos de la madera que se partía y astillaba resonaban en el tejado de la casa y se perdían en todas las direcciones. Entonces retumbaron los truenos, ensartándose con bronco estruendo. Los jóvenes se abrazaron sollozando, pero enseguida se avergonzaron y se echaron a reír.

–La casa se hunde –dijo Tom. Durante unos momentos, el resplandor amarillo y la luz de magnesio se alternaban con una oscuridad total, y ellos gritaban de miedo, abrazados. Sólo se tenían el uno al otro, pero tenerse sólo el uno al otro les parecía muy poco.

Todo pensamiento inspirado en el viejo orden se desvaneció. Estaban solos y perdidos en medio de esta furia. «Temporal» no era ya la palabra que pudiera describirla. «Tormenta» no era el concepto... «ruido», «luz» y «oscuridad» ya no definían lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo podían ellos escapar a esta hecatombe? Tom saltó de la cama, para pasar los cerrojos de las ventanas. Pero las ventanas saltaron de los marcos al interior de la habitación con sonido de iracundo rechinar de dientes. Betty, despavorida, le suplicó que volviera a la cama.

Ahora pensaban con anhelo en las grandes ciudades de piedra que se levantan por doquier. Allí podrías mirar tranquilamente por la ventana a la calle y decir: «Hay tormenta». Fuertemente abrazados, metieron la cabeza bajo la manta, huyendo de la luz amarilla. Se tapaban los oídos, para no oír aquel estruendo desgarrador, pero no conseguían mitigar el miedo. Hasta debajo de la manta veían sus caras iluminadas por el fuego blanco de los relámpagos y convertidas en frío mármol...

La liberación, cuando por fin llegó la lluvia, fue excelsa. Apartaron la manta y contemplaron por la ventana el día que

empezaba. Fuera caía el agua, despertando un frenesí de alegría, y ellos se pusieron a cantar, con sus voces claras y juveniles, los salmos que habían aprendido en la escuela dominical. Aquella lluvia les hacía sentirse ligeros y fuertes. Las furias se habían alejado y ahora la lluvia caía como un bálsamo sobre el rastro de devastación que habían dejado.

Luego cantaron canciones improvisadas, de lluvia y de árboles, y de sus voces se había desvanecido el horror. Inundaron la casa los aromas de la madera y la tierra mojadas y de la savia de los abetos. Ahora, con un alegre salto, el sol se precipitó en el bosque encendiéndolo con un fulgor de llamas doradas. El sol estalló en millones de soles, y ellos pensaron que fuera quizá pudiera verse el arco iris.

Se levantaron y se vistieron. Poco a poco, fue cesando la lluvia. En torno a la casa se había creado un paisaje acuático. Sobre él se extendía la paz y el frescor de una mañana de mayo. Los árboles resplandecían. De muchos de ellos colgaban ramas rotas. Las aguas se abrían paso gorgoteando y riendo, pero había placidez en el día que crecía. El mundo se hacía azul, dorado y castaño. Todo respiraba una alegría rutilante.

–¡Qué contenta estoy! –dijo Betty, y otra vez se puso a cantar.

–Hoy se podrá ir en barca por el bosque –dijo Tom.

Al salir de la casa vieron a los padres.

–¡A esto llamo yo una tormenta! –rió el padre. Estiró los brazos y los miró con ojos risueños e intrépidos. Y la madre abrazó y besó a los chicos, y toda la familia hubiera podido ponerse a bailar de alegría.

–¿Habéis visto día más espléndido? –gritó el vecino, y todos contemplaron el bosque empapado y refulgente. Sentían cómo, al calor del sol, se desvanecían los terrores de la noche y se disipaban los últimos vestigios de la angustia que había estremecido sus cuerpos. Los pájaros empezaron a moverse y a revolotear, como admirados, hasta que al fin recordaron que no eran mudos. Y empezó una algarabía de trinos...

Una boda en el bosque

–Bonito carro, Tom –dijo el cura–. ¿Lo has hecho tú?

Tom asintió. Estaba tan turbado como Betty, que acababa de convertirse en su esposa. Tenía en la mano un papel en el que, en grandes caracteres, estaba escrito el versículo del matrimonio: «¿Dónde están ahora aquellos sentimientos de alegría? Porque yo mismo testifico que, si hubiera sido posible, os habríais sacado los ojos para dármelos» (Gálatas, 4:15).

El cura asió la mano del joven que, a sus veinte años, aún parecía un adolescente. Le miró atentamente a los ojos, que le parecieron angustiados.

–No tengáis miedo, criaturas –dijo afablemente.

El bosque en el que se adentraron tenía aquellos días un aire tropical. La bruma se elevaba de los charcos que, en los claros, se evaporaban al sol. En torno a los troncos podridos de los árboles muertos gorgoteaba el agua de las charcas pobladas de ranas. De ellas brotaba un parloteo irritante que sonaba como roncos gritos de ahogados. Tom amaba el bosque y deseaba mostrar a Betty todas sus maravillas, como los cementerios de árboles que, a una cierta luz, parecían viejos monumentos, columnas de culturas desaparecidas. En el bosque tenían su hogar cazadores, carboneros y ovejeros. Tom era cazador y vivía de la venta de las pieles. Se sentía libre y feliz.

Pero ahora no acababa de creer que hubiera podido con-

seguir a una esposa como Betty. Ella cumplía hoy diecisiete años. Llevaba el vestido de novia de su madre, que le daba un aire digno e infantil a la vez. Tom no sabía cuándo debía darle el primer beso. Nunca habían estado a solas. La vieja casa de madera que Tom había heredado de sus padres, muertos prematuramente, estaba en medio del bosque. No tendrían vecinos.

Llevaron el caballo a la cuadra, construida detrás de la casa, y entraron en la cocina. Betty, tímida y callada, se sentó en el banco, al lado del hogar, y leyó una vez más el versículo del matrimonio. Tom le tomó el papel de la mano delicadamente, lo llevó al dormitorio y lo clavó en la pared, encima de la cama. Betty sacó el gran pan blanco del arca que le había dado su madre. Le quitó el paño que lo envolvía y lo dejó encima de la mesa. Al lado puso los regalos para su esposo: una bufanda de suave lana blanca que ella misma había tejido y un relojito de música pintado.

Después encendió el fuego y Tom destapó un cántaro de vino. Sacó de la alacena una liebre asada, pan y mantequilla, y arrimó el vino al fuego. Cuando Betty llevó los platos a la habitación, se admiró al verla tan bonita. Tom la había adornado con piedras y raíces raras, plumas de ave, pieles y flores secas. Cuando él entró con el vino caliente perfumado con clavo y limón, pasó junto a su esposa con cautela, sin rozarla siquiera. Betty sirvió la carne y Tom llenó los vasos y bebieron.

Mientras miraba como él se bebía todo aquel gran vaso, ella volvió a levantar el suyo y lo vació a su vez poco a poco, sintiéndose persona mayor. Después, los dos, como movidos por un mismo pensamiento, se inclinaron por encima de la mesa el uno hacia el otro. Antes de besarse, cerraron los ojos con fuerza. Luego se sentaron, suspirando y tratando cada uno de ocultar al otro que estaba temblando. El vino corría por su interior, y era como un repique de campanas.

–Ahora hay que comer –dijo Tom en voz baja, con sensatez. Pero pronto volvieron a olvidarse de la comida. Se miraban sin pestañear, mudos. Ahora se sentían como dos desconocidos.

Estaban confusos y anhelantes. Cada uno sabía que el otro llenaría toda su vida. Tenían los labios entreabiertos de asombro. Sentían vértigo. El futuro sólo podía ser la prolongación de esta primera hora. El bosque ya no tenía salida. Desde este momento, ellos permanecerían en su corazón oscuro y verde.

No advirtieron que se hacía de noche. La luz de la vela no llegaba lejos. Se reflejaba, roja y redonda, en la cuba que recogía el agua de lluvia, como si al pie de la oscura ventana asomara un fuego subterráneo. Esperaron, fatigados, hasta que se consumió la vela y, cogidos de la mano, cruzaron la oscura habitación hasta la tarima sobre la que, como en un cuento de reyes, se levantaba una cama cubierta de hermosas pieles.

En la negrura de la quieta habitación, ella se quitó el blanco vestido que cayó al suelo como nieve. Juntaron las frentes, respirando cada uno el aliento del otro. Se levantó un viento que sonó con fragor de catarata. Poco a poco, la casa se transformó en una embarcación que, lentamente, se hacía a la mar. Un oscuro sortilegio los envolvió. La mano de uno parecía trocarse en el pie del otro, el fuego de una mirada hacía ceniza al otro. Era como un viaje a lo más hondo de la Tierra.

Por la mañana les parecía que estaban de rodillas en la palma de una mano gigantesca que los presentaba al mundo y les mostraba su infinita belleza. Encendieron el fuego, sacaron tazas y, cada vez que se encontraban por la casa, se abrazaban y se separaban sonriendo: «Soy tan feliz –decían–, soy más feliz que nunca».

Durante todo el día estuvieron apareciendo en la ventana caras bronceadas y caras ennegrecidas que anunciaban su visita para el anochecer. Cuando se puso el sol, llegaron pastores y carboneros con regalos, y se acomodaron en la habitación. Tom y Betty estaban sentados en su cama elevada y cubierta de pieles, cogidos de la mano. A veces, la pareja conseguía aparentar que llevaban casados mil años, pero a los viejos y amables visitantes que estaban a sus pies y los miraban con franca admiración les parecían aquellos célebres príncipes de la leyenda que eternamente van al encuentro el uno del otro.

Dos caballeros van de caza un día de niebla

–No se ve nada –dijo Mr. Pillow, malhumorado, alargando el cuello en medio de la niebla. Entre los árboles se espesaba más y más, en el aire saturado de humedad, aquel vapor lechoso en medio del que, a veces, se golpeaban la cabeza contra un tronco invisible.

–Deberíamos esperar –gruñó Mr. Pillow, al que irritaba el silencio de Mr. Flipp–. Buabuabuá –hizo de pronto, disfrazando la voz arteramente, para asustar a su compañero. Y, en efecto, Mr. Flipp, dio un respingo. Pero, al advertir que sólo era una broma que se había permitido Mr. Pillow, se vengó profiriendo, a su vez, un «Uuituuituuit» en un falsete agudo y amenazador. Mr. Pillow dio un brinco de lado y tropezó con lo que parecía un fantasma que había surgido súbitamente de la niebla a su izquierda. En el mismo momento, Mr. Flipp profirió un «¡ay!» al sentirse aprisionado por unos brazos. Simultáneamente, Pillow notó que lo asían por el cuello, y ambos pidieron socorro, hasta que Mr. Flipp descubrió con asombro que tenía entre los dedos el cuello de la pelliza de Mr. Pillow. Entonces calló y ambos siguieron caminando a tientas, confusos y avergonzados.

–Tiene que estar por aquí, en la hondonada –dijo Mr. Pillow y, como Mr. Flipp, que no veía nada, no respondiera, agregó, con impaciencia–: Si se viera algo, sabríamos si estamos en la hondonada.

De pronto, Mr. Flipp le rodeó el cuello con los brazos, y también Mr. Pillow se agarró con fuerza a su amigo: algo había empezado a crujir. Al principio suavemente y, después, con más fuerza. Era algo que crujía, brincaba y bailaba, pateaba, se retorcía y resoplaba, y sonaba en sus oídos como una furiosa manada de búfalos.

–De ordinario... –gimió Mr. Flipp, con la blanca barba oculta bajo la solapa de la pelliza de Mr. Pillow–. De ordinario, a esta hora acostumbro leer el libro de cánticos. Oh, Mr. Pillow, de verdad, esto es demasiado fuerte para mí, ya siento un peso en el estómago –y, con estas palabras, fue a dar media vuelta para marcharse, pero Mr. Pillow lo agarró firmemente del abrigo:

–Eso era sólo un ciervo a-sus-sus-tado, querido Mr. Flipp. –infundiéndose ánimo, se irguió y dijo–: Si no me equivoco, mi querido amigo, ya hemos llegado. Ahora, en primer lugar, vamos a comprobar la herramienta –de mala gana, Mr. Flipp sacó la herramienta del bolsillo del húmedo abrigo: ¡un cuchillo! Mejor dicho, un cuchillito, que había utilizado toda la vida para cortar cebollas y salchichas, las uñas y las escobillas de la pipa. Mr. Pillow lo tomó, lo agitó en el aire y dijo con decisión–: ¡Yo lo haré! –y otra vez hizo una finta con el cuchillo. Entonces el tornillito que sujetaba precariamente la hoja al mango saltó y se hundió a sus pies en el mar de niebla.

Suspirando, los dos caballeros se arrodillaron y empezaron a buscar entre la hierba, palpando cada brizna. Estuvieron gateando y jadeando, uno al lado del otro, hasta que Mr. Flipp extendió la mano y dijo sonriendo:

–Mire, Mr. Pillow, ahí está –ante ellos se deslizaba lentamente una negra babosa, con el tornillito en la espalda–. ¡No, no! –Mr. Flipp sujetó a Mr. Pillow–. Déjelo, amigo mío, es una señal del cielo, ya sabía yo que, a mis años, no debía volver a matar –y agregó en tono sentimental–: ¿No le parece que la vida es asombrosa... extraña...? –la babosa iba hacia un montículo de musgo en el que, lentamente, desapareció.

Mr. Flipp señaló el montículo con un ademán elocuente y dijo a Mr. Pillow, que miraba hacia allí sin parpadear:

–Vamos a cenar, amigo mío.

Mientras comían y bebían, se levantó la niebla y vieron aparecer las estrellas, y cuando salió la luna, oyeron un grito lastimero que sonaba cerca, como si estuviera a su lado.

–Pst –hizo Mr. Pillow, tenso–. Es él, lo juraría.

–No, Mr. Pillow –dijo Mr. Flipp solemnemente–; yo no soy un asesino. Bajo ningún concepto.

–Pero recuerde lo que nos hizo –porfió Mr. Pillow. Ambos pensaron con tristeza en su querida Louise que hasta hacía tres semanas compartía con ellos su soledad. Mr. Flipp se levantó y cerró la mochila.

–Venga conmigo, Mr. Pillow –dijo con suavidad–. Vamos a verlo.

El joven zorro tenía levantada hacia la luna su carita clara y afilada. Su lamento era tan lastimero como si no hiciera sólo apenas cinco minutos que estaba atrapado.

Los dos amigos se agacharon delante de la trampa que habían confeccionado laboriosamente durante las últimas semanas y que parecía una pajarera de fantasía.

En los ojos amarillos del zorrino, muy abiertos, había puro terror. Mr. Pillow extendió la mano y, lentamente, se la puso en la cabeza al animal.

–Tú, escúchame –le dijo–, ¿te das cuenta de lo que nos has hecho? Ahora presta atención. Ahora tenemos otra gallina. Ésta se llama Karoline. Escucha bien lo que voy a decirte: por el nombre de la difunta Louise, a la que tú tienes sobre la conciencia, te juro que morirás si otra vez te atreves a... ya sabes a qué me refiero –el zorrino, que quizá no entendía muy bien lo que le decían, pero temblaba bajo la mano del hombre, agachó la cabeza, como si esperase la muerte. Entonces la trampa se abrió y, tan pronto como él se dio cuenta, ya había desaparecido.

Cuando, al poco rato, llegaron a casa y encedieron la lámpara de petróleo, vieron a Karoline que los miraba desde lo alto del armario, muy ofendida. Al momento, con quejumbroso cacareo, se puso a contarles una historia espeluznante adelan-

tando el cuello para mostrarles la calva cabeza. Mr. Pillow y Mr. Flipp se miraron, petrificados de horror. Mr. Flipp señaló las plumas esparcidas por la habitación.

Contrito, Mr. Flipp envolvió a Karoline en una manta y la puso en el cesto, al lado de la estufa. Los dos hombres, apesadumbrados, se acostaron y apagaron la lámpara. Pero a Karoline le parecía que un hecho semejante no se podía silenciar y seguía protestando desde su cesto.

–Sí, pequeña –dijo Mr. Flipp con voz apaciguadora en la oscura habitación–, te comprendemos. Ahora duerme. Te juro que no volverá a ocurrir.

–No puede volver a ocurrir, Karoline –dijo al cabo de un rato Mr. Pillow desde debajo de la manta. Y, sonrojándose en la oscuridad, agregó–: Has de saber, Karoline, que ya está muerto.

–Muerto y bien muerto –corroboró Mr. Flipp–. Lo hemos matado con nuestras propias manos.

Entonces Karoline se tranquilizó. Y, cuando la oyeron adormecerse, también Mr. Pillow y Mr. Flipp cerraron los ojos.

Una niña en primavera

Hacía poco, la primavera había anunciado su llegada con un trueno potente. Aquel día, una luz amarilla y hosca se pegaba a los tejados de París. La niña, asustada, miró por la ventana, pero vio que las oscuras nubes se abrían como sucias cortinas y que una maravillosa luz azul y dorada inundaba toda la ciudad. Y los parisienses dijeron: «¡Ha llegado la primavera!».

A la mañana siguiente, la niña despertó con la certeza de que había sucedido algo especial. El oxidado termómetro que estaba frente a su ventana ya marcaba veinticinco grados. Entonces ella lo limpió con su pañuelo, para que pudiera volver a verse con claridad todo lo que tenía grabado y, en especial, la columna plateada. Aquella mañana, la niña tenía la boca llena de preguntas, porque estaba convencida de que la primavera* era un hombre, tan apuesto como el del cuadro que sus padres tenían sobre la cabecera de la cama, que caminaba por el campo rodeado de niños, con la rizada melena al viento y los brazos extendidos de los que caían flores. Así, tal como estaba allí pintado, esperaba ella verlo hoy.

Con esta ilusión, se vistió cuidadosamente, y peinó su melenita de niña con esmero. Mientras la madre le abrochaba el botón olvidado, ella tomaba la sopa del desayuno haciendo

*En alemán, primavera *(der Frühling)* es del género masculino. *(N. de la T.)*

mohines de gata remilgada, como si comer en un día semejante fuera una falta de educación. De vez en cuando, miraba hacia la ventana, como si ya hiciera rato que estaba en camino... hasta que consiguió escapar a su habitación, donde, de cajitas y escondites, sacó las cosas especiales que deseaba que hoy la acompañaran. En su elección se guiaba sólo por su sentido de la belleza, porque ella –al igual que muchos sabios– sentía predilección por las cosas que no sirven para nada, las cosas que uno quiere precisamente porque no tienen utilidad. Entre otros objetos misteriosos, la niña tomó, naturalmente, las seis barritas de madera, lisas como la seda, que le regaló el carpintero que había estado trabajando en la casa.

Despacio, con la mano en la barandilla, bajó la escalera oscura y fresca, y se apartó prudentemente para dejar pasar a un chico que bajaba en tromba. En este momento, nada temía ella tanto como algo que turbara su solemne disposición; porque realmente solemne era ahora su ánimo, como si fuera a entrar en una vida nueva. ¡La calle resplandecía! Globos de colores, quizá más de cien, se mecían en la estrecha calle como al son de una música. Entonces, por su lado pasó, lento y callado, un joven vestido con un frac rojo. Ella ya empezaba a pensar que el joven podía ser la primavera cuando descubrió el enorme tubo de pasta de dientes que llevaba en la gorra. «Coma ajos, señora», gritaba Jacques, el de la pata de palo, en la esquina... lo mismo que todos los días. Ella le sonrió. Hacía tiempo que lo conocía, y conocía también la maleta de cartón marrón que tenía a los pies, llena de cabezas de ajos. Pero, en el suelo, al lado de la maleta vio una mandolina adornada con deshilachadas cintas de colores. Jacques se agachó, tomó delicadamente el instrumento entre las manos y, mirando a la niña, se puso a tocar unas notas cristalinas.

Entonces la niña vio cómo Jacques se transformaba. Ella conocía bien su cara, siempre triste y demacrada, y ahora, de pronto, estaba joven y sin aquella pena. Las cintas le colgaban sobre el brazo, resplandeciendo al sol. Ya no se veían los rotos de la chaqueta. Debía de ser la música que Jacques improvisaba lo que hizo sentir a la niña que ya había llegado a su destino. Toda su curiosidad por las cosas de la calle, todo el afán de seguir mirando en derredor, se habían desvanecido. No se dio cuenta de que venían otros niños y, casi como en un sueño, se unió al cortejo que siguió a Jacques cuando él abandonó la esquina. Quizá, quién sabe, para entrar en algún sitio a tomar un trago. ¡Y ella detrás, con toda la chiquillería! Jacques tocaba, sus rizos negros brincaban y las cintas de colores ondeaban sobre su brazo. Los demás podían pensar lo que quisieran, pero ella iba de paseo detrás de su primavera.

Encuentro en la valla

La mañana de su séptimo cumpleaños, la niña cruzó el jardín empujando el cochecito de muñecas nuevo y, dejando los senderos soleados, se metió en las grutas que se habían construido a lo largo de la cerca entre los arbustos y la maleza. Allí oyó una voz que sonó de repente tan cerca que, asustada, quiso sacar otra vez el cochecito a la luz, pero el miedo y la curiosidad no le dejaron dar ni un paso.

Entonces distinguió a un hombre que estaba de pie delante de la cerca. No podía verlo claramente, sólo veía que llevaba una chaqueta de lino amarilla y... tenía dientes de oro, que le relucían al hablar. El hombre, pasando la mano por entre las maderas de la cerca, le dio una manzana roja, diciendo tan sólo que era un regalo que le hacía su hijo. Y el hombre se fue. Ella metió en el cochecito la manzana –que estaba adornada con una cinta de seda, como si fuera un huevo de Pascua–, tan apresuradamente como si ya hubiera comprendido que no debía aceptarla.

Mientras iba hacia la casa, pensaba en aquel niño extraño y pálido que a veces la miraba, muy quieto, a través de la cerca cuando ella jugaba en el jardín. Tenía el pelo rubio, muy largo y bien peinado, y las manos siempre limpias y vacías. Y, si alguna vez sus ojos se encontraban, él rápidamente desviaba la mirada. Ella no sabía por qué tenía prohibido hablar con él. Así

pues, aquel hombre era el padre. Del que los mayores siempre hablaban cuchicheando.

–¿Quién te ha dado esa manzana? –preguntó la madre.

–Me la ha dado el hombre... del otro lado de la calle.

Y después, cuando fue a buscarla, la manzana había desaparecido. Ahora la niña había descubierto que en este mundo es casi imposible esconder algo.

Después del almuerzo, como siempre, la niña tuvo que ir a la cama. Pero aquel día tenía un plan. Cuando la casa quedó en silencio, ella salió con sigilo. Un poco excitada, como una pequeña aventurera audaz, se acercó a la valla del jardín prohibido y, casi con un escalofrío, leyó las amenazadoras palabras de los letreros blancos: ¡Cepos! ¡Pistolas trampa! ¡Perros fieros!

Desde luego, todos decían que aquello era una broma estúpida para meter miedo. No obstante, mientras iba hacia la casa por el sendero de grava, la niña levantaba bien los pies a cada paso. Allí estaba el niño. Como si la esperase. Sólo que no le dijo ni una palabra, a pesar de que con el pensamiento ya había hablado con ella muchas veces. Pero la tomó de la mano, tan contento que casi le daba vueltas la cabeza. Entonces, delante de la niña apareció de pronto el hombre y ella recordó todas las cosas inquietantes que había oído de él: estafador, cazador de herencias... ¿y no le habían llamado hasta «asesino»? El señor Plötz, el cartero, sabía bien que aquel hombre tenía a su esposa encerrada en el sótano, y el carbonero hasta la había oído gritar.

La niña estaba temblando, no se atrevía a levantar la mirada y no apartaba sus ojos horrorizados de una pequeña cara de diablo, horrible, con cuernos, la nariz aplastada y una sonrisa escalofriante. Ahora, ahora vendrían los perros negros del infierno a devorarla. Ya le parecía sentir cómo le clavaban los dientes en los tobillos para comerle los pies, ya oía crujir los huesos... ¡qué espanto!

La alucinación no se disipó hasta que, al fin, ella levantó la mirada del medallón en forma de cara de diablo que colgaba

de la cadena del reloj de aquel hombre y lo vio claramente por primera vez.

–¿Has venido a escondidas? –preguntó él amistosamente–. Me parece que eso no está bien –y entró en la casa sonriendo. También la niña sonreía, porque ahora sabía perfectamente –sin duda, ella era la única– que él era un buen hombre. Mucho más bueno que todos los que ella conocía. El niño la tomó de la mano otra vez y la llevó al escondite de sus tesoros. Ella se tumbó en la hierba a su lado, y los dos miraron en el hoyo de debajo de la escalera donde unos vidrios rotos relucían al sol como piedras preciosas y una reseca rana arbórea parecía un rey sentado en su trono.

Entonces la niña oyó la voz angustiada de su madre que la llamaba, mientras la buscaba por todas partes. Los niños cerraron fuertemente los ojos un momento, como si desearan que nadie pudiera encontrarlos, pero la niña tenía ya suficiente experiencia como para saber que siempre tienes que volver a casa, estés donde estés. Sin decir una palabra ni mirar al niño, abandonó rápidamente el «jardín prohibido». No acababa de comprender por qué tenía que ser así y, ya por el camino, le parecía que todo había sido un sueño.

Deja que se vaya

Aquella tarde ella estaba sentada en un rincón, muda y enferma, mientras él hacía la maleta. Apresurada y desordenadamente, fumando, olvidando el cigarrillo que había dejado por ahí y encendiendo otro. Bebía el aguardiente como si fuera una medicina contra la desesperación, ya llevaba media botella, y su cara estaba cada vez más crispada. Ella oyó el chasquido de las cerraduras de la maleta.

–¿Vienes a la estación? –preguntó él con una voz áspera e indiferente.

Salieron a la calle. Él paró un taxi y atravesaron la ciudad invernal que, bañada por el rojo sol de la tarde, estaba más bonita que nunca. En la estación los distrajo el bullicio de la gente. Él fue a comprar revistas para el viaje y ella se quedó vagando por el vestíbulo. Una vagoneta de equipajes estuvo a punto de atropellarla.

Cuando él volvió, ella le dio una tableta de chocolate que él se guardó en el bolsillo sin decir palabra. El tren ya había entrado. Subieron y él ocupó un asiento. Ella se sentó en la butaca, debajo de la maleta, como si la que se iba fuera ella. Él miraba por la ventanilla del compartimento. Todo su afecto se había convertido en una indiferencia glacial. No tenían nada que decirse. Ella sólo dijo:

–¿No será mejor que me vaya?

–Si tanta prisa tienes por perderme de vista, no te entretengas –respondió él lanzando las palabras por encima del hombro, sin mirarla.

Pero ¿cómo habían podido llegar a esto? ¡Ellos que eran tan felices, que habían compartido tantas cosas! Ella se perdía en el caos de los últimos días. ¿Qué había sucedido en realidad? Tampoco quería pensar en ello. Una familia numerosa llenó el compartimento. El hombre miraba fijamente el inexorable avance de la saeta del reloj del andén.

«Ya ni sé cómo se llora», pensaba. El revisor venía por el andén, cerrando puertas y gritando: «¡Viajeros al tren!». La mujer se sobresaltó y, sin decir nada, salió del compartimento. Reapareció delante de la ventanilla y, levantando los brazos con ademán de desamparo, lo miró. El tren arrancó. Él se volvió con expresión de horror hacia la puerta y saltó del tren. Tropezó con el revisor, que le gritó:

–¡Esto está prohibido!

El hombre respondió con voz temblorosa que se había equivocado de tren y fue hacia la mujer, que no lo había visto acercarse y lloraba sentada en un banco.

Él le tocó suavemente el brazo.

–Es la hora de ir a hacer la compra –dijo suavemente, como le había dicho todas las tardes... durante muchos años.

–¿Y la maleta? –peguntó ella, por decir algo.

Él miró el tren que se alejaba.

–Deja que se vaya... –gruñó–. Ahora ven, antes de que cierren las tiendas.

Hasta que estuvieron en la calle, caminando por los lugares de siempre, no comprendieron claramente que seguían juntos.

–Cuánto te quiero –dijo él en la carnicería, mientras compraban un cuarto de kilo de jamón cocido.

Camino de casa, se asían de la mano con fuerza. No se soltaron ni cuando él abrió la puerta. Y al día siguiente, cada vez que uno salía de la habitación miraba al otro y le decía:

–Enseguida vuelvo.

El miedo a perder al otro los había hecho cautos.

La táctica de Pagniolle

Al lado de Pagniolle, que había bebido más de la cuenta, estaba sentada una muchacha, y él le apoyaba pesadamente la cabeza en el hombro y murmuraba plácidamente:

–Ah, qué bien, qué cansado estoy... Ah, vamos a hacer por fin algo grande... Tendríamos que robar algo, todos juntos... marcharnos y empezar algo nuevo... que fuera más hermoso que todo lo que hemos conocido. Pero en la nueva tierra ha de crecer mucha hierba, para que podamos plantar tiendas.

«Aquí se está blando, se está caliente y huele muy bien», pensaba Pagniolle, mientras la muchacha lo peinaba con los dedos y apoyaba con fuerza el hombro en el hombro de él.

Ya era tarde y la mitad de las mesas estaban vacías. En la pista, un hombre alto y aburrido jugaba con su mujer como con una muñeca. Pagniolle y sus amigos los miraban y se reían.

El hombre, cuidadosamente, puso cabeza abajo a la mujer y le preguntó con interés si le gustaba el mundo desde esta perspectiva. Ella se rió con buen humor, mientras trataba de sujetarse el vestido a las piernas con las dos manos. Miró al hombre de abajo arriba y dijo que ya era suficiente. Él asintió y, con soltura y delicadeza, la puso otra vez de pie.

Marido y mujer se sonrieron con tolerancia.

No muy lejos de ellos estaba sentada una mujer que miraba ante sí con calma. La mujer pensaba en la cara de Pagniolle.

Él se hallaba detrás de ella, lejos, al lado de la muchacha con la que había estado bailando toda la noche, y no apartaba la mirada de la nuca de la mujer, mientras conversaba seriamente con sus amigos, casi rozando los labios de la muchacha que estaba a su lado.

Mientras él miraba desde lejos el cabello de la mujer, que se dividía en la nuca y descansaba sobre los hombros, entrecerró la mano derecha formando un pequeño cuenco y dibujó con ella una caricia en el aire.

Y entonces Pagniolle se estremeció, porque su mano sintió intensamente el roce de aquel cabello lejano.

A una mesa situada entre la de Pagniolle y la de la mujer inmóvil se sentaban unos norteamericanos.

Él se mantenía muy erguido en la silla, anguloso y enjuto, como el árbol que ha vivido siempre en clima tórrido y sin viento. Sin cambiar de postura, dijo a su mujer que se dedicaba a observar a las personas de alrededor:

–Todo lo que ese Pagniolle dice y hace esta noche no está destinado a la muchacha a la que se dirige, ¿no te has fijado?, sino a esa mujer de ahí delante. Aún no se ha acercado a ella, pero me parece que irá después, cuando esté aún más cansado. No quiero perderme ese momento, porque valdrá la pena.

Su esposa volvió lentamente sus ojos miopes hacia la mesa de Pagniolle y luego siguió la dirección de la mirada de su marido, que observaba a la mujer de la mesa más alejada.

–Oh, John –dijo–, ahora mismo no sé de qué me hablas, pero avísame de todos modos.

Y siguió mirando a los dos ancianos vestidos de esmoquin que estaban sumidos en un extraño juego con vasos, fósforos y cucharillas que iban moviendo pieza a pieza, tras larga reflexión, sin decir palabra.

–Triunfo –dijo uno en aquel momento, a lo que el otro, titubeando, respondió:

–Paso.

–Pagniolle irá ahora –dijo el americano–. Ya se ha olvidado de todo lo que le rodea... se lo noto en la mirada. Se sentará a

su lado, sin decir nada. Al cabo de un rato, le apoyará la cabeza en el hombro, como a él le gusta, y dirá: «Ah, qué cansado estoy, y me parece que he bebido demasiado».

En efecto, Pagniolle se levantó. Apartó suavemente las manos de los amigos que trataban de retenerlo. Al fin ellos desistieron y lo siguieron con la mirada, y en sus rostros, vueltos hacia el que se alejaba, se reflejaba el orgullo que les inspiraba su célebre, extraordinario y sorprendente amigo Pagniolle. «¡Mírenlo... qué ocurrencias tiene! ¿Qué irá a hacer ahora?»

Entretano, la música seguía sonando como había sonado durante toda la noche, y las parejas, perseverantes, seguían su baile sin fin.

Estaban sudorosas, y el placer que les producían sus rítmicos movimientos fijaba poco a poco en sus rasgos una expresión alelada.

Pagniolle se apoyó ligeramente en el borde de la mesa de la mujer y la miró un momento en silencio.

Después, rápidamente, se sentó a su lado.

El americano oprimió el brazo de su esposa y los dos miraron hacia la mesa.

Pagniolle apoyó la cabeza en el hombro de la mujer rozándole el cuello con el pelo. Ella no se movió.

Pagniolle no le habló de lo cansado que estaba ni del vino que había bebido. Levantó la mano y le rozó las puntas del cabello con los dedos.

–Me parece que nunca había visto cosa igual –dijo el americano–. Ni siquiera al mejor de los actores.

–Desde luego –respondió su esposa, y apretó ligeramente las comisuras de los labios, para no bostezar–, desde luego. Y no entiendo cómo lo consigue, porque lo hace a la vista de todos y, sin embargo, no descubre el secreto. Me gustaría saber cuántas personas hay en esta sala que lo hayan visto y sin embargo... ¿Tú qué crees, John, lo entenderá ella misma?

Apenas hizo esta pregunta la americana cuando la muchacha con la que Pagniolle había bailado aquella noche se acercó rápidamente desde el fondo de la sala a la mesa silenciosa

y, asiendo a Pagniolle de ambas manos, tiró de él con tanta brusquedad para ponerlo de pie que hizo que se tambaleara y tuviera que apoyarse en ella un momento.

La mujer permaneció sentada sin moverse, mientras Pagniolle y la muchacha ya se habían mezclado con los que bailaban.

Siguió una pieza larga y apasionada durante la cual Pagniolle mantuvo a la muchacha fuertemente abrazada sin mirar ni una sola vez a ninguna de las personas que estaban en la sala.

Muchos eran los que observaban a la pareja, que se había quedado sola en la pista de baile.

Todos estaban pendientes de Pagniolle, que, con una sonrisa en los labios y la mirada extraviada, aceleraba el ritmo de sus movimientos. Al fin la pareja se soltó, y él y ella bailaban separados, y los espectadores les hicieron corro y batían palmas al compás.

La americana sacó unas gafas del bolso y se las puso rápidamente. Pero no miró a los bailarines sino a la mujer que estaba sola en la mesa.

–Tiene la cara triste –dijo a su marido–. Fíjate, no sabe nada de la táctica de Pagniolle. ¡Es una pena! John, me parece que deberías sacarla a bailar.

Su marido se levantó inmediatamente, muy rígido, digno y viejo; se acercó a la mujer. Se inclinó y la invitó a bailar.

Pero ella no podía apartar la mirada de aquella única pareja. Entonces él levantó su mano vieja, ligeramente perfumada de lavanda, hasta la cara de la mujer y, con delicadeza, le puso los dedos delante de los ojos.

Ella movió la cabeza negativamente.

–Deje... no me importa... lo que veo.

Él la tomó del brazo y la llevó al bar.

Mientras le hablaba de sus perros y de su jardín, el hombre cuidaba de que ella se bebiera varias copas, una tras otra. Ella le miraba a los ojos, sorprendida y agradecida.

«Tendría que intentar explicárselo», se decía el americano y, mientras pensaba en cómo empezar, sintió una mano en el hombro.

Al volverse, vio la cara pálida y extenuada de Pagniolle. Éste se sentó entre los dos y tomó un trago.

–Realmente, deberíamos hacer algo grande... pero nadie quiere decirme qué... –empezó, y entonces miró a la mujer, levantó las dos manos hasta la altura de su cara y dibujó en el aire su contorno, sin tocarla. Luego, rodeó con el brazo los hombros del americano y preguntó–: ¿Y usted, caballero? ¿Tampoco usted puede decirme qué cosa extraordinaria podríamos hacer?

El americano tenía muchas ideas brillantes de grandes cosas que debían hacerse, y expuso detalladamente sus planes a Pagniolle, mientras seguían bebiendo con tesón.

Desde el primer momento, Pagniolle se sintió cautivado por las fascinadoras majaderías que se proponían el uno al otro. Mientras hablaba y escuchaba, tenía la cabeza apoyada en el hombro de la mujer, que no lo miraba ni prestaba atención a lo que ellos decían... y permanecía quieta entre los dos hombres, pensando en la cara de Pagniolle.

Encuentro en el bosque

La negra charca llamada Lago del Infierno estaba en la parte baja del selvático parque. Agujas de abeto de muchos años, olorosas y compactas, alfombraban los senderos. Los patos silvestres se deslizaban por el agua. Las arañas de la cruz tendían sus telas de un lado al otro del camino. Una densa fronda de hojas formaba un tupido techo. Cortaban el paso los troncos de los árboles derribados por la tormenta. El aire, cálido y aletargado, está impregnado de olor a hongos y a trébol. Un pico carpintero repica y calla, y vuelve a oírse alboroto de patos en el agua. Susurra la hojarasca removida por el sapo que salta de la piedra caliente, alarmado por el sonido de los pasos. Se ha derrumbado un árbol, con un tronco enorme, unas raíces que llegan hasta los caminos altos del parque y una copa que cuelga sobre el agua. Nos sentamos y nos quedamos escuchando. Los sentidos se agudizan en la calma que nunca se aquieta, poblada de mil formas de vida.

Algo se acerca. Avanza, jadea... algo cobrizo que se abre paso con vigor... y ahí está: un zorro. La cara afilada, casi blanca. Ya ha llegado a nuestro tronco. (¡Es raro que no nos haya olfateado!)

Qué bien armoniza con los distintos verdes de la orilla la pincelada audaz de su bello manto rojo.

Apoya las patas delanteras en el tronco y toma impulso:

quiere subir. Pero ahora nos huele, levanta rápidamente la carita y nos mira. Durante unos segundos, nuestros ojos se encuentran. Mirada de ámbar, dura y nítida.

Esta extraña y sostenida observación mutua tiene un encanto que sobrecoge. No lo tiene para él, cuyo miedo al ser humano es palpable. Bruscamente, salta girando en el aire con una pirueta frenética, cae, se endereza, resopla, contrae el cuerpo y escapa. Se agitan a su paso los juncos de la orilla y las hojas de la ladera. Un leve rastro de matas temblorosas señala la trayectoria de su fuga.

Las fabulosas experiencias de un gran comerciante

Su familia se regía por el principio de recoger y multiplicar. «Recoge los bienes –le decía su padre, cuando era niño–, recoge los bienes que la vida te otorgue por tu laboriosidad y tu inteligencia y multiplícalos. Porque el hombre vive para recoger y multiplicar.» Él escuchaba reverentemente, pensando que era una gran suerte ser educado en un orden tan respetable. Cuando murieron sus padres, se casó con la hija de la vecina y mandó derribar la pared que separaba una vivienda de la otra (con lo que, sin gran dispendio, consiguió una casa espaciosa y señorial).

Extendió sus negocios más allá de la ciudad, hasta abarcar todas las ciudades del país y, después, más allá de las fronteras, y tejió una red comercial que abarcaba casi todo el mundo. Su habilidad crecía y sus cuentas bancarias aumentaban. Exhortaba al ama de su casa a economizar rigurosamente, en todo salvo en la comida, ya que su cerebro de comerciante debía estar bien alimentado para poder funcionar correctamente.

Los ojos soñadores de su hijita lo inquietaban, y le mandaba hacer números, para que ocupara el tiempo en algo útil.

–Cuando sepas contar y calcular –le decía–, descubrirás que tienes menos muñecas que la hija de la vecina, y esto despertará tu ambición por tener tantas muñecas como tiene ella o más, porque siempre es importante tener más que el vecino,

esto aumenta la seguridad en uno mismo y la autoestima.

Un día el comerciante enfermó y, presa de un extraño temor, quiso empezar una conversación con Dios. Pero tardaba tanto en llegar la respuesta de Dios, un rumor lejano que creciera en el silencio de su habitación, que el comerciante, impaciente, desistió y separó las manos.

Descuidaba su físico. Sólo le parecía importante rasurarse la cara y perfumarse el pelo. Engordaba, tenía la piel mate y arrugada por falta de aire puro y de agua, el abdomen le crecía a la par que las cuentas bancarias, una papada imponente le colgaba hasta el pecho y los ojos se le hundían en masas de grasa. Sentado en su sillón como en un trono, gobernaba los negocios desde su escritorio. Continuamente entraba y salía de su despacho un pequeño ejército de empleados que lo mantenía al corriente de la marcha de sus transacciones en todo el mundo. Un día, uno de sus agentes que viajaban por todo el mundo le habló de unos hombres a los que decía haber visto en unas tierras cálidas y fértiles y que, según él, usaban muy poca ropa y se alimentaban sólo con un puñado de arroz, un poco de maíz o un cuenco de gachas. Sólo trabajaban cuando les faltaba este poco de alimento y pasaban la mayor parte de su vida durmiendo, tomando el sol o jugando. ¡Eso tenía que ser una exageración! El comerciante interrumpió al joven con un ademán de impaciencia y le ordenó que prosiguiera con el informe comercial.

Pero aquella noche asaltó al comerciante una extraña inquietud. Hizo algo que no había hecho nunca: fue al puerto a presenciar la carga de su barco de vela. Multitud de hombres iban y venían entre el barco y el almacén, transportando bultos a bordo. «Todo eso por orden mía», pensaba el comerciante, satisfecho, y los gritos con que los supervisores azuzaban a los hombres sonaban en sus oídos a música celestial. De pronto, un gemido potente lo asustó: era la sirena de niebla que, desde el puente de mando, daba la señal a los barcos que entraban en la bahía, pues la bruma era impenetrable aquella noche.

Aquel sonido fue como una llamada que despertó muchos ecos en su interior. Movido por un impulso irresistible, el co-

merciante puso el pie en la escalerilla y subió a su barco, que ya se disponía a zarpar. La nave viró, el viento hinchó la lona y, lentamente, el barco salió del puerto.

Como nadie había visto nunca al comerciante, ni el capitán, ni los oficiales, ni la tripulación, le preguntaron qué hacía a bordo. Cuando él dijo su nombre, recibió un puñetazo que lo derribó sobre la cubierta.

–¡Pretende hacerse pasar por el amo! –gritó el capitán–. ¡Este vagabundo! ¡Lleváoslo, tiradlo por la borda! ¿No sabe este perro que nuestro amo es el hombre más rico del país y que se viste de pieles, terciopelo y seda? ¡Ha insultado a un comerciante respetable!

–¡Os digo la verdad, yo soy vuestro amo! –protestó él en tono de reproche.

Entonces lo echaron por la borda. Tras él sonó un coro de risotadas burlonas.

El comerciante trataba de nadar, su obeso cuerpo se debatía en el agua negra y fría hasta que, finalmente, agotado, consiguió llegar a tierra. Chorreando, se encaminó hacia su casa, donde lo recibió su esposa, que, entre exclamaciones y lamentos, le preparó una tisana y lo acostó.

El hombre se sentía como un extraño en su propia casa. Cuando llegó el médico, que le diagnosticó un fuerte catarro, el comerciante le preguntó tiritando:

–¿Y qué he de hacer para curarme?

El médico, que era viejo y tenía mucha experiencia, lo miró un rato en silencio y al fin dijo:

–Reducir, hacer todo lo contrario de lo que ha hecho hasta ahora. Menos de todo es más.

Estas palabras dieron al comerciante mucho en qué pensar. En sus sueños febriles tuvo una visión espantosa: los bancos de todo el mundo que guardaban su dinero se abrían y soltaban una avalancha de monedas que se precipitaba por las calles hacia su casa, con un tintineo ensordecedor. Él moría sepultado en oro, y las sirenas de niebla de todos los navíos sonaban pregonando al mundo su muerte.

–¡Demasiado! –gritó él–. ¡Demasiado!

Cuando, a la mañana siguiente, le llevaron el desayuno, él apartó los alimentos con repugnancia; no podía comer nada. Echado en la cama, meditaba por primera vez en su vida. La fiebre y sus pensamientos lo consumían.

Su cuerpo se hizo más ligero, el abdomen se alisó. «Menos de todo es más», cavilaba. Cuando, al cabo de varias semanas, se levantó de la cama, había recuperado la esbeltez de su juventud. Caminaba por las estancias como si levitara, ligero y silencioso, con gran disgusto del ama de la casa.

El hombre oía distraídamente el ajetreo del laborioso personal y el murmullo de las voces de sus hijos que recitaban las tablas de multiplicar, sus ojos se deslizaban con indiferencia sobre las riquezas acumuladas en las habitaciones de su casa, y el día en que iba a entrar de nuevo en su despacho, una voz interior lo detuvo en el umbral: «Menos de todo es más...».

Puso a un hombre joven y competente en su puesto y, con gran asombro, descubrió que aquel joven, sin su ayuda, hacía a la perfección cuanto había hecho él, y que, en realidad, ya no se le necesitaba para nada.

«Nadie es insustituible», descubrió. «Mis dotes las tienen cientos, miles de personas, yo no poseo ningún talento especial que no pueda ser propio de otra persona.» Se fue a dar un paseo y, mientras caminaba, lo invadió una sensación de hastío, dio impulso con las puntas de los pies y, ¡fíjense ustedes!, se elevó del suelo, estuvo planeando en el aire y no volvió a posarse en tierra sino muy lentamente. «Ya nada me sujeta», pensó, «me he soltado de todo, ¿qué hago yo aquí?». A partir de aquel día, practicaba asiduamente este ejercicio de elevarse y planear, y cada vez le salía mejor, hasta que un día ya no bajó.

Contemplada desde arriba, su ciudad le parecía haber surgido allí por casualidad y estar expuesta a ser barrida por un soplo de viento, y él mismo, en el espacio infinito, se sentía como una pluma, solo, insignificante, y también una simple casualidad.

LIBROS DEL TIEMPO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS:

140. EL AMANTE DE MI MADRE
Urs Widmer

141. EL VAMPIRO
Johann Ludwig Tieck, John William Polidori, E. T. A. Hoffmann, E. A. Poe, Théophile Gautier, Alexei Tolstoi, Charles Baudelaire, Joseph Sheridan Le Fanu, M. R. James, Bram Stoker y otros

142. CUENTOS DE HUMO
Guillermo Cabrera Infante, José Cardoso Pires, Ray Loriga, Juan José Millás, Julio Ramón Ribeyro, Luis Sepúlveda y otros

143. A PROPÓSITO DE CASANOVA
Notas marginales
Miklós Szentkuthy

144. LA CIÉNAGA DEFINITIVA
Giorgio Manganelli

145. DONDE MEJOR CANTA UN PÁJARO
Alejandro Jodorowsky

146. EL MISMO MAR
Amos Oz

147. CERCA DEL CORAZÓN SALVAJE
Clarice Lispector

148. CUANDO EL ÁRBOL CANTA
Stratis Haviaras

149. HOTEL NÓMADA
Cees Nooteboom

150. LATENTE
Menchu Gutiérrez

151. MEMORIAS DE UNA ENANA
Walter de la Mare

152. EL VENDEDOR DE CUENTOS
Jostein Gaarder

153. LAS PALMERAS SALVAJES
William Faulkner

154. EL APRENDIZ DE CABALISTA
César Vidal

155. LIBRO DEL FRÍO
Antonio Gamoneda

156. EL HOMBRE DEL ACORDEÓN
Marcio Veloz Maggiolo

157. EL TESTIGO OCULAR
Ernst Weiss

158. LA MUJER DE GILLES
Madeleine Bourdouxhe

159. HISTORIAS DE AMOR
Robert Walser

160. JAKOB VON GUNTEN
Robert Walser

161. LA MANZANA EN LA OSCURIDAD
Clarice Lispector

162. LA LECHUZA CIEGA
Sadeq Hedayat

163. EL LEVIATÁN
Joseph Roth

164. DIARIOS 1925-1930
Virginia Woolf

165. CARTAS A LOUISE COLET
Gustave Flaubert

166. LA CASA DE LOS NÁUFRAGOS
(Boarding home)
Guillermo Rosales

167. JUANA DE ARCO
Vita Sackville-West

168. ENCOMIO DEL TIRANO
Giorgio Manganelli

169. EL TESORO DE LA SOMBRA
Cuentos y fábulas
Alejandro Jodorowsky

170. LA PUERTA SECRETA
Marlen Haushofer

171. EL HORROR SEGÚN LOVECRAFT
A. Machen, A. Blackwood, G. de Maupassant, W. de la Mare, H. P. Lovecraft y otros

172. UNA PASIÓN LITERARIA
Correspondencia (1932-1953)
Anaïs Nin y Henry Miller

173. LA CASA VACÍA
Algernon Blackwood

174. LA LEYENDA DE LOS PENDRAGON
Antal Szerb

175. LAS NOCHES ROJAS
Jesús Ferrero

176. EL BANDIDO
Robert Walser

177. LA MOSCA SOLDADO
Marcio Veloz Maggiolo

178. VIAJE AL OESTE
Las aventuras del Rey Mono
Anónimo chino del siglo XVI

179. EL CONTRARIO DE UNO
Erri de Luca

180. PSICOMAGIA
(incluye: conversaciones con Gilles Farcet y con Javier Esteban)
Alejandro Jodorowsky

181. CATERVA
Juan Filloy

182. AGUA VIVA
Clarice Lispector

183. THOMAS BERNHARD. UNA BIOGRAFÍA
Miguel Sáenz

184. LA PIEL DE ZAPA
Honoré de Balzac

185. EL CAMINO DE DALÍ
Ignacio Gómez de Liaño

186. AVATAR. JETTATURA
Théophile Gautier

187. EL TRAPECIO DEL DESTINO
Y otros cuentos
Unica Zürn

NT: 674749
833 Z87 T72
Adq: 422522, Vol:1, Ej: 1, General
El trapecio del destino y otros cuentos / Unica Zü
Zürn, Unica, 1916-1970
Biblioteca Vasconcelos

Unica Zürn nació en Berlín en 1916 y, afectada por sus f… …renia. En 1970 s… …ra del artista H… …suscitó la admira… …ealismo: Breton, Arp, Duchamp o Michaux, entre otros. Conocida por sus obras *Primavera sombría* y *El hombre jazmín* (que Siruela recuperará próximamente), se presentan ahora sus historias para periódicos, relatos breves que la autora fue publicando entre 1949 y 1955. No son éstas historias inocentes y ninguna de ellas deja entrever la época en que fueron escritas: la sórdida y harapienta posguerra berlinesa de una Alemania destruida. La realidad contemporánea no le interesaba para su escritura. Estas historias pueden leerse como un mosaico de su autobiografía y como una fecunda vecindad entre el recuerdo vivido y la caída en lo onírico. Su principio fundacional es la negación de toda cronología, la re-creación de los mitos que jalonan una vida: la infancia, la pubertad, los primeros amores..., situando al lector en un terreno desconocido.

NT: 674749
833 Z87 T72
Adq: 422522, Vol:1, Ej: 1, General
El trapecio del destino y otros cuentos / Unica Zü
Zürn, Unica, 1916-1970
Biblioteca Vasconcelos

NT: 674749
Adq: 422522
Vol: 1
Ej: 1
General

LIBROS DEL TIEMPO